

UNA AVENTURA DE
PERRY MASON



**el
caso
de la
mujer
que
gritó**

ERLE STANLEY GARDNER

se

Joan Kerby no se cree la bonita e inocente historia que le cuenta su marido, la galante y heroica tarea de ayudar a una mujer extraviada en medio de la noche y dejándola a sana y salva en un hotel. Como amante esposa; le pide a Perry Mason que investigue, y este descubrirá otros hechos más oscuros de lo que pasó aquella noche. Una serie de pistas de asesinato, adopción ilegal, narcóticos robados y chantaje.



Erle Stanley Gardner

El caso de la mujer que gritó

Perry Mason - 53

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Screaming Woman*

Erle Stanley Gardner, 1957

Traducción: A. Rivero

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Prologo

Cuanto más estudio los casos de asesinato en la vida real, más me impresionan los trabajos llevados a cabo por los adalides en este campo de la medicina legal.

Tomemos por ejemplo a mi amigo el doctor A. W. Freireich. Freireich es un hombre afectuoso, amable. Todos le conocemos familiarmente por *Abe*, pero, en la práctica, su nombre es A. W. Freireich, doctor en medicina, diplomado del American Board of Internal Medicine (Consejo Americano de Medicina Interna), colega del American College of Physicians (Colegio Americano de Médicos), director de la División of Internal Medicine (División de Medicina Interna) en el hospital de Meadowbrook, del condado de Nassau, Nueva York, profesor ayudante de Medicina Clínica de la Escuela de Posgraduados de la New York University y antiguo presidente de la Academia Americana de Medicina Forense.

Hablando más específicamente: si uno toma una sobredosis de un barbitúrico, se sume en estado de coma y está a punto de llamar a las verjas del paraíso, se le volverá a la triste realidad de la vida mundana —si se acude a tiempo—, porque el doctor Freireich tuvo la osadía, la imaginación y la profundidad de conocimientos necesarios para administrar a una chica moribunda, de diecinueve años de edad, la primera inyección intravenosa de sulfato de bencedrina. El tratamiento la sacó de la inconsciencia y estableció una nueva técnica para combatir el envenenamiento por los barbitúricos.

En muchos casos de asesinato también interviene el doctor Freireich. Él fue, por ejemplo, quien analizó el frasco de whisky del que intentó beber Judd Gray cuando la policía le transportaba de Syracuse a la ciudad de Nueva York. El hecho de que a este whisky le habían adicionado mercurio sirvió de mucho para implicar a

Ruth Snyder en el famoso caso.

Muchas veces, cuando una defensa ingeniosa ha desarrollado ideas para influir en que el jurado halle a los asesinos completamente limpios de culpa, la presencia del doctor Freireich en el estrado, o sentado al lado del abogado fiscal, obstaculiza eficazmente los floreos verbales necesarios para hacer parecer plausibles semejantes ideas.

En un caso la teoría de la defensa era que el asesino sufría intoxicación saturnina. Puesto que estuvo bebiendo mucho la noche anterior, se adujo que ello le ocasionó un tipo de acidosis que liberó el plomo de los huesos, originando en el acusado *manía aguda*. Esto fue lo más plausible que se presentó al jurado. El doctor Freireich, sin embargo, pudo demostrar, en primer lugar, que el acusado no padecía intoxicación saturnina, dando con ello un golpe mortal a la teoría y a las esperanzas de absolucón del acusado.

En otro caso el asesino había cortado el pescuezo de un niño de cinco años, hijo de un vecino, y buscaba la escapatoria del castigo escudándose en un estado de *hipoglucemia*; pero pasó por alto un hecho esencial en la química del cuerpo, que el doctor Freireich pudo señalar al letrado de la acusación. El resultado fue establecer la falacia del razonamiento de la defensa a satisfacción del jurado, que pronunció un veredicto de asesinato en primer grado.

Sin embargo, el más importante atributo de Abe Freireich, lo que capta a todos cuantos le conocen, es su cálida sinceridad, su humana afabilidad. Jamás hace comedia. Nunca se deja llevar por bajas envidias, y jamás se le oye hablar mal de nadie. A pesar de sus vastos conocimientos trata de crear la impresión de que, después de todo, es una persona muy corriente. En las reuniones o congresos, como los de la Academia Americana de Ciencia Forense, se le distingue por su sincero apretón de manos, por su afectuosa sonrisa. Y cuando un escritor de obras de misterio necesita algún dato o conocimiento médico, difícil de encontrar en los libros de texto, Abe Freireich se sentará pacientemente a explicar los oscuros pasajes del reino de los venenos que de un modo u otro se han escapado a las *autoridades en la materia*.

Por todo lo expuesto dedico este libro a mi amigo el doctor A. W. Freireich, F. A. G. P.^[1].

Capítulo 1

Della Street, la secretaria particular de Perry Mason, entró en el despacho de su jefe, se acercó a la mesa del letrado y le dijo:

—A ti que siempre te gusta algo fuera de lo corriente, jefe, te traigo esta vez ¡una perla!

—¿Algo desusado? —preguntó Mason levantando la vista de los papeles que tenía sobre la mesa.

—¡Único! —confirmó ella.

—Venga.

—Te ha llamado por teléfono una señora apellidada Kerby, Mrs. John Kerby —aclaró Della Street—, pretendiendo encargarte de que hagas unas preguntas a su marido.

—¿Un caso de divorcio? —preguntó Mason.

—No. El matrimonio se lleva bien.

—Y sin embargo ¿quiere que le pregunte?

—Eso dice.

—¿Sobre qué asunto?

—Sobre dónde estuvo anoche.

Mason frunció el ceño y observó:

—Della, no soy un detector de mentiras. Tampoco soy un psicoanalista. No me encargo de casos referentes a relaciones domésticas.

—Eso mismo dije yo a Mrs. Kerby —afirmó Della Street—. Me indicó que lo único que quería era proteger los intereses de su marido. Desea que escuches su relato, que perfores su ecuanimidad y le hagas cisco.

—¿Con qué objeto?

—Eso no lo dijo. Yo le rogué que volviera a llamar dentro de cinco minutos y... Me parece que llama ahora —terminó Della Street al oír que el teléfono de su mesa secretarial sonaba

ruidosamente.

—Hablaré con ella —decidió Mason.

Della Street cogió el auricular.

—Diga. Sí, Mrs. Kerby... Sí, Mr. Mason se pondrá ahora mismo.

Hizo con la cabeza una señal a su jefe, que cogió el auricular de su teléfono y dijo:

—Perry Mason al aparato.

La voz de Mrs. Kerby era bien modulada y enteramente distinta a la voz estridente, sobrecargada de tonos emocionales que Mason esperaba oír.

—Desearía que hiciese usted unas repreguntas a mi marido —dijo Mrs. Kerby.

—¿Sobre qué asunto? —preguntó Mason.

—Acerca de dónde estuvo anoche.

—¿Por qué?

—Quiero que se dé cuenta de que su relato es vulnerable.

—Para que usted pueda reprocharle algo, o conseguir el divorcio, o...

—¡Cielo santo! No, Mr. Mason, no interprete mal mis intenciones. Yo soy una esposa adicta. Amo a mi marido. Por eso le he llamado a usted. Mi marido me contó un *cuento* y no quiero que se lo repita a nadie más.

—¿Por qué no? —preguntó el abogado.

—Porque podría salirle mal la cosa.

—¿Qué tiene de malo ese cuento?

—Lo advertirá usted en cuanto se lo oiga contar.

—¿Y pretende usted que yo le repregunte?

—Sí.

—¿Por qué motivo?

—Para que se dé cuenta de que todo ello es un absurdo. Y entonces tengo la esperanza de que le diga lo que en realidad sucedió.

—¿Y luego? —preguntó Mason.

—Pues luego —respondió Mrs. Kerby— podrá usted ayudarle. No le contará la verdad durante la primera entrevista; pero cuando usted le haga ver los puntos flacos saldrá de su despacho dispuesto a reforzarlos. Después espero que podremos arreglar las cosas entre usted y yo.

—¿En qué sentido?

—En el de poder ayudarle.

—¿No puede usted decirle que sabe positivamente que miente y...?

—No, no, Mr. Mason. ¡Por favor! Ha de hacerse como yo digo. Mi marido es un experto en ventas. Puede hacer creer a la gente que lo blanco es negro y viceversa, y no es contrario a poner en práctica el sistema si se ve en un aprieto.

La señora Kerby hizo una corta pausa y prosiguió:

—Y está en un aprieto ahora; pero no se da cuenta. Con objeto de mantener la felicidad hogareña tengo que ser adicta y crédula. ¡Por favor, míster Mason!

—Pero ¿cómo podrá conseguir que venga a verme?

—Eso déjelo de mi cuenta.

—Muy bien —dijo Mason—. Pero hágase cargo de una cosa Mrs. Kerby: no quiero que usted me interrumpa; no quiero que...

—¡Oh, no! ¡Santo cielo! —interrumpió ella—. Yo no estaré presente.

—Muy bien —aceptó Mason—. Dígale que venga esta tarde a las dos.

—Gracias. ¡Adiós, Mr. Mason! —se despidió.

El abogado colgó el auricular y dirigió una mirada a Della Street.

—¡Vaya! —exclamó—. He aquí gratamente interrumpida la monotonía de una jornada. ¡Bien has sabido calificar el caso, Della!

Ella enarcó las cejas, como interrogando.

—¡Único! —confirmó Mason.

Capítulo 2

A la una cincuenta y cinco echó Mason a un lado la lista de citaciones en que había estado trabajando y dijo a Della Street:

—Ya es suficiente rutina para el día, Della. Fumemos un cigarrillo y veamos si John Kerby es puntual.

Mason se arrellanó en su silla giratoria, encendió un pitillo, entrelazó las manos por detrás de la cabeza y fumó en silencio durante un momento.

Sonó el teléfono instalado en la mesa de Della Street. Ésta preguntó.

—Dime Gertie: ¿qué ocurre? —Escuchó durante unos instantes y luego dijo—: Un momento; miraré a ver.

—Mr. John Northrup Kerby ha llegado para acudir a una cita que tiene con Mr. Mason a las dos de la tarde —anunció, mirando al letrado.

Mason consultó su reloj.

—Llega con dos minutos de anticipación, Della. John Kerby puede mentir a su mujer, pero sabe cumplir sus compromisos. Di a Gertie que le pida sus señas y el teléfono, y que le haga pasar.

Della Street dio las instrucciones pertinentes a la encargada de recepción, luego se levantó de su asiento y se colocó a la puerta del despacho particular de Mason. Esperó unos instantes.

—Buenas tardes, Mr. Kerby —saludó al recién llegado—. Soy Della Street, secretaria particular de míster Mason. Pase usted, por favor.

Della se hizo a un lado, y un hombre grandote, franco, que sonreía con jovialidad, entró airoso en la oficina.

—¡Vaya, vaya! —exclamó—. ¿Cómo está usted, Mr. Mason? He oído hablar mucho de usted y de sus casos... ¡Encantado de saludarle!

Mason le tendió la mano, que pronto estrechó el recién llegado con fuertes y gordezuelos dedos.

—Tome asiento, Mr. Kerby —invitó Mason.

Kerby tendría unos cuarenta años; poseía grueso pescuezo y mejillas de un color rojo subido; ralo pelo oscuro y la airosa y positiva manera de un hombre cuya personalidad jamás descansa un momento, sino que se hace vigorosamente patente a todas horas.

—Bueno, Mr. Mason: supongo que se estará preguntando por qué estoy aquí.

Kerby dejó que su amplia sonrisa abarcara también a Della Street.

—La verdad del caso es —continuó Kerby— que yo mismo me estoy preguntando, qué diablos vengo a hacer en su despacho. Mi mujer me dijo que debía consultar con un abogado. Al fin convine en venir y hablar con usted, pero sólo por conservar la paz familiar. Así que por eso me consiguió esta cita para las dos. Pero considerándolo bien, míster Mason, no existe razón alguna para que yo consulte con nadie.

—Excepto la de conservar la paz familiar —dijo Mason.

—Eso sí, claro —admitió Kerby, con una sonrisa—. Al correr del tiempo eso se convierte en cosa importantísima. Bueno, Mr. Mason: sé que es usted hombre ocupado, terriblemente ocupado. Empezaré por el principio. Se trata de una cosa que me ocurrió anoche y que no comprendo por qué mi mujer ha de pensar... Sin embargo no se gana nada con examinar la razón. Como he dicho, empezaré por el principio y le contaré exactamente lo que sucedió.

—Empiece, empiece usted —le animó Mason.

—Pues bien: anoche tuvimos una especie de congreso de ventas. Yo soy el presidente de la «Kerby Oilwell Supply Company», Mr. Mason, y solemos tener esas reuniones de vez en cuando para discutir problemas de resistencia a las ventas y cosas por el estilo.

—¿Y ocurrió alguna cosa en esa reunión? —preguntó Mason—. ¿Alguna cosa que le obligara a...?

—No, no, no. En la reunión no sucedió nada, míster Mason. Lo que ocurrió fue después de la reunión.

—Ah, ya. Continúe usted.

—Bueno; pues celebramos esa reunión en una especie de *boîte*, fuera de la ciudad. Ayer era lunes, que es el día que suelen estar

cerrados esos locales y por tanto no va nadie a ellos. Contratamos el local para nosotros solos, con todo el equipo.

Mason hizo señas de que comprendía.

—Yo venía en coche, Mr. Mason. El motivo por el que le hablo de ese local, como le dije, es que está en las afueras, bastante lejos, y volvía de allí en coche hacia mi casa cuando vi una chica en la carretera.

—¿Llevaba coche también? —preguntó Mason.

—No, iba andando, Mr. Mason, y llevaba un billón de gasolina, colorado, de un galón. Bueno: ya sabe usted lo que significa eso. Yo frené al instante, una pobre chica a quien se le había acabado la gasolina, que tuvo que ir a un surtidor y que regresaba entonces a su coche.

Mason hizo una señal de asentimiento.

—He de confesar, Mr. Mason, que tan pronto como me hube detenido sentí cierto escrúpulo, cierto recelo. Tengo entendido que algunas veces los atracadores utilizan a una chica como especie de cebo, pero esta muchacha iba caminando tranquilamente; es decir: no estaba parada en un sitio determinado. Parecía que iba pensando en sus propios asuntos y tenía el aspecto de una damita, de una joven muy agradable y fina.

—¿Qué edad tendría? —preguntó Mason.

—Unos veintidós años o así. Algo por el estilo. Era joven, guapa e iba bien vestida. La clase de chica que conduciría seguramente un buen coche.

—Siga, siga —animó Mason—. Usted la recogió. ¿Qué ocurrió luego?

—Pues sí: la recogí. Llevaba aquel bidón de gasolina. Le pregunté adónde iba y me contestó que tenía que andar como una media milla, que su coche estaba sin esencia y que había ido a buscarla a un surtidor que dejó atrás en la carretera.

—Continúe —dijo Mason.

—Pues fuimos, a marcha lenta, en busca del coche en cuestión. Recorrimos la media milla y no vimos coche alguno. Seguimos adelante hasta recorrer una milla entera, y tampoco. Le pregunté cómo explicaba aquello, y ella me contestó que no lo comprendía. Y entonces llegamos al surtidor de gasolina. Claro, ella sabía que había dejado el coche entre el lugar en que yo la encontré y *aquel*

surtidor, por lo que viramos en redondo y volvimos sobre nuestra marcha.

Hizo una corta pausa, y prosiguió:

—Llevé el coche hacia donde creí que había recogido a la muchacha. Luego, para que no hubiese lugar a error, seguí adelante hasta llegar al surtidor donde la chica había adquirido la gasolina. Luego volví hacia atrás nuevamente, guardando siempre la extrema derecha de la carretera, y a marcha lentísima. Llevaba los faros de modo que iluminaran completamente todo aquel lado de la carretera.

—¿Y no vio el coche? —preguntó Mason.

—No vi el coche.

—¿Qué hizo entonces? —preguntó Mason.

—Entonces comencé a interrogar a la chica. Me dijo que había quitado las llaves del coche, que colocó debajo de la alfombrilla de caucho. Luego se encaminó al surtidor en cuestión, contó lo ocurrido, consiguió el galón de gasolina y comenzó a andar hacia el automóvil. Me aclaró que el depósito estaba completamente seco, y que el coche no podía rodar ni la distancia de un pie.

Hizo Kerby una nueva pausa. Después prosiguió:

—Naturalmente, Mr. Mason, para entonces ya no existía duda alguna: alguien le había robado el coche. O bien habían hecho sifón y extraído el combustible de otro depósito para meterlo en el de ella, o habían enganchado una cadena al vehículo para llevarlo a remolque.

—Seguramente habrá avisado usted a la policía —sugirió Mason. Kerby cambió de postura.

—Ésa es la razón por la que mi mujer quería que consultara con un abogado, no avisé a la policía.

—¿Por qué no?

—La chica no quiso.

—¿Motivo?

—Pues es algo que no quiso decirme, Mr. Mason. Pero la pobrecita... Verá: estaba en una de las más lastimosas situaciones con que he tropezado, pues no llevaba un céntimo encima.

—¿No tenía bolso? —preguntó Mason.

—Lo había dejado en el coche. Me dijo que no llevaba mucho dinero en él. Había sacado de él un dólar, lo suficiente para pagar el

galón de gasolina, y lo había metido en la media. Dijo que al volver no quería llevar el bolso en una mano y el bidón en la otra.

—¿Volvió hacia *atrás*, no hacia *adelante*?

—Así es, Mr. Mason: hacia atrás. Me dijo que recordaba haber pasado ante un surtidor de gasolina, que dejó a una media milla, o tres cuartos, a su espalda. Se trataba de un surtidor de la Shell, y los vales que llevaba eran de la Standard Oil. Le gustaba comprar toda su gasolina contra vales, y aunque sabía que llevaba poca esencia en el depósito, creyó que sería la suficiente para recorrer otras ocho o diez millas. Se figuraba que podría llegar a la población con facilidad, para ir a un surtidor de la Standard. Entonces comenzó a fallar el motor y notó que se le había acabado completamente la gasolina, por lo que utilizó el último impulso del coche para llegar con él hasta la orilla de la carretera.

—¿Lo apartó completamente de la carretera?

—Completamente. Había una especie de apartadero al lado del camino.

—¿Y qué ocurrió después?

—Pues que volvió andando al surtidor.

—¿No hizo autostop?

—No; sólo tenía que andar media milla o cosa así, y no valía la pena. Además le daba miedo montar en coches con gente desconocida.

—Y, sin embargo, no le dio miedo ir con usted.

—Me explicó el porqué. Me dijo que cuando se dirigió al surtidor iba andando por la orilla del camino, sobre la gravilla, pero que después de recoger el bidoncito, aunque era sólo de un galón, comenzó a pesarle y decidió caminar por el asfaltado, que le resultaba más cómodo. Dijo que empezaba a cansarse un poco, y... Bueno: mi aspecto general pareció tranquilizarla. Me dijo que yo le había parecido una *buena persona*, lo que resulta agradable de oír de labios de una joven como aquella. Créame usted: parecía una mujer de carácter.

—¿Qué ocurrió después? —inquirió Mason.

—Naturalmente, yo no sabía qué demonios hacer. Allí tenía a aquella pobre chica, a quien acababan de robar el coche, sin dinero, sin permiso de circulación, sin vales para la gasolina, sin el número del seguro...

—¿Le pidió usted su nombre? —preguntó Mason.

—Sí, sí; nos hicimos muy amigos. Pero no interprete mal mis palabras, Mr. Mason. Sólo trato de contarle la cosa tal como sucedió.

—¿Cómo se llamaba?

—Lois Wagner.

—¿Era una chica trabajadora? ¿Casada? ¿Soltera?

—Yo llegué a la conclusión de que estaba divorciada. Se mostró un tanto reticente en cuanto a hablarme de su historia personal, y en tales circunstancias no tuve ánimo para insistir. Usted comprenderá, Mr. Mason, que uno no tarda mucho en recorrer en coche un par de millas, y... Bueno, supongo que estaría conmigo en el coche de diez a quince minutos en total. Le dije que debía informar a la policía sin falta, y me contestó que no, que no quería hacerlo. Entonces le pregunté qué era lo que pensaba hacer, y me dijo con toda franqueza que no tenía ni idea. Le pregunté también si tenía amigos en la ciudad. No conocía a nadie. Así que le dije: «Oiga, jovencita, no voy a dejarla vagar así por ahí de noche». Me informó de que no llevaba un céntimo, y yo le dije, sin embargo, que no iba a dejarla abandonada a su suerte en medio de la carretera.

—Ya entiendo —dijo Mason con sequedad.

—Naturalmente, Mr. Mason, advierto cierto tono de escepticismo en su voz, y confieso que yo pensé lo mismo que usted está pensando. Al final tenía la sensación de que se trataba de un juego en el que ella era el cebo o el reclamo, y... En fin, yo me dedico a un negocio en que tengo que estar invitando con frecuencia, nunca sé cuándo voy a tener que emprender viaje, y por tales motivos llevo siempre una buena cantidad de dinero encima.

—¿Qué significa eso de *una buena cantidad de dinero*? —preguntó Mason.

—Por ejemplo, llevo un billete de mil dólares escondido en el fondo de mi tarjetero, y luego una cartera con unos setecientos cincuenta o mil quinientos más. Por lo menos procuro llevar en ella cuatro o cinco billetes de cien dólares constantemente.

—Ya le entiendo —dijo Mason—. ¿Y llevaba usted dinero encima anoche?

—Sí, sí.

—¿Como cuánto?

—Yo diría que unos dos mil dólares. Sea como sea, llevé a esa chica a un motel y dije al propietario que deseaba una habitación para ella, y ¿qué le parece?, no me la quiso dar.

—¿Por qué no?

—Supongo que desconfiaba. Naturalmente que la idea de una chica soltera que se presenta así, acompañada por un hombre mayor... ¡Qué demonios! Tenía colgado un letrero que decía: «Habitaciones», con toda claridad, y tuvo la cara dura de negarme que las tuviera y de decirme que todas las que tenía habían sido reservadas con anticipación.

—¿Y qué hizo usted después?

—Se lo expliqué a miss Wagner... Era una situación bastante embarazosa.

—Continúe —invitó Mason.

—Ella sugirió que, posiblemente, si nos inscribíamos como marido y mujer, quizá consiguiéramos una habitación, y que ella podría quedarse en ella y yo irme a mi casa. Lo tomó muy bien la pobre chica. Naturalmente, estaba muy disgustada por lo del robo del coche, del bolso y de sus cosas, pero se mostró muy considerada y comprensiva. Sentía retenerme tanto tiempo, temerosa de haberse convertido en un tremendo estorbo para mí.

—¿A qué hora ocurría eso? —preguntó Mason.

—Alrededor de medianoche. La reunión se levantó poco después de las once, y ello es lo que me hace suponer que fueran las doce.

—Muy bien —dijo Mason—. Ella le sugirió que se inscribieran como marido y mujer... ¿Qué hizo usted?

—Pues entramos en el primer motel que vimos en el camino. Se llamaba el «Beauty Rest Motel». Indiqué que quería habitaciones, y el gerente nos echó una ojeada rápida y dijo: «Veinte dólares». Después de ello nos inscribimos.

—¿Con qué nombre? —preguntó Mason—. ¿El suyo?

—No, señor, no. Como el apellido de la chica era Wagner, hice la entrada en el registro del motel con el nombre de Mr. y Mrs. John Wagner; y como olvidé preguntar a la chica de dónde era, di el nombre del primer pueblo que se me ocurrió: San Francisco de California. Puse también la primera dirección que me vino a la mente. Luego, en el registro, se pedía el número de la matrícula del

coche, así como su marca. Anoté la marca, apunté las tres primeras letras de mi matrícula y la primera cifra. Después, haciéndome el listo, puse otros dos números cualesquiera.

Kerby se detuvo un momento en su relato. Luego, continuó:

—Para entonces comencé ya a dudar de mi criterio sobre lo que estaba haciendo.

—Lo comprendo perfectamente —admitió Mason.

—Bueno, la verdad es que no tenía importancia, Mr. Mason. Yo no me daba cuenta en aquel momento, pero pensé que quizás habría un truco en algún lado; mas no era así. Pagué el hospedaje, el gerente nos llevó a la habitación que nos fue destinada, aparqué el coche y di a miss Wagner las buenas noches. Le dije que me gustaría que me permitiera avisar a la policía acerca de la desaparición del coche, pero ella me indicó que había razones, que no podía explicar, para no hacerlo, y que de ningún modo quería que interviniera la policía en el asunto. Le di, pues, diez dólares, junto con las buenas noches, y me fui a mi casa.

—¿A qué hora llegó a su casa?

—Alrededor de la una o cosa así. No me fijé en el reloj.

—¿Y su esposa?

—Estaba acostada.

—¿Se despertó al llegar usted?

—Sí, sí; se despertó y me hizo unas cuantas preguntas sobre la reunión.

—¿Le contó lo de miss Wagner?

—Anoche, no. No se lo dije hasta esta mañana. Mi mujer es estupenda en ese sentido, Mr. Mason. Ha estado entre vendedores y en reuniones de ventas, y todo eso durante mucho tiempo, y es muy tolerante. Se reía de que convocáramos esas reuniones para hablar de nuevas creaciones dentro del catálogo y termináramos con un número de variedades bastante atrevido. Luego, le conté lo de la chica y se mostró muy amable. Me dijo, incluso, que debí llevarla a casa, e insistió en que volviera al motel a ver si podía hacer algo más por ella.

—¿Y volvió usted?

—Sí. Me acompañó mi mujer. Fuimos directamente a la habitación, que tenía el número cinco, y encontramos la llave puesta en la cerradura. Entré yo. La cama estaba deshecha, pero de

la joven no había señal alguna.

—¿Qué ocurrió luego?

—Nada más, Mr. Mason. Ahí tiene usted la cosa. La chica se levantó temprano, dejó la llave en la cerradura y se fue.

Kerby descansó un segundo y, en seguida, continuó su relato:

—Mi mujer teme que me haya metido en un lío. Naturalmente que eso de cobrarme veinte dólares por una habitación de motel para dos personas, demuestra que el gerente sospechaba algo raro al anotarnos en el registro. Yo no tenía la culpa. Quería llegar a mi casa cuanto antes y pagué sin chistar. Habría pagado veinticinco si me los hubiesen pedido.

—Y luego, ¿qué? —preguntó Mason.

Kerby tendió las manos abiertas en elocuente ademán.

—No hay nada más, Mr. Mason. Se ha acabado el cuento.

—Bueno; es una aventura muy interesante —comentó el abogado—. Una aventura poco común. A propósito: ¿se lo cree su esposa?

—¡Ah!, claro. Naturalmente. ¿Por qué no ha de creerlo?

—¿No observó en ella cierto escepticismo al oírlo?

—Claro que no. ¿Por qué había de mostrarse escéptica? ¿Qué hay en ello que parezca fuera de lugar? Es la verdad.

—¿Y quiso que consultara usted con un abogado?

—Sólo para estar protegido en caso de que hubiera algo... Bueno, en caso de que se tratase de una encerrona. Después de todo, esa chica puede presentarse más tarde y tratar de meterme en un lío por habernos inscrito como marido y mujer. Y no es que pudiera hacer nada... Mi esposa tiene confianza absoluta en mí, Mr. Mason. Sabe que digo la verdad.

Mason miró a Della Street.

—Cuando usted vio a esa mujer la primera vez, ¿llevaba un bidón colorado de gasolina?

—Sí, señor.

—¿De un galón?

—De un galón, sí.

—¿De esos que prestan los surtidores a quienes se quedan sin gasolina en medio de la carretera?

—Sí, señor.

—¿Cómo iba vestida?

—Pues no lo sé, Mr. Mason. No creo que un hombre se fije mucho en la ropa que llevan las mujeres, pero me parece que iba de color gris. Recuerdo una falda gris, y me parece que los zapatos eran de color castaño.

—¿Zapatos sin tacón?

—No, señor: zapatos de salón, muy bonitos.

—¿De tacón alto?

—Sí, bastante alto. Eran zapatos de piel de lagarto.

—Bueno; cuando usted llegó al motel —inquirió Mason—, no le dejaría a ella el bidón de gasolina, ¿verdad?

—No, señor, no. Yo... Hubiera parecido absurdo dejar a una chica en un motel sin bolso ni cepillo de dientes, etcétera, y dejarle en cambio un bidón de gasolina.

Y al decir esto, Kerby rió nerviosamente.

—Entonces —prosiguió Mason—, el bidón estará aún en el coche de usted...

—Pues, sí, claro. Creo que sí.

—¿Dónde tiene el coche ahora?

—Lo tengo ahí aparcado.

Mason ofreció entonces:

—Bajaré con usted y veremos ese bidón de gasolina. Quizá saquemos algo en claro.

—Verá —dijo Kerby, que se pasó la mano por los ralos cabellos, arrancando desde la frente—, ahora que lo pienso, no recuerdo haber visto esta mañana el bidón en el coche.

—¿No?

—No.

—¿Guarda usted el coche en el garaje de su casa?

—Sí, señor.

—¿Un garaje para dos coches?

—Para tres.

—¿Tiene algún chófer o cualquier persona que tenga acceso a los coches?

—No, corrientemente no.

—Entonces, ¿quién pudo haber sacado el bidón del automóvil?

—No lo sé, Mr. Mason... Yo... Le digo la verdad: no sé lo que fue de ese dichoso bidón de gasolina.

—Iré al registro de automóviles —indicó el abogado— a ver qué

coche está matriculado a nombre de Lois Wagner. Averiguaremos qué agente se lo vendió, y de esa forma tendremos una descripción del vehículo y...

—Oiga, Mr. Mason, un momento —le interrumpió Kerby—. Va demasiado de prisa en este asunto.

—Usted viene a consultarme como abogado —le recordó Mason.

Kerby carraspeó, se pasó el índice entre el cuello de la camisa y el pescuezo, y protestó:

—Todo parece indicar que está tratando de destruir mi relato.

—¡Cómo destruirlo! —exclamó Mason—. ¿Hay acaso algo en él que no sea verdad?

—¡Claro que no! —negó Kerby, un tanto envarado—. Sólo que usted parece tratar de hacer ver que... que estoy preparando una coartada en un caso de asesinato o cosa parecida. ¡Santo cielo! ¿Va bien ese reloj?

—Sí.

—¡Entonces el mío va mal! Debe llevar media hora de retraso. Tengo otro compromiso y ya llego tarde.

Mason observó:

—Si su reloj va atrasado, Mr. Kerby, tiene que haber llegado con media hora de anticipo a su cita conmigo.

—Pues... sí... Quería estar seguro de llegar a tiempo. Bueno; muchas gracias, Mr. Mason. Le llamaré por teléfono más tarde. Lo siento mucho. Ya nos veremos.

Y no había hecho más que levantarse de la silla cuando ya había traspuesto la puerta.

Della Street miró a Perry Mason.

—¿Y bien? —inquirió éste.

—Va camino de comprarse un bidón de gasolina de un galón —dijo Della Street—. Y luego tendrá que pintarlo de rojo y abollarlo un poquito.

Mason sonrió y dijo:

—A estas horas ya sabe que su cuento no tiene por dónde cogerse, Della.

Della Street frunció el ceño y dijo:

—Yo he oído ese nombre en algún sitio antes de ahora. Es algo que no hace más que dar vueltas sin parar en mi imaginación. Yo... ¡Cielo santo!

Mason enarcó las cejas.

Los ojos de Della Street se abrieron desmesuradamente y exclamó:

—¡Jefe! ¡Ya lo tengo!

—Bueno —dijo Mason—; pues cuenta.

La excitación hizo que las palabras de Della Street salieran atropelladas al explicar:

—Jefe, esta mañana, al venir en coche hacia aquí, tenía puesta la radio. Estaba escuchando las noticias y la información meteorológica, cuando dieron cuenta del siguiente suceso: el doctor P. Lockridge Babb, que vive por Sunland Drive, fue atracado anoche; le dejaron inconsciente, y esta mañana se hallaba en estado crítico, en un hospital.

Se detuvo un momento para respirar y continuó en seguida:

—Los vecinos oyeron gritar a una mujer, así como ruido de golpes, y vieron a una joven que salía disparada de la casa. Recuerdo que la descripción era casi idéntica a la de esa chica que recogió míster Kerby en el camino.

—Esa descripción no significa nada, Della —observó Mason—. Los vecinos podrían describir a cualquier chica, y siempre resultaría del mismo aspecto general.

—Lo sé, jefe. Pero ahora ya sé dónde oí el apellido Kerby. La policía cree que el asaltante fue alguien que tenía una cita anoche con el doctor Babb. Opinan que esa joven era probablemente una morfinómana y que, después de entrar en el consultorio del doctor Babb, le dio un buen golpe con un pesado jarro de cristal, se apoderó de sus narcóticos y salió corriendo.

Perry Mason la escuchaba cada vez con más interés.

—La policía —prosiguió la joven— examinó la libreta del doctor Babb, basándose en la teoría de que no habría recibido a nadie a aquella hora de la noche a no ser que hubiese concertado la cita.

—¿Qué hora era? —preguntó Mason, con los ojos avivados por el interés.

—Las once y media, más o menos.

—Muy bien. Continúa —invitó Mason—. ¿Qué había en la libreta?

—Había dos nombres anotados. Me he olvidado del primero, pero el otro era Kerby. No lo hubiera recordado tampoco si no

hubiese sido por haberlo oído pronunciar esta mañana, y luego nuevamente esta tarde. Desde el primer momento he tenido metido en la cabeza que había algo que yo tenía que saber respecto a este cliente nuestro.

Mason frunció los labios y comenzó a repiquetear con los dedos sobre la superficie de la mesa.

—Quizá no signifique nada, Della; pero ve a la Agencia de Detectives Drake y di a Paul Drake que averigüe algo del asunto ese del doctor Babb. Si el sitio encaja, la hora es la misma y el nombre es correcto, puede que tengamos un cliente que se encuentra en un aprieto serio.

Se detuvo un momento a pensar, y luego prosiguió:

—Trata de comunicar con John Kerby por teléfono. Llama a su consultorio y, si no está, deja recado de que quiero que me llame tan pronto como llegue. Luego llama a su casa, por si acaso, y di a Mrs. Kerby que deseo hablar por teléfono con su marido.

Luego, y a fin de que Paul Drake no se entusiasmara demasiado, agregó:

—Cuida de no dar demasiada importancia a la cosa cuando hables con Paul Drake. Dile que se trata sólo de un informe rutinario sobre un asunto que deseamos comprobar; nada que tenga un interés especial. Dile también que haga la investigación por teléfono, que trate de averiguar los hechos o datos, y luego que me informe. La llamada a los Kerby hazla tan pronto hayas hablado con Paul Drake.

Della asintió con un movimiento de cabeza y salió del despacho.

Diez minutos después supo Mason que John Kerby no se hallaba en su despacho, que en su domicilio no contestaban al teléfono y que, por tanto, no podía comunicarse con Mrs. Kerby. Ya Della había hablado con Paul Drake y éste rendiría su informe en cuanto pudiera reunir los hechos del caso.

Capítulo 3

Eran casi las cuatro cuando Della Street transmitió a Perry Mason el informe de Paul Drake.

—El doctor P. Lockridge Babb, conocido asimismo con el nombre de Phineas L. Babb, es un hombre de sesenta y dos años, un médico cirujano semirretirado, y vive en el número 19.647 de Sunland Drive. Su casa está situada a unas cuantas manzanas del motel adonde John Kerby llevó a la joven, el «Beauty Rest Motel» —explicó Della, leyendo sus notas taquigráficas.

Hizo una breve pausa y continuó:

—Anoche, a eso de las once y media, uno de los vecinos del doctor Babb oyó gritar a una mujer, y oyó también rumor de golpes. Los sonidos procedían de la casa del médico. Al parecer había una gran barahúnda. El criado y asistente del doctor, que vive en la parte posterior de la casa, sobre el garaje, estaba duchándose en aquel momento. Los gritos resultaron lo suficientemente fuertes para que los oyera a través del ruido de la ducha. Se envolvió en una toalla y bajó corriendo la escalera de su piso para ver qué sucedía.

Perry Mason escuchaba con gran atención. Al ver que Della se detenía, la animó, diciendo:

—Continúa.

—Los vecinos que viven al este de la casa, cuyo apellido es Dunkirk, oyeron el alboroto y vieron a esa chica salir corriendo. En previsión avisaron a la policía, que llegó allí, puede decirse, a los pocos segundos. Había en el barrio un coche equipado con radio cuando el aviso fue lanzado al éter. Los policías encontraron al doctor Babb tumbado en el suelo, en estado inconsciente. El arma con que había sido golpeado era, evidentemente, un pesado jarro de vidrio, que se hallaba a muy corta distancia, partido en dos.

Della Street continuaba incansable su relato, en tanto que Perry Mason escuchaba atentamente.

—Los Dunkirk vieron a esa chica salir corriendo de la casa. La describen como una chica joven, de cabellos color castaño oscuro, vestida más o menos igual que la joven recogida por Kerby. Lo más interesante es que Mrs. Dunkirk, que la vio, está segura de que la joven no llevaba bolso. Tenía las manos vacías, como quien se ha visto envuelto en un altercado y huye de él, abandonándolo todo tras de sí.

Hubo una corta pausa, pero la impaciencia de Perry Mason hizo que Della Street prosiguiera casi al instante:

—He estado intentando comunicarme con míster Kerby cada pocos minutos. En su despacho dicen que no está ni saben dónde se encuentra. El teléfono de su residencia continúa sin contestar. He estado llamando allí cada diez o quince minutos... La policía encontró la libreta de citas que el doctor lleva en su despacho, y que demuestra que, durante la noche, tenía citadas a dos personas: una de ellas apellidada Kerby, y la otra, Logan. No da nombres de pila ni iniciales. A todo esto, el doctor Babb está en estado crítico y continúa inconsciente.

Mason preguntó:

—¿Existía algún orden en esos nombres, Della?

—Es difícil decirlo —contestó la secretaria—. La libreta de citas tiene una página para cada día del año, y esas páginas están divididas en horas y medias horas. Si el horario impreso en las páginas significa algo, entonces la hora dada a Logan era la de las once, y la de Kerby, las once y media. La policía se inclina a creer que el doctor Babb no presta atención alguna a las subdivisiones del horario. Había celebrado varias consultas durante la tarde, consideradas aparentemente como una sola unidad. Y luego había esas dos citas para la noche.

Mason digirió el informe y luego se sentó un momento con el ceño fruncido, señal evidente de seria concentración. De pronto, empujó bruscamente la silla hacia atrás y se puso de pie.

—Toma unos cuantos cuadernos de taquigrafía y suficientes lápices, Della. Puede ser que demos un golpe en el vacío, pero si hemos de tener a Kerby por cliente, le proporcionaremos al menos *cierta* protección.

Capítulo 4

Aún faltaba un par de horas para la puesta del sol cuando Perry Mason y Della Street pasaron en coche ante la casa del doctor Babb, en Sunland Drive.

El *bungalow* del doctor Babb se alzaba, apartado de la calle, al pie de la falda de una escarpada colina. Detrás de la casa había un garaje para dos coches, y encima del garaje, una vivienda.

—Los Dunkirk deben de vivir en aquella casa, al pie de la colina, cuya fachada da a esta otra calle. ¿Puedes ver el nombre de esa calle, Della?

—Rubart Terrace —contestó Della, escudriñando el poste en que figuraba el nombre.

—Muy bien —repuso Mason—; vamos a hablar con los Dunkirk. Luego, interrogaremos al criado, que evidentemente vive en el piso encima del garaje.

Mason dirigió el coche por la empinada cuesta do Rubart Terrace, y lo aparcó con cierta dificultad a causa de lo pronunciado del declive. Ambos subieron unos escalones hasta el porche de la casa de los Dunkirk.

Un hombre respondió a la llamada del abogado.

—Soy Perry Mason —dijo el letrado, con su más afable sonrisa—, y ésta es miss Street. ¿Es usted Mr. Dunkirk?

—Sí, yo soy —respondió el hombre sin demostrar hostilidad ni cordialidad, quedándose plantado en la puerta como esperando que Mason continuara.

Era un hombre de poco más de cincuenta años, cargado de hombros, de cabellos rubios, pobladas cejas, ojos grises y recortado bigote rubio.

—Tengo entendido que fue su esposa quien avisó a la policía... —sugirió, más que preguntó, el abogado.

—Así es.

—¿Está ella en casa?

—Sí.

Mason dedicó al hombre otra de sus más agradables sonrisas.

—Quisiéramos hablar con ella.

—¿De qué?

—De lo que vio y oyó.

—Ya se lo dijo a la policía.

—¡Ah!, ya —asintió Mason.

El hombre, que tapaba la entrada, dejó la conversación en punto muerto. Del fondo de la casa llegaba el sonido de un piano, en el que tocaban una antigua pieza de jazz. Mason se quedó esperando, expectante.

Detrás del hombre, en la penumbra del pasillo, sonó la voz de una mujer, chillona por la excitación, que preguntó:

—¿Es Perry Mason, el abogado?

—¿Cómo está usted? —preguntó Mason por encima del hombro de aquel individuo, dirigiéndose a la invisible mujer, oculta por las sombras—. Sí, soy Perry Mason.

—¡Vaya! ¡Quién lo diría! —exclamó la mujer—. ¡Cualquiera esperaba que viniera aquí! Jamás soñé con que viniera a visitar esta casa. Le vi una vez en la Audiencia. Motley, apártate de esa puerta. Pase, Mr. Mason, pase.

Mrs. Dunkirk, una rubia llena de curvas, era más gruesa que su marido, probablemente diez años más joven que él y más parlanchina, y supo hacerse cargo de la situación al instante.

—Pasen, pasen ustedes. ¿Cómo dijo que se llamaba esta joven?

—Miss Street —aclaró Mason—; mi secretaria.

—¡Ah!, sí, miss Street... ¿Cómo está usted? Estoy encantada de conocerla. Creo que ya han conocido a mi marido. Está un poco enojado por las molestias que hemos tenido que soportar desde anoche. Pasen, pasen y siéntense. Les oí decir que querían hablar de lo sucedido.

—Sí, efectivamente —afirmó Mason.

—¿Qué interés tiene usted en el asunto, míster Mason?

Mason sonrió y dijo:

—Pues verá: un cliente mío está algo preocupado por el doctor Babb. Es amigo suyo, ¿sabe? Está tratando de aclarar las cosas...

—¡Ah!, ya entiendo —le interrumpió ella—. Bueno; después de todo no puedo decir gran cosa. Quizá deseen ustedes sentarse aquí, junto a la ventana. Es donde yo estaba sentada anoche, cuando ocurrió todo eso.

—Disfruta usted de una vista estupenda desde esta ventana —admitió Mason, mientras ella los llevaba hacia las sillas.

—Sí; puede decirse que vivimos en esta ventana. Motley casi no puede separarse de ella. Le gusta sentarse aquí y contemplar el valle. Puede pasarse la mitad del día mirando con los prismáticos, observando los pájaros y la gente, y... vaya: *rumiando*.

Dunkirk protestó:

—Vas a hacerles creer que soy un holgazán. He trabajado duro, Mr. Mason, hasta que pude jubilarme hace un par de años, y ya no tengo intención de trabajar gran cosa. Tenemos lo suficiente para vivir, siempre que no nos salgamos del presupuesto y no gastemos nuestro dinero en hacer turismo.

La mujer rió nerviosamente.

—Esa indirecta es para mí, Mr. Mason. He estado tratando de convencerle de hacer un viaje hasta Méjico y Sudamérica. No le gustan gran cosa los viajes.

—Porque cuando se viaja, siempre se gasta dinero —aclaró Dunkirk.

Mrs. Dunkirk, tratando de mantener fuera de la conversación lo que evidentemente constituía una espina entre ella y su marido, cambió de tema y dijo:

—Bueno: ustedes quieren saber lo que pasó. Estábamos aquí sentados mi marido y yo, y llevábamos ya un rato en la oscuridad. Motley tenía que revelar unas fotos. Tiene una cámara oscura en el sótano. Él bajó al sótano y comenzó a manipular sus cachivaches, y yo me quedé aquí sentada esperando que volviese.

Mason escuchaba impacientemente, esperando que fuera al grano. Al cabo de un segundo, prosiguió la mujer:

—Cuando Motley está en la cámara oscura y sube entre un baño y otro, no quiere que le deslumbre la luz porque luego ha de volver a su trabajo fotográfico. Por eso nos sentamos aquí, a oscuras, y como están las luces apagadas, mantenemos las cortinas corridas. Esto es precioso por la noche, Mr. Mason. Rubart Terrace asciende muy empinada, y podemos mirar por encima del tejado de la casa y

del garaje del doctor Babb. Podemos ver verdaderos rosarios de luces en el valle y los faros de los coches que pasan por el bulevar. Supongo que llegaremos a cansarnos de ello, pero por ahora prefiero este espectáculo a la televisión. Es un panorama en constante movimiento.

—Entonces, ¿no llevan viviendo aquí mucho tiempo? —preguntó Mason.

—No lo suficiente para cansarnos de este panorama. Ojalá no nos cansemos nunca. A mí me parece el lugar más bonito en que hemos vivido, y además es muy saludable. Estamos aquí sobre el mismo valle y apartados de la cargada atmósfera ciudadana.

Dunkirk dijo, sin expresión alguna:

—La verdad es que aún no hemos vivido aquí lo suficiente para saberlo.

—Motley es un hombre cauto —dijo ella, sonriendo a Mason. Al menos yo estoy dispuesta a aceptar la palabra del doctor Babb en cuanto a este lugar. El doctor dice que este sitio está libre de la atmósfera sucia de la ciudad, y ya hace más de diez años que vive aquí.

—¿Se visitaban ustedes y el doctor Babb en cuanto llegaron aquí? —preguntó Mason.

—Sí, sí. Verá: es que Motley le conocía antes de que nos mudáramos a esta casa. Precisamente la compramos por consejo del doctor Babb. Nos dijo que estaba en venta y le pareció que era una buena compra.

Motley Dunkirk aclaró:

—El doctor Babb me tuvo en tratamiento hace ocho años y lo hizo muy bien. Es un buen médico.

El abogado cogió los potentes prismáticos, que se hallaban en la mesita de café, y se los llevó a los ojos.

—Estos gemelos son muy buenos —reconoció.

—¿Verdad que sí? —preguntó Motley—. Yo me creo un experto en prismáticos, y éstos son los mejores que he visto. Tienen un campo excepcionalmente amplio y definen estupendamente. Mire aquel gato en el patio del doctor Babb, Mr. Mason. ¿Con qué está jugando?

Mason movió los prismáticos hasta encuadrar al gato.

—¿Es el gato del doctor Babb? —Inquirió.

—No; es de unos vecinos. Los que viven al costado oeste del doctor Babb, los señores de Grover Olney. No sabemos gran cosa de ellos. No son muy sociables. Supongo que serán buena gente, pero no se relacionan.

—Parece que el gato está jugando con un pez de colores —indicó Mason.

—¡Vaya, vaya! ¿Qué le parece? —comentó mistress Dunkirk—. Es la primera vez que ese gato ha podido cazar un pez del estanque, y Dios sabe que se ha pasado bastante tiempo allí sentadito esperando.

—¿Pasa tiempo allí el gato?

—Sí. Es un *cazador* de primera. Le fascinan los peces de colores, y se sienta allí, al lado del jardín, empotrado durante horas y horas. Fíjese cómo lo proyectó el doctor Babb. A mí me parece muy artístico.

—El que hizo el proyecto no fue el doctor Babb —corrigió Motley Dunkirk—: fue el criado, que se llama Donald.

—Sí, es verdad, Don Derby —aclaró Mrs. Dunkirk—. Es un hombre muy trabajador. Siempre anda por allí trabajando, como cuando eliminó aquella franja de césped. Resultaba demasiado pequeña, por lo que la convirtió en jardincito hundido, como empotrado, con un estanque para los peces de colores y un arroyuelo artificial que pasa por entre rocas de adorno. Fíjese en aquellas rocas de colores, míster Mason. Las trajo de todo el país. En cuanto Don puede ausentarse durante unos días, trae siempre una colección de rocas. Le gusta ir al desierto como prospector.

—¿De minerales? —preguntó Mason.

—No, minerales no. Nada más que piedras. No creo que supiera distinguir entre un mineral y otro, pero me figuro que alguna de esas rocas tiene verdadero valor. Ciertos ejemplares son pesados como el plomo. Especialmente la colección que trajo del último viaje. ¿Cuándo fue, Motley? Hace un mes aproximadamente, ¿no?

—Creo que sí —contestó su marido.

—Bueno —dijo Mrs. Dunkirk—; ya sé que desean saber lo que ocurrió, Mr. Mason, y sé también lo ocupado que está siempre. He leído algunos casos de usted. Parecen muy espectaculares.

Mason sonrió cortésmente.

—Él es quien los hace espectaculares —sentenció Dunkirk.

Mrs. Dunkirk prosiguió:

—Oye, no me interrumpas, Motley, pues voy a contarles lo ocurrido.

Della Street abrió su libreta, con el lápiz en ristre.

—La policía me preguntó con mucha insistencia acerca de la hora —aclaró Mrs. Dunkirk—. Es bastante difícil ceñirse al minuto en una cosa como ésa. Tengo que ir encajando los datos. La luz del porche del doctor Babb estaba encendida. Yo llevaba ya un rato sentada aquí con Motley. Acababa de poner en baño de agua unas cuantas fotos, y había otras tantas que tenía interés en revelar en seguida, por cuyo motivo bajó a la cámara oscura. Eso debió de ser a eso de las once y cuarto. Yo decidí entonces hacerme una taza de chocolate. Me fui a hacerlo a la cocina y volví a sentarme junto a la ventana, tomando el chocolate y empapándome del panorama. Si no me equivoco, serían las once y media, más o menos.

Dejó de hablar durante un momento, y el piano pasó del jazz a la música clásica. Mrs. Dunkirk dijo, a modo de explicación:

—Es mi sobrina Gertrude. Vino a pasar unas cuantas semanas con nosotros. La juventud de hoy día es muy activa. Siempre tiene que estar ocupada en algo.

Volvió a dejar de hablar durante unos segundos, y al cabo prosiguió:

—Va a impresionarla bastante lo del gato y el pez. Le encantan los peces de colores, y se pasa bastante tiempo sentada junto al estanque, dando de comer a los pececitos. Logró amaestrarlos en unos cuantos días.

—¿Qué edad tiene su sobrina? —preguntó el abogado.

—Dieciséis años.

—¿Vio ella algo de lo de anoche?

—¡Qué va! Estuvo tocando el piano todo el tiempo.

—Toca muy bien, aunque se nota... cierto ritmo mecánico.

Mrs. Dunkirk se echó a reír.

—Es natural que se note. Es una pianola. Es una de las posesiones favoritas de Motley, una auténtica antigüedad. Se trata de una de aquellas viejas pianolas que tocan por medio de fuelles y rollos de papel perforado, pero Motley la ha arreglado poniéndole un motor eléctrico. Tiene una gran colección de piezas antiguas. ¡A veces pienso que Gertrude va a gastarla de tanto tocar! Anoche

estuvo haciéndola sonar hasta después de medianoche.

—¿Podríamos hablar con ella? —preguntó Mason.

Hubo un momento de embarazoso silencio, que rompió Motley Dunkirk para decir:

—No creo que sea aconsejable. Ella no vio nada en absoluto.

—Además es muy tímida —aclaró Mrs. Dunkirk.

—Es intensamente nerviosa, y se turba por nada con facilidad —agregó Motley.

Volvió a producirse un breve silencio. Mason la invitó a proseguir.

—Bueno, vamos a ver —dijo Mrs. Dunkirk—: ¿dónde estaba yo ahora? ¡Ah, sí! Le estaba hablando de esa chica. Vi a esa joven venir calle arriba. Verá: era un poco tarde para que una joven anduviese por ahí sola, y... por ello me llamó la atención. Me preguntaba quién sería. No creí que fuera una chica de este barrio. Y como no tenía nada que hacer ni otra cosa que mirar, cogí estos prismáticos de encima de la mesilla de café (siempre los tenemos muy a mano) y la miré por ellos.

Mrs. Dunkirk parecía gozar extendiéndose en la descripción. Después de una breve pausa, prosiguió:

—Luego, la chica se dirigió a la casa del doctor Babb y la vi perfectamente bajo la luz del porche. Llevaba una chaquetita gris, sobre una blusa de un color azul verdoso, y zapatos de color castaño. La falda era gris. Sus cabellos eran castaños, pero, ¡claro!, no pude apreciar el color de sus ojos. No llevaba sombrero, y...

—Un momento —interrumpió Mason—. ¿Llevaba bolso, monedero, o cualquier cosa en la mano cuando entró?

—No lo recuerdo bien; pero me parece que no llevaba nada. No lo sé con seguridad; sin embargo, diría que no. De lo que sí estoy segura es de que no llevaba nada cuando salió corriendo.

—Continúe —dijo Mason.

—Bueno; esa joven entró, y no tardó mucho en producirse aquel tumulto. Al principio, no me imaginaba de dónde procedía. Llamé a mi marido para ver si todo iba bien, pero como estaba encerrado en la cámara oscura, no me oyó. Corrí hacia nuestra puerta principal, y justamente entonces se oyeron unos gritos de mujer. Fueron dos. Esperé a que concluyeran los gritos, y luego corrí a avisar a la policía por teléfono. Desde luego, para entonces ya sabía yo que

aquel ruido procedía de la casa del doctor Babb. Le dije a la policía que deseaba informarles de que estaba gritando una mujer, que había ruido de cristales rotos y que se oían, golpes.

—¿Y luego? —preguntó Mason.

—Luego —dijo ella—, colgué el auricular y volví a mi puerta.

—¿No se asomó a la ventana? —preguntó el abogado.

—No, ¡qué va!, señor Mason. Estaba plantada en la puerta de mi casa. Quería oír y ver lo que ocurría y alejarme del ruido del piano.

—¿Estaba encendida la luz del porche? La de aquí quiero decir.

—No, la luz de mi porche estaba apagada, pero tenía encendida la del vestíbulo. Había un reflejo que venía de la luz de Rubart Terrace. La del porche de doctor Babb sí estaba encendida aún.

—Bueno; ¿y qué más? —inquirió Mason.

—Vi a aquella joven salir a toda prisa por la puerta principal.

—¿Y era la misma joven? —preguntó Mason.

—Sí, sí: la misma.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Se fue disparada calle abajo. Yo empecé a andar hacia la casa del doctor Babb para estar presente cuando llegara la policía, y entonces fue cuando vi a Motley subir por la escalera.

El marido intervino con voz cortante:

—Ya te dije que no dijeras nada de eso, Elvira.

Ella contestó, mirando, sonriente, a Mason.

—Motley no quiere nunca verse metido en cosas de testigos.

—¿Por qué escalera subía? —preguntó Mason.

—Por la de cemento. Verá usted, Mr. Mason hay aquella escalera que asciende de la casa del doctor Babb a Rubart Terrace, y luego la que va de la parte baja de nuestro solar hasta la calle. Motley oyó los gritos, bajó para ver si podía socorrer a alguien, y luego, pensando que no podía hacer nada, volvió a subir a casa.

—Donald había bajado de su piso —terció Motley a modo de explicación—. Después de llegar él allí no era necesario que yo recorriera el resto del camino. Además tenía aquellas fotografías a punto en el fijador. Ya había comenzado a bajar... Bueno creo que había bajado la cuarta parte de la escalera. Eso debió de ser mientras mi mujer estaba telefoneando; luego miré hacia arriba y vi a Donald Derby, el criado, con una toalla enrollada, golpeando la puerta trasera. Por eso volví a subir a toda prisa para atender a mis

fotos.

Mrs. Dunkirk rió.

—Donald se estaba duchando. Oyó los gritos y no se detuvo siquiera a vestirse. Eso ocurrió justamente antes de la llegada de la policía. Había la mar de excitación. Yo sabía que, puesto que había sido yo quien telefoneó a la policía, debía de estar presente para hablarles de la chica, a fin de que no perdieran tiempo. Por eso bajé corriendo por la pista de cemento a Rubart Terrace, siguiendo por Sunland Drive, hasta llegar a la casa, y llegué justamente en el momento en que lo hacían las autoridades, les hablé de la chica aquella, y después de un minuto o así, uno de los guardias, dejando al otro de vigilancia, se fue en el coche para ver si la encontraba.

—¿Y dónde estaba entonces el criado? —preguntó Mason.

—Le habían mandado a su casa a vestirse. Claro, como vive encima del garaje, donde tiene un pisito estupendo... No podía ser más cómodo aquel piso.

—¿Hace tiempo que está al servicio del doctor Babb?

—Pues por lo menos desde que yo le conozco —repuso Motley Dunkirk.

—¿No habló usted con la policía? —le preguntó Mason.

—Cuando llegó la policía ya estaba yo otra vez entre mis fotos, y si puedo, quiero quedar al margen de todo. Una vez fui testigo en un juicio y nunca me molestó tanto una cosa en mi vida. Me hicieron comparecer cuatro veces, y siempre había aplazamiento. Luego, cuando al fin me hicieron declarar en el estrado y dije lo que sabía, el abogado de la parte contraria me chilló y me gritó cuanto pudo, sacudiendo el índice delante de mis narices y me llamaba poco menos que embustero cada vez que abría la boca para hablar. Me enfureció de tal modo que casi no podía articular palabra. Me fui a casa, y me encontraba tan mal que tuve que acostarme.

Motley Dunkirk tomó nuevos alientos y continuó su narración:

—Y el Juez allí sentado, sin molestarse en hacer nada para impedir aquél atropello. No le dijo ni una palabra al abogado. Todo el mundo parecía sumamente aburrido.

—¿Qué clase de juicio era? —preguntó Mason.

—Una bobada de accidente de automóvil —contestó Motley Dunkirk—. Cada vez que me acuerdo me pongo furioso.

Mrs. Dunkirk reanudó su relato:

—Motley subió corriendo la escalera y en seguida bajó a la cámara oscura a toda prisa. Allí estuvo atendiendo a su revelado, y mientras yo hablaba con la policía continuó él su trabajo. Por haber hablado yo con la policía, y por ser yo también quien presenciara lo ocurrido, no se molestaron en venir aquí ni en preguntarle a mi marido si había visto alguna cosa.

—Por lo que a mí respecta —terció Motley—, la mujer que salió por la puerta principal no tuvo nada que ver con el suceso. La responsable de lo que sucedió fue la otra.

—¿La *otra* mujer? —preguntó Mason.

—Sí, sí: la que salió por la puerta posterior.

—Yo no llegué a verla —explicó Mrs. Dunkirk al abogado—. Debí de salir cuando yo estaba telefoneando a la policía o cuando abrí la puerta de mi casa. No la vi por ningún lado. Sólo la vio Motley.

La aguda voz de Mason demostró especial interés.

—¿Dice que vio a otra persona? —preguntó a Motley Dunkirk.

—Sí, desde luego —contestó Motley—. Y esa persona era una mujer, que salió por la puerta posterior. Y tengo la impresión de que lo hizo en el momento en que mi mujer estaba telefoneando a la policía.

Mason frunció el ceño.

—Esto no nos proporciona gran base para comprobar el horario —reconoció el abogado.

—No podemos comprobarlo —dijo Motley—. He estado comparando cosas con Elvira y es difícil encajarlas en su sitio. Cuando bajé la escalera no podía ver el frente de la casa del médico. Mi mujer estaba situada en la parte alta, en el porche y en la ventana esta, y podría haber visto tanto el frente como la parte posterior de la casa, pero estaba al teléfono. Luego bajó corriendo a la calle para llegar frente a la casa del doctor Babb, y entonces ya no podía ver la parte posterior.

Motley Dunkirk se quedó pensativo un momento y luego prosiguió:

—Verá usted: yo llevo lentes bifocales y las escaleras me confunden, por cuyo motivo llevaba la cabeza agachada, mirando los escalones; pero de vez en cuando me detenía y levantaba la vista, y ciertamente vi a esa mujer.

—¿Se refiere a la que salió por la puerta principal y...?

—No, no —contestó Motley impacientemente—: me refiero a la que salió por la puerta trasera.

—Cuénteme de ella —le pidió Mason.

—Pues, tal como yo lo veo, esa mujer es la que debió dar el golpe al doctor Babb. No hay otra salida, en mi concepto.

—¿Podría describirme a esa mujer? —preguntó Mason.

—No. Lo único que puedo decirle es que se trataba de una mujer. Llevaba un abrigo que..., que le llegaba a las rodillas o así.

—¿Y sombrero?

—No me fijé; o al menos no recuerdo haberlo visto. Todo fue muy rápido. Considere que se abrió la puerta trasera y esa mujer salió corriendo a toda prisa.

—¿Hacia dónde se fue?

—Comenzó a bordear la casa por el lado opuesto; es decir: que la casa en sí nos separaba. La vi sólo durante un segundo.

Mason hizo lo posible por mantener el rostro inexpresivo.

—Entonces la policía no sabe nada sobre esa mujer que usted vio salir corriendo de la casa...

—Eso mismo, Mr. Mason: no sabe nada. No se acercaron por aquí. Elvira fue a casa del doctor Babb a hablar con ellos. Por otra parte ella no sabía nada de esta otra mujer. Tampoco les dijo que me había visto en la escalera. Lo único que les comunicó es que yo estaba en mi laboratorio.

»El caso es que por la forma en que fue construida nuestra casa en la base del monte, el sótano, pudiéramos decir la parte posterior, está empotrada en la falda de la colina, pero a la entrada, por la parte de la calle, puede considerarse como un piso bajo. Así es como hacen este tipo de casas en esta región montañosa.

Mrs. Dunkirk dijo a Mason:

—Me preocupa que Motley no haya dicho nada de lo que ha visto. ¿No cree que debe comunicárselo a la policía?

Mason miró a Della Street, para estar seguro de que tomaba taquigráficamente todo lo que se hablaba y, especialmente, lo que iba a decir en aquel momento.

—Naturalmente que creo que su marido debe informar a la policía. Es más: considero que es su *deber*.

Dunkirk soltó una risita seca, sin gracia ninguna.

—Cuando la policía quiera saber lo que yo he visto, que venga a preguntármelo y se lo diré. Yo no ando buscándome compromisos. Naturalmente no voy a molestarme y encima hacer que mi nombre ande por ahí mezclado en un asunto así. En mi opinión Elvira ya ha hablado demasiado.

Y miró a su esposa, como reprochándole. En seguida continuó diciendo:

—Ahora voy a bajar a mi laboratorio. Tengo unas cuantas fotos en baño de agua. Quizá le sorprenda saberlo, Mr. Mason, pero yo gané el primer premio en un concurso organizado este mes por una de las revistas de fotografía, y tengo una de mis fotos colgada en una exhibición que se celebra en Nueva York estos días.

—¡Enhorabuena! —exclamó Mason.

En los labios de Mrs. Dunkirk se dibujó una sonrisa maternal.

—Está como un chico con zapatos nuevos —dijo—; pero creo que el hombre, cuando se retira, ha de tener alguna afición a algo.

—¡Ya lo creo que sí! —convino Mason, consultando su reloj—. Bien; ahora siento tener que dejarles. Resultó una entrevista muy interesante. ¿Estará el criado ese allí ahora?

—Yo creo que sí. La policía le permite seguir usando el piso sobre el garaje, pero ha precintado la casa del doctor Babb. Nadie puede entrar en ella.

Mason frunció el ceño y preguntó:

—¿Green que el doctor Babb se morirá?

—No lo sé. No dicen nada a nadie.

—Bueno; iremos a hablar con el criado —anunció Mason.

Mason y Della Street estrecharon las manos de los Dunkirk y bajaron la escalinata, hasta el coche del abogado. Éste dio cuidadosamente marcha atrás, hacia Rubart Terrace, para salir a Sunland Drive, y luego aparcó nuevamente frente a la casa del doctor Babb.

—¿Y esa otra mujer que sale ahora a relucir? —preguntó Della Street.

—Nadie sabe de ella excepto los Dunkirk, tú y yo, Della. Estoy seguro de que las notas que has tomado prueban claramente que aconsejé a Dunkirk que comunicase su información a la policía.

—Tengo una transcripción, palabra por palabra, de la conversación.

Mason sonrió.

—¿Vas a decírselo a tus clientes? —inquirió la joven.

—Tendré que pensarlo, Della. Vamos a ver si hablamos con el criado.

El abogado, acompañado de Della Street, caminó por la pista de cemento que se extendía por la parte posterior de la casa del doctor Babb y subieron la escalera que conducía al piso de encima del garaje.

Mason oprimió el botón del timbre, situado a la derecha de la puerta, y después de un momento ésta fue abierta por un individuo delgado, que aparentemente rondaba los cincuenta y tantos años.

—Buenos días —saludó el individuo—: ¿cómo está el doctor Babb?

—No lo sé —contestó Mason.

La cara del otro mostró cierta contrariedad.

—Usted viene a preguntar lo que ocurrió anoche, ¿no es eso? Ya vi que subían a casa de los Dunkirk.

—Así es —explicó Mason—. Pero no he visto al doctor Babb ni he oído nada respecto a su estado. La última noticia que tengo es que sigue inconsciente.

—Bueno; pasen si quieren —dijo el hombre—. ¿Qué desean?

—Sólo queríamos hacerle unas preguntas.

—Bien, bien; pasen ustedes.

Mason y Della Street entraron en un pequeño apartamento de dos piezas. La puerta se cerró automáticamente mientras el individuo se disculpaba.

—Siento tener que hacerles pasar a través de la cocina. Dije al doctor que había hecho construir esto al revés, pero ésa fue la forma en que hizo el proyecto y el plano, y así tuvo que ser.

—Me llamo Mason —dijo el abogado, mientras el criado les precedía a través de la cocina y los conducía hacia la otra pieza, combinación de sala y dormitorio.

Aparentemente el nombre no significaba nada para aquel hombre.

—Mucho gusto en conocerle, Mr. Mason —dijo—. A mí llámeme Donald, o Don, si lo prefiere. Todo el mundo me llama así. Siéntese usted, míster Mason.

Mason hizo un movimiento negativo con la cabeza y sonrió.

—Le presento a miss Street, mi secretaria.

—¡Oh! Perdone usted. No lo tomen a mal. Siéntense, siéntense. Yo me sentaré en la cama. Ustedes estarán mejor en las sillas... Bueno: ¿qué es lo que desean?

—Queríamos saber exactamente lo que ocurrió.

Don Derby hizo un movimiento de cabeza.

—Ya lo he repetido tantas veces... —dijo, como cansado—. Bien; se lo explicaré. Yo me estaba duchando allí y oí...

—¿Había estado aquí toda la tarde? —preguntó Mason.

—¿Yo? No: estuve con el doctor. El doctor trabaja hasta bastante tarde.

—¿Tiene usted horario fijo?

—No. Trabajo cuando trabaja él. Y vengo a mi piso cuando él me dice que me vaya. Puede muy bien abrir aquella puerta trasera y llamarme a cualquier hora. Pega un par de gritos y allá voy.

—Anoche el doctor tenía dos visitas, ¿no es así?

—Eso es lo que me han dicho. Yo no lo sabía. La policía se hizo cargo de su libreta-horario, y dicen que había en ella dos apellidos. Kerby y Logan. A mí ninguno de esos dos apellidos me dice nada, pero eso no hace al caso, aunque he oído el apellido Logan antes de ahora. He estado tratando de recordarle durante todo el día y no he podido. En cambio no me suena el apellido Kerby. De todos modos el doctor había despachado todos sus asuntos anoche, y a mí me mandó a casa. Me dijo que no volvería a necesitarme durante toda la noche.

—¿Qué hora era? —preguntó Mason.

—Me parece que eran más o menos las once.

—¿Y se desnudó usted y se metió bajo la ducha?

—No, inmediatamente no. Estuve haciendo un par de cosas por aquí y cambié las sábanas de la cama. Ayer mañana me fui de aquí muy aprisa y dejé la cama sin hacer.

—¿Y por qué esa prisa? —preguntó Mason.

—El doctor me necesitaba para algo. Ahora no recuerdo lo que fue. Sí recuerdo que se asomó a la puerta trasera y me llamó. Él es así, ¿sabe? Cuando necesita algo, lo exige. Yo ya me había levantado y desayunado, pero no tenía arreglado el piso. Era precisamente el día en que suelo cambiar las sábanas. A mí me gusta la limpieza, ¿sabe?

—Ya, ya —dijo Mason—. Se metió usted en la ducha. ¿Qué ocurrió después?

—Oí un grito agudo, escalofriante, y luego, de pronto, me di cuenta de que debía de ser un grito de mujer. Cerré el grifo y me asomé a la ventana, chorreando agua. Llegué justamente a tiempo para ver cómo se cerraba la puerta trasera de la casa del doctor... Intuí que el doctor precisaba de mi ayuda y que me necesitaba urgentemente. Estaba seguro de que allí ocurría algo malo, por lo que eché a correr, enrollándome una toalla a la cintura.

—¿Usted vio cómo se cerraba la puerta?

—Sí. Tiene un muelle que se cierra automáticamente. Tenía que cerrarse en cuanto el doctor se metiera en casa nuevamente.

—¿Vio salir a alguien?

—No. No creo que pudiera salir nadie. Me parece que el doctor abrió la puerta para llamarme, y en ese momento alguien debió meterle una pistola entre las costillas y tirar de él hacia dentro. En realidad eso es lo que me imagino que sucedió.

—¿Pudo llamarle, y usted no haberle oído a causa del ruido de la ducha? —preguntó Mason.

—No, no lo creo. Cuando el doctor me llama, lo hace gritando. Le habría oído de todos modos. Oí a aquella mujer gritar cuando tenía el grifo de la ducha abierto, y eso que ella estaba dentro de la casa del doctor.

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó Mason—. ¿No pudo ser que la mujer gritara desde la puerta abierta? Ella pudo haberse retirado precisamente al llegar usted a la ventana.

El criado se quedó un momento pensativo, pasándose la mano por la mandíbula.

—¡Pues sí! —exclamó—. Expuesta la cosa de esa forma, pudo ser así. Me hacía pensar eso de la puerta. Si el doctor la hubiese abierto, habría gritado y yo le hubiera oído.

—¿Qué hizo usted después?

—Eché mano a la toalla, corrí escaleras abajo llamé a la puerta principal de la casa del doctor para que me abriera. Dentro de la casa no se oía nada. Aquello me asustó. Empecé a andar hacia la puerta principal y sólo me detuve un momento para llamar a una ventana lateral; entonces fue cuando el guardia, que se había apartado de la puerta principal para dar la vuelta a la casa y me vio

allí parado, me preguntó qué demonios estaba haciendo y quién era.

—¿Y luego? —insistió Mason.

—El otro guardia había entrado por la puerta principal, que encontró abierta.

—¿Quiere decir que no estaba cerrada con llave?

—No; quiero decir que estaba entreabierta. Bueno: al menos eso es lo que dijo el guardia.

—¿Guarda allí sus estupefacientes el doctor Babb? —preguntó Mason.

—No sabría decirle. Supongo que sí. Pensándolo bien, creo que allí tiene que guardarlos.

—¿Tiene usted llaves para entrar en la casa? —inquirió Mason.

—No, yo no. El doctor dice que su casa es aquélla y la mía ésta. Cuando quiere que yo vaya allí, me llama. Si no me llama, no voy. A mí me va bien así. Él se mete en sus cosas y yo en las mías. Yo trabajo para él, trato de hacer lo que me manda y no meto las narices en nada.

—Muy bien —dijo Mason—. Supongo que habrá usted hablado con los Dunkirk...

—He hablado con ella. Con él no.

—¿Le dio a usted la descripción de la joven que vio salir corriendo de la casa?

—Ajá —contestó, asintiendo.

—Me estoy preguntando —dijo Mason— si esa misma joven no habrá visitado al doctor en otras ocasiones.

—Es posible; pero yo no lo sé. No tiene mucha clientela. Está casi retirado. Yo trato de quitarme de en medio cuando tiene visita, a no ser que el doctor desee alguna cosa de mí. A veces le ayudo cuando me necesita.

—Siga, siga usted —animó Mason, viendo que se detenía.

—Verá: el doctor es un hombre muy reservado. A mí me va bien eso. Quiere retirarse del todo, ¿entiende?... ¡Oiga, espere un momento! Tengo una idea. Puede que el apellido de esa mujer sea Logan. Tiene, tiene clase. Estuvo aquí... Vamos a ver, creo que el viernes. El viernes por la mañana.

—Continúe —dijo Mason.

—Ahora verá —prosiguió Don Derby—. Estaba yo trabajando en

el estanque que se ve allá abajo cuando llegó esa chica en un Ford, bien cuidado por cierto, y me preguntó si el doctor estaba en casa.

—Muy interesante —observó Mason.

—Ahora bien: el doctor no me paga para que dé información a quien la pida, y le dije que tendría que llamar a la puerta y preguntarlo. Ella se rió y tocó el claxon un par de veces. A los pocos instantes se abrió la puerta trasera y salió el doctor, que se alegró de verla. Ella se apeó del coche y entró con él.

—¿Cómo era esa mujer? —preguntó Mason.

—Pues se le veía clase por todas partes. Tenía el cabello color castaño y estaba llena de cosas por un lado y por otro —dijo maliciosamente—. Al principio no me gustó gran cosa por la forma en que me preguntó si estaba el doctor, pero luego me convenció por completo cuando salió. Se quedó por allí y quería saber todo lo referente a los peces de colores; trató de darme toda la coba posible. No podía figurarme qué era lo que pretendía, pero resultaba agradable.

Derby se detuvo un momento para cobrar aliento y prosiguió al cabo de unos segundos:

—Llevaba el coche, nuevo como era, con matrícula provisional de cartón, pegada en el interior de la ventanilla trasera. Me dijo que acababa de recoger las placas de la matrícula definitiva y que iba a colocarlas entonces. La cosa más natural del mundo era que yo me ofreciera a colocárselas, claro. Después de todo sólo me llevaría unos minutos, y lo hice con gusto; pero ¡vaya comedia que hizo para que yo me decidiera a hacerle el trabajo!

—¿Y cómo se llamaba?

—Se apellidaba *Logan*, desde luego. Recuerdo que me dijo su apellido. Lo que no recordaré aunque me maten es el nombre de pila; pero sí el número de la matrícula: era el AAL-279. Quizás esto le sirva de algo, no lo sé.

Mason miró a Della Street y preguntó a Derby:

—¿Le preguntó la policía si conocía a alguna persona apellidada Logan?

—Sí, sí que lo hicieron. Pero yo no les dije nada porque en aquel momento no me acordaba. Es ahora cuando me ha venido a la memoria, y ni siquiera sé si significa o no algo; pero sí que estoy seguro de que el apellido era Logan.

—Podría ser la misma chica —dijo Mason—. ¿Cómo es que llevó el coche por el sendero de cemento y lo detuvo aquí, precisamente, frente al garaje?

—Eso sí que no lo sé.

—¿Ha estado aquí antes?

—Que yo sepa, no. Pero, desde luego, se veía que conocía bien al doctor. Yo estuve ausente durante cuatro días al principio de la semana, y pudo muy bien venir de visita alguno de esos días.

—Ahí enfrente hay una chica joven —dijo Mason—, una sobrina de los Dunkirk. ¿La conoce usted?

—¿Se refiere a Gertrude?

—Sí. ¿La conoce?

Don Derby se rió sin ganas.

—¡Claro que la conozco! —admitió—. Viene aquí con frecuencia a ver los peces y a jugar con el gato. La pobre chica parece que no tiene otra cosa que hacer.

—¿Qué tal es la chica?

—Pues un poco rara. Si yo estuviese en el lugar del doctor, la hubiese echado con cajas destempladas; pero parece que le da lástima y la aguanta. Anda rondando por aquí continuamente y suele entrar por la puerta trasera. Si alguien le abre la puerta, corre hacia dentro en menos tiempo del que uno tarda en guiñar un ojo.

—¿A qué achaca esa manera de comportarse?

—Pues cualquiera diría que le gusta el doctor. Anda rondando junto a él sin cesar. A mí me ha dicho que el doctor es la única persona que la entiende. Parece que anda medio hechizada. Hace poco la estaba mirando cuando ella no sospechaba que nadie la viese. Se hallaba sentada junto al estanque, llorando. No es que llorara mucho; más bien sollozaba. Yo creo que el doctor la aguanta por los Dunkirk. Son antiguos amigos. *Dicen* que la chica tiene dieciséis años. Yo creo que no llega a los quince. Está crecida y bien desarrollada, pero, por la forma de actuar, se ve claramente que está demasiado desarrollada para sus años.

—Bueno —dijo Mason, levantándose—; sólo quería cambiar unas palabras con usted. Ya me ha dicho lo que deseaba saber.

Don tocó la manga del abogado, y le preguntó:

—Oiga usted: ¿no sabe nada del estado del doctor?

—Pues no. Puede usted llamar al hospital y...

—No puedo telefonar desde aquí —dijo Don—. La casa está precintada por la policía. A mí me dijeron que podía seguir viviendo aquí, y sé que el doctor no querría que me marchara en estas circunstancias. Querrá que le vigile la casa.

—¿No tiene usted teléfono? —preguntó Mason.

Don movió la cabeza en sentido negativo.

—Bien —le dijo Mason al estrecharle la mano—; quizá volvamos a vernos. Trataré de averiguar cómo va el doctor para decírselo si volvemos aquí.

—Sí, por favor —rogó Don—, y vengan cuando quieran. Aquí se aburre uno bastante, pues no se puede hacer otra cosa que leer y oír la radio. Y muchas gracias por la visita.

El criado los acompañó hasta la puerta e insistió en estrechar la mano del abogado y su secretaria.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Della Street al descender por la escalera del garaje.

—Ahora —dijo Mason— llamaremos a Paul Drake.

Encontraron un locutorio telefónico en el surtidor de gasolina, a unas seis manzanas de distancia carretera abajo. Mason marcó el número de Drake.

—Oye, Paul —dijo—: quiero el nombre y la dirección correspondientes a una matrícula de coche, y los quiero en seguida.

—Dame el número de la matrícula.

—El AAL-279.

—Está bien —dijo Drake—; concédeme tres o cuatro segundos para pasar la orden a uno de mis ayudantes y se buscará. Pero espera un poco, Perry, no cuelgues; tengo que decirte una cosa.

Mason siguió al teléfono unos diez segundos, al cabo de los cuales volvió a hablar Drake:

—Ya, Perry; la cosa está en marcha. Llámame dentro de diez minutos y tendré el informe.

—De acuerdo, Paul. Bueno, ¿qué tenías que decirme?

—Encargaste a Della que averiguara algo sobre un robo de narcóticos de un tal doctor Babb, ¿no?

—Pues sí —contestó el abogado—. ¿Ya sabes algo?

—Ese hombre murió hace unos treinta minutos. Dicen que recobró el conocimiento durante el tiempo necesario para contestar a unas preguntas. Corre el rumor de que dijo algo a la policía, pero

no sé nada en concreto. No dan más información.

Mason se quedó pensativo un momento.

—De acuerdo, Paul, gracias —dijo—. Volveré a llamarte dentro de diez minutos.

Mason corrió hacia su coche.

—¿Qué ocurre? —preguntó Della Street.

—Ahora se trata de un caso de asesinato —dijo Mason—, y quizá llevemos un paso de ventaja a la policía. Paul dijo que le llamara dentro de diez minutos y que quizá tendría ya la dirección del propietario de la matrícula AAL-279.

—¿Adónde vamos ahora?

—Hacia casa de Kerby. Si la matrícula esa nos dice alguna cosa, ya estaremos tanto más cerca del centro de la ciudad. Si no nos dice nada, iremos a casa de Kerby para ver qué averiguamos allí.

Mason siguió conduciendo durante diez minutos y luego detuvo el coche ante un locutorio telefónico. Dijo a su secretaria:

—Llama a Paul por teléfono, Della.

Della Street saltó del coche, llamó a Paul Drake y regresó corriendo al cabo de un momento.

—La matrícula está a nombre de Norma Logan. Se trata de un «Ford» de segunda mano, del último modelo, y la dirección es «Mañanas Apartments».

—¡Así se hace! —ponderó Mason—. Que esperen los Kerby, Della. ¡Adelante!

Capítulo 5

El tablero de inquilinos de los Apartamentos Mañanas indicaba que miss Norma Logan vivía en el señalado con el número 280.

Mason y Della Street tomaron un ascensor hasta el segundo piso, buscaron el apartamento y oprimieron el timbre.

La puerta fue abierta por una guapísima joven de ojos azules y cabellos castaños. Del interior del apartamento llegaba un ligero olor a guiso.

—¿Qué desean? —preguntó la joven, con agradable voz.

—Soy Perry Mason, el abogado —dijo Mason.

Ella apartó la vista un momento y luego volvió a mirarle.

—Usted dirá —dijo.

—¿Es usted Norma Logan?

—Sí.

—Le presento a mi secretaria, miss Street... miss Logan —concluyó, dirigiéndose a aquélla.

Norma Logan acogió la presentación con una cortés inclinación de cabeza y la más ligera de las sonrisas.

—¿Podemos pasar? —preguntó Mason.

—Lo siento, pero estoy haciendo la comida y luego tengo que vestirme a toda prisa. Esta noche tengo un compromiso.

—Deseamos hablar con usted —dijo Mason.

—Lo siento; no puede ser.

—Es sobre el doctor Babb —insistió Mason.

Los ojos de Norma Logan volvieron a apartarse de Mason, para tornar a fijarlos en él un instante después.

—¿Del doctor Babb? —preguntó, moviendo la cabeza en sentido dubitativo—. No conozco a ningún doctor Babb.

—Le *conocía*... —insistió Mason.

La joven volvió a negar con la cabeza.

—Y de John Kerby —continuó Mason.

—¿Kerby? —Ella repitió el nombre como tratando de comprobar si había oído bien—. Lo lamento, Mr. Mason, pero ¿está usted seguro de que no se tratará de otra persona que se apellide Logan?

—Usted es Norma Logan.

—Sí.

—Entonces, estoy seguro.

—Y yo estoy segura de que existe un error. No conozco a ningún doctor Babb ni tampoco a nadie que se apellide Kerby... ¿Kerby ha dicho? Me suena ese nombre, pero en este momento no sé de qué.

—¿Tiene usted un «Ford» comprado recientemente?

—Sí, si eso tiene alguna importancia. Y, ahora, lo siento, Mr. Mason, pero no tengo tiempo para estar aquí perdiéndolo y discutiendo cosas inútiles. Existe un error, y puesto que tengo mucha, mucha prisa, voy a pedirle que me disculpe.

Y Norma Logan intentó cerrar la puerta, pero Mason echó su peso encima y lo impidió. Durante un momento la joven pugnó por cerrarla. Luego se echó hacia atrás de un salto.

—¡Como usted quiera! —dijo, enfurecida—. ¿Quiere que empiece a gritar?

Mason, seguido por Della Street, cruzó el umbral.

—Cierra la puerta, Della —ordenó Mason.

Della Street hizo lo que se le mandaba.

—Esto es un ultraje —gritó Norma Logan—. Voy a gritar..., o llamaré al gerente. Avisaré a la policía. Ustedes no tienen ningún derecho a hacer esto.

—Creo que será mejor que avise a la policía —aconsejó Mason—. Creo que a ellos les interesa más que a nadie, y puesto que habrá que llamarlos tarde o temprano, será mejor que vengan ahora.

La joven le miró, pálida, llena de indignación y, aparentemente, muy descompuesta.

—¿De qué diablos me está usted hablando?

Mason le dijo:

—Lamento ser portador de malas nuevas, pero el doctor Babb ha muerto hace una hora más o menos.

—¡A mí qué me importa que hayan muerto cien doctores Babb! —gritó ella—. No conozco a ningún doctor Babb. ¿De qué está

usted hablando?

—Y a Mr. Kerby no se le encuentra por ninguna parte —indicó Mason—. Creo que la policía se va a tomar gran interés en ciertas cosas.

—¿Y qué?

—¿No siente que haya fallecido el doctor Babb? —preguntó Mason.

—Lo sentiría si...

De pronto, se desplomó sobre una silla y rompió a llorar.

Mason se sentó en el sofá. Della Street, por su parte, se acomodó ante una mesita y sacó a relucir su cuaderno taquigráfico y un lápiz.

—Supongo que ahora me contará usted lo ocurrido —dijo Mason—; pero antes de que empiece quiero que sepa una cosa. Yo no puedo actuar como abogado suyo, y lo que me diga no lo consideraré confidencial. Actúo en representación de otra persona.

Ella levantó la cabeza, asustada, con los ojos llenos de lágrimas.

—Ha habido un terrible error, Mr. Mason. Sí que conozco a John Kerby, pero no al doctor Babb.

—¿Dónde estuvo usted anoche? —preguntó el abogado.

—Recorriendo la parte noroeste de la ciudad con mi nuevo coche. Creí que tenía suficiente gasolina, pero me equivoqué. Se me acabó y tuve que ir andando a buscarla a un surtidor que había dejado atrás, en el camino.

—Continúe usted —dijo Mason, sin expresión alguna.

—Conseguí un bidón de un galón y volví sobre mis pasos hacia el coche. Un hombre apellidado Kerby me recogió en la carretera. No le había visto nunca, y tampoco espero volver a verle. Me llevó hasta donde yo dejé el coche aparcado, pero cuando llegamos, había desaparecido el coche. Alguien había puesto en el tanque gasolina de otro automóvil y se lo llevó.

Hizo una pausa, se enjugó las lágrimas y prosiguió:

—Mr. Kerby se portó como un caballero. Me acompañó hasta un motel y luego se fue a su casa sin... Bueno, usted ya me entiende: sin intentar ninguna frescura conmigo. Era un perfecto caballero.

—¡Qué suerte la suya! —exclamó Mason secamente—. ¿Y qué ocurrió después?

—Esta mañana temprano... yo..., bueno, me encontraba preocupada y llena de temor, y no podía dormir, por lo que me

levanté al amanecer y me fui caminando carretera abajo. Un lechero, que hacía la entrega de la leche en el primer reparto, me recogió y llevó hasta donde pude conseguir un taxi. Llegué a casa, y a eso del mediodía me llamaron por teléfono desde una *boîte* de las afueras llamada «Purple Swan». Me dijeron que mi coche estaba aparcado en su pista y que era un estorbo, por lo que me pedían que lo remediara de algún modo. Desde luego, antes me aseguré bien de que era mi coche.

—¿Cómo consiguieron su nombre? —preguntó Mason.

—Por el certificado de registro.

—¿Y fue usted allí a hacerse cargo del coche?

—Sí.

—¿Cómo se llama el motel donde pasó la noche?

—No me acuerdo.

—¿Recuerda dónde se encuentra?

—Sí. Lo reconocería si volviese a verlo.

—Bueno —dijo Mason—; vamos a repasar lo hablado. ¿Está completamente segura de que no conoce al doctor Babb?

—Segurísima.

—¿No le vio nunca?

—Jamás oí hablar de él.

—¿Cuánto tiempo hace que tiene las placas de la matrícula y el certificado de su nuevo «Ford»?

—No hace mucho. Unos cuantos días.

—¿Quién le colocó las placas?

—¿Tiene importancia eso?

—Podría tenerla.

—Hice que me las pusieran.

—Pero ¿quién lo hizo?

—Un amigo muy mañoso que tengo.

—¿Un criado, acaso?

—Supongo que sí. ¿Por qué? ¿Qué importancia tiene eso?

—Pues muchísima —dijo Mason—, porque esa persona se acuerda del número de la matrícula. Fue el viernes pasado, y usted estaba en casa del doctor Babb. No se detuvo frente a la casa, sino que llevó el coche por la pista de la finca hasta llegar a la parte posterior del inmueble. Se detuvo junto al estanque de los peces de colores. Y recordará usted que el criado estaba allí. Le aduló usted

un poco, puso en marcha sus personales encantos y consiguió que le colocara las placas.

Los grandes, tristes ojos de la joven, dieron a entender que se encontraba atrapada.

—Ahora bien —prosiguió Mason—: el doctor Babb está muerto. Ha sido asesinado. A usted se la vio salir corriendo de la casa. Y falta poco tiempo para que la policía se presente aquí. No sé exactamente cuánto tardarán. Pueden ser unos minutos o unos cuantos días, pero darán con usted. Nadie la obliga a contarme lo ocurrido. Si usted lo desea, la escucharé encantado; pero yo represento, como he dicho, a otra persona.

—Ya sé a quién representa —dijo ella—. Representa a John Kerby. Me dijo que si algo ocurría y usted llegaba a descubrirme, que apoyase su historia acerca del bidón de gasolina y el coche robado.

—¿Cuándo le dijo eso? —preguntó Mason.

—Hará cosa de media hora.

—¿Estuvo aquí?

—No. Me llamó por teléfono.

Mason entornó los párpados y dirigió la mirada hacia donde Della Street se hallaba tomando rápidas notas taquigráficas en su cuaderno.

—Será mejor que me cuente todo lo que ocurrió —invitó Mason, en tono de cansancio.

La chica comenzó así:

—Soy hermanastra de Ronnie.

—¿Quién es Ronnie?

—Ronson Kerby.

—Continúe usted —dijo Mason.

—Él es la causa de todo el jaleo.

—¿Tiene algún parentesco con John Kerby?

—Pero ¿no está usted enterado? —preguntó ella—. Es su hijo.

—Siga, siga.

Ella prosiguió:

—El doctor Babb tenía un negocio que era todo lo contrario de un centro de abortos. En realidad tenía un centro suministrador de niños.

Mason esperó, impaciente, a que continuara, pues la joven se

había detenido.

—Yo lo descubrí —dijo al cabo de un momento— porque estaba interesada por Ronnie. De otro modo jamás hubiera tenido ni la más remota idea de lo que ocurría. El doctor Babb era un hombre muy listo. Tenía dos pequeñas clínicas particulares. Una de ellas era donde iban las señoras de posición; tanto social como económica, ostensiblemente para dar a luz. La otra era donde unas pobres desgraciadas iban a dar a luz niños que no deseaban tener.

La joven volvió a interrumpir su narración: mientras observaba el efecto que el relato producía en sus oyentes.

—En vez de tener que someterse al pesado papeleo requerido para la adopción de una criatura, el doctor Babb extendía simplemente un certificado de nacimiento y lo firmaba como médico director de la clínica. Aquel documento convertía al niño en hijo legítimo de los padres adoptivos en todo lo concerniente a registros oficiales. El doctor Babb hacía un espléndido negocio, y lo llevaba con tal discreción que nadie pudo jamás sospechar nada. Incluso tenía instrucciones impresas, que habían de seguir las personas que iban a hacerse cargo de las criaturas.

—Ya comprendo —dijo Mason—. Continúe.

—Las desgraciadas que se encontraban en semejante compromiso podían acudir al doctor Babb. Él se encargaba de colocarlas en hogares donde podían trabajar para ganar su sustento hasta las últimas seis semanas, momento en que ingresaban en su clínica a esperar. Cuando nacía la criatura, recibía la madre la cantidad de mil dólares y sabía que ya no volvería a verla jamás. El doctor Babb le prometía que la criatura tendría un buen hogar. Pero no decía una palabra más. Para la mayoría de esas desgraciadas era suficiente. Decían a sus amistades que se marchaban a visitar parientes que vivían lejos, y unos meses más tarde regresaban con ropas nuevas y el cuento de que habían tenido un empleo estupendo, que acababan de abandonar por sentir la nostalgia de su hogar. El doctor Babb era listísimo... Pocas de esas chicas llegaban a saber su nombre. Tenía otro doctor, un ayudante que estaba a cargo de la clínica donde nacían los niños.

—¿Sabe su nombre?

—No.

—Bueno; continúe.

—Bien; pues entretanto la madre adoptiva se hallaba esperando en la otra clínica. Pasaba allí diez días, después de haber engañado, de modo bien preparado, a sus amistades. El doctor Babb cubría ampliamente el expediente con sus instrucciones impresas. Sus servicios eran carísimos. No se hacía cargo de un caso por menos de diez mil dólares.

Mason contempló a Norma Logan pensativamente y luego preguntó:

—¿Sabía usted que el doctor Babb había muerto?

—Sí.

—¿Antes de que yo se lo dijera?

—Sí.

—¿Quién se lo dijo?

—Mr. Kerby.

—¿Cuándo?

—Cuando me telefoneó hace un rato.

—Oiga —dijo Mason—, yo represento a ese hombre, y tengo que hablar con él. Tengo que encontrarle inmediatamente. Cada segundo que pasa es valiosísimo. No apareció por su despacho en toda la tarde. El teléfono de su casa no contesta. ¿Dónde puedo encontrarle?

Ella movió la cabeza en sentido negativo.

—En eso no puedo ayudarle. Se..., se mantiene oculto.

—¿Por qué?

—Para dar tiempo a que la situación cristalice antes de ser interrogado por la policía.

Mason comenzó a pasearse por la habitación. De pronto se volvió, para enfrentarse nuevamente con Norma Logan.

—Está bien. A ver qué nos dice de Ronnie, y de cómo conoció usted a John Kerby, y qué es lo que realmente sucedió anoche.

—Mi padre —dijo la chica— era uno de los hombres mejores del mundo. Era un aventurero, nada práctico, pero osado y de magnética personalidad.

—¿Y su madre?

—A mi madre casi no la recuerdo. Al morir ella me convertí en la nenita de papá. Nos divertíamos enormemente. A veces, cuando tenía dinero, nos dedicábamos a viajar. Otras veces, cuando no lo tenía, nos manteníamos de cualquier cosa. Luego, hace unos diez

años, papá volvió a casarse.

—¡Ah! —interrumpió Mason—. ¿Volió a casarse?

—Sí. Y un año después de este segundo matrimonio perdió cuanto poseía. Confió demasiado en un socio que tenía y que le limpió a conciencia. Papá no pudo darse cuenta de lo que pasó, se estaba volviendo viejo, y tampoco lograba entender esa vejez. Seguía con el mismo espíritu de aventura romántica pero..., claro, ya no era joven.

La chica volvió a detenerse mientras cobraba aliento. Luego prosiguió:

—Se fue en una expedición a Sudamérica y se adentró en la selva. Creía que aquella expedición iba a darle nueva riqueza. Después de transcurridas varias semanas recibimos un informe de que había muerto. Dejó a su segunda mujer encinta y sin un céntimo. Yo era una inocente de diecisiete años, con conocimientos de taquigrafía, e intenté hacerme fuerte. Le prometí a mi madrastra conseguir un empleo y sostenerla. ¡Fue una cosa de risa! Apenas pude conseguir lo más esencial para mi propio sostenimiento.

Mason hizo una señal de asentimiento y la animó a continuar su relato.

—Mi madrastra oyó hablar del doctor Babb y de los servicios que prestaba... De ese modo llegué a tener un hermanastro a quien jamás había visto. Unos meses después fallecía mi madrastra, completamente descorazonada. Estuvo enamoradísima de mi padre hasta la misma hora de la muerte. Papá tenía esa rara virtud. Cuando una mujer se enamoraba de él, quedaba enamorada para siempre. Creo que todas ellas reconocían sus flaquezas, pero su fascinación, su encanto personal y su arrogancia, su forma romántica de contemplar la vida hacían de él el perpetuo príncipe encantado.

El recuerdo de todo aquello entristecía a la joven por momentos, y a veces la voz le temblaba en la garganta.

—Yo conocía de nombre al doctor Babb, y sabía que Ronnie había sido adoptado por alguien. Sin embargo no pude encontrar dato alguno que me dijera por quién. Luego, hace poco tiempo, cuando procuraba acoplar los datos de que disponía, me di cuenta, de pronto, de cómo tenía montada el doctor Babb toda la organización, por cuyo motivo volví a consultar los registros

oficiales y el Registro Civil. Yo sabía la fecha del nacimiento de Ronnie. Miré en el Registro Civil todos los nacimientos de aquel día y luego examiné todos los certificados expedidos el mismo día. Ocurrió, por suerte, que sólo había uno en esa fecha firmado por el doctor Babb; era el nacimiento de un varón, hijo de John y Joan Kerby.

—¿Y fue usted en busca de los Kerby? —preguntó Mason.

—Durante algún tiempo pensé en buscarlos sin que se enteraran de quién era yo, para poder ver a mi hermano. Estaba segura de que se parecería a papá. Si era así, si había heredado su encanto, su magnetismo, el mundo sería suyo. Tenía gran ansiedad por ver cómo era. Pero luego pensé que era mejor que abandonara mi propósito de no darme a conocer.

—¿Qué hizo usted entonces? —inquirió Mason.

—Fui a ver al doctor Babb —contestó la muchacha—. Le dije quién era y lo que pretendía.

—¿Y qué pretendía?

—Asegurarme de que Ronnie vivía feliz y contento y de que estaba en una casa buena.

—¿Y qué sucedió?

—El doctor Babb se enojó al verse descubierto, pero cuando le expliqué lo que deseaba, sintió un gran alivio. Al parecer, el médico que tenía de ayudante iba por mal camino. Era morfinómano y buscaba dinero. Cuando el doctor Babb vio que yo había descubierto a Ronnie por mi labor de investigación se mostró dispuesto a ayudarme. Me aseguró que Ronnie estaba muy contento y me prometió que se comunicaría conmigo si alguna vez observaba que algo iba a desbaratar la felicidad del niño. Confiada en esa promesa, decidí mantenerme en la oscuridad y no tratar de ver a Ronnie ni de conocerle.

—¿Y luego? —preguntó Mason.

—Luego, el jueves pasado, me telefoneó el doctor Babb. Me dijo que no quería alarmarme, pero que alguien estaba tratando de hacerle objeto de un chantaje. Agregó que alguna persona había averiguado lo del caso Kerby, aunque carecía de evidencia definida.

—Oiga, un momento —interrumpió Mason—: ¿Se refirió concretamente al «caso Kerby», o habló en términos generales, llamándola sólo a causa del interés que usted tenía en ese caso

particular?

—No, no. Dijo que se trataba de alguien a quien sólo interesaba el caso Kerby.

—Entendido. ¿Qué hizo usted luego?

—Me fui a verle, y después, ayer tarde, llamé por teléfono a John Kerby, a su despacho. Le dije que tenía que verle sobre un asunto de suma importancia; algo referente al bienestar y porvenir de su hijo.

—¿Y qué ocurrió?

—No pude hablar con Kerby hasta la tarde. Se quedó muy preocupado. Me dijo que tenía organizado un congreso de ventas en una *boîte* llamada «Purple Swan», donde estaría ocupado hasta las once de la noche; pero que si iba a encontrarlo allí a las once, con gusto hablaría conmigo.

—¿Y fue usted a encontrarle?

—Sí.

—Y luego ¿qué?

—Le conté lo ocurrido y decidimos ir a ver al doctor Babb.

—¿Le telefonearon?

—No.

—¿Qué hicieron entonces?

—Nos llegamos a su casa y vimos que había luz. Mr. Kerby juzgó que era mejor que yo entrara a ver si había moros en la costa. Temía que hubiera alguien allí y no quería que nadie le viese en aquella casa. Dijo que nadie podía *probar* nada, y por esa razón no quería tener ningún contacto personal con el doctor Babb que cualquier persona pudiera atestiguar.

—Así que, ¿qué hicieron?

—Mr. Kerby aparcó en una de las calles transversales. Yo salté del coche y me dirigí a la casa. Iba a llamar al timbre, pero decidí entonces probar la entrada principal, la que da al recibidor. La puerta no estaba cerrada con llave. La abrí y entré.

—¿Y luego? —preguntó Mason.

—Ahora le diré a usted la verdad, Mr. Mason.

—Eso es precisamente lo que quiero: la verdad.

—Pues me senté, y al poco rato (creo que transcurrió menos de un minuto) oí un tremendo tumulto procedente de una de las habitaciones interiores. Tenía que haber lucha allí dentro. Se oían

fuertes pisadas y creí oír un golpe de algo; luego, el ruido sordo de una caída. Fue un golpe que conmovió la casa entera. Luego oí gritar a una mujer.

—¿Que oyó *gritar* a una mujer? —preguntó Mason.

—Así fue.

—¿No fue usted quien gritó?

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué hizo usted entonces? —interrogó Mason.

—Me acerqué corriendo a la puerta.

—¿A la puerta principal?

—No, no: a la puerta que daba al interior, donde se oía el barullo.

—¿Qué ocurrió?

—Abrí la puerta y vi un cuerpo (supongo que sería el del doctor Babb) echado en el suelo. Una mujer, situada de espaldas a mí, se inclinaba sobre él.

—¿Vio usted su rostro?

—Sí, lo vi al incorporarse, pero de perfil.

—¿Puede describirla?

—Debía de tener unos treinta años e iba bien vestida; nariz ligeramente respingona, cabellos y cejas oscuros. Era una mujer más o menos madura, pero no gruesa ni corpulenta.

—¿Qué pasó después?

—Vi que ella se dirigía a la parte posterior de la casa.

—¿Y luego?

La chica pensó unos segundos y dijo:

—Mr. Mason, hice una cosa que no debí hacer probablemente, pero si tuviese que hacerlo otra vez, no vacilaría tampoco.

—¿Qué fue?

—Robé el libro registro confidencial del doctor Babb.

—¿A qué registro confidencial se refiere?

—Al único que llevaba: el que contenía los datos del lugar a que habían ido a parar los niños adoptados.

—¿Cómo sabía que existía tal registro?

—Porque había estado espionando al doctor, míster Mason. Le vi consultar en él algunos datos sobre Ronnie, su fecha de nacimiento, etcétera, y... Bueno: él creía que yo estaba en la sala de espera. En realidad me había metido en uno de los compartimentos en que se

desnudan los clientes y tenía la puerta un poquito abierta. Yo estaba escuchando porque quería enterarme del lugar donde guardaba esa información, que yo sabía que él iría a buscar.

—¿Y lo averiguó entonces?

—El doctor Babb era muy listo. Conservaba sus libros perfectamente encuadernados, pero ese a que yo me refiero es un libro de encuadernación barata, de espiral, que no tenía aspecto de ser nada importante, y es el que consultó cuando fue a buscar los datos sobre Ronnie. Ni siquiera lo guardaba en la caja fuerte. Lo tenía en un cajoncito secreto de su mesa de trabajo.

—¿Qué hizo usted después?

—Cuando vi a aquella mujer me convencí de que lo que buscaba era ese libro, porque la puerta de la caja estaba abierta y los libros y documentos se hallaban esparcidos por el suelo. Tenía la seguridad de que cuando se escapó por la puerta trasera se había llevado probablemente algún libro que supuso era el registro que deseaba. Yo sabía que aparecería la policía y sabía también que si ese libro registro caía en sus manos se armaría la gran tragedia. No sólo estaba pensando en Ronnie, sino en todos los demás niños que se hallan en el mismo caso.

—Claro, claro —confirmó Mason.

—Usted comprenderá lo que eso significa, míster Mason, cuando se ha criado a un chico en la seguridad de que su hogar es el de sus padres legítimos y luego, de pronto, se encuentra con que es un chico adoptado y... Y luego viene lo que harán las autoridades. Sólo el Cielo sabe cuántos niños andan por el mundo provistos de partidas de nacimiento que no valen ni el papel en que están hechas. Y si alguien estuviese en poder de los datos verídicos... Claro que la dificultad estaría en conseguir precisamente esos datos. Pero disponiendo del libro registro particular del doctor los detectives podrían encontrarlos y... ya comprenderá usted lo que ocurriría.

—Entonces ¿tiene usted ese libro? —preguntó Mason.

—Lo tengo, Mr. Mason. Lo escondí entre mis ropas y salí de la casa corriendo a toda velocidad. Yo sabía que aquel escándalo habría obligado a los vecinos a llamar a la policía. Comprendía que no podía hacer nada en favor del doctor Babb con quedarme allí y que me encontrarán.

—¿Qué hizo usted después?

—Me fui corriendo al coche de Mr. Kerby. Le dije que tenía que ir a esconderme a toda prisa. Al salir yo corriendo vi a la mujer que vive en la colina, más arriba de la casa del doctor Babb, a la puerta de su casa. La luz del porche del doctor Babb estaba encendida y estoy segura de que me vio muy bien.

—¿Y qué sucedió luego?

—Mr. Kerby puso el motor en marcha para irnos de allí. Un coche de la policía se cruzó con nosotros antes de que hubiéramos recorrido media manzana. Yo hice comprender a Mr. Kerby que podríamos encontrarnos con la carretera bloqueada. Nadie buscaría a un hombre, pero sí podrían andar buscando a una mujer que respondiera a mis señas personales.

—Y entonces decidieron detenerse en un motel, ¿no? —preguntó Mason.

—No pensamos en ello de momento, pero al ir por el camino vimos el motel con un letrero que decía «Habitaciones para alquilar» y Mr. Kerby entró allí con el coche. Yo le pedí que nos hospedáramos como marido y mujer. Era la única forma de pasar inadvertidos y de conseguir habitación. Así lo hicimos, y después de unos minutos Mr. Kerby se fue a su casa.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Regresó al motel a eso de las cuatro o cinco de la mañana, me recogió, me llevó hasta el «Purple Swan» para recoger mi coche, lo puse en marcha y me fui a mi casa.

—¿Y le dijo lo que tenía que decir en caso de que fuera interrogada?

—Sí: me lo aconsejó entonces y volvió a repetírmelo después. Me dijo que contara ese cuento del automóvil y de haberme quedado sin gasolina; pero me aseguró también que nadie me interrogaría porque jamás podrían averiguar quién era yo. Me dijo igualmente que si la cosa se ponía mal y él tenía que corroborar ese cuento, simularía acordarse repentinamente de algo respecto a mí que facilitara a los detectives la forma de localizarme en esta dirección, y entonces yo podría confirmar lo dicho por él.

—¿Le habló usted de ese libro? —preguntó Mason.

—De ese libro no le he hablado a nadie —contestó ella.

—¿Dónde está? —inquirió Mason.

—Lo tengo yo.

Mason movió la cabeza desaprobadoramente.

—Yo la he encontrado —dijo—, e igualmente la encontrará la policía. No se trata de un simple atraco: es un caso de asesinato. Y de él la acusarán a usted.

—¿A mí? —preguntó ella, incrédula.

—Naturalmente. ¿Qué se creía usted?

—Pero, Mr. Mason, la mujer que le mató fue la que chilló, la que se hallaba en el despacho.

—Oiga —le dijo Mason—, no sea usted inocente. Usted entró en casa del doctor Babb. Le preocupaba el bienestar de Ronson Kerby. Al menos eso es lo que usted dice. En lo que a la policía toca, pueden creer que John Kerby la comisionó a usted para que se apoderara de ese libro. Yo no lo sé. Lo único que tengo en prueba de lo que me acaba de decir, es su palabra.

Hubo una breve pausa, tras la cual Mason prosiguió:

—*Usted* afirma que había otra mujer allí, la mujer que gritó.

—Es verdad. Los vecinos la oyeron gritar.

—Los vecinos oyeron a *una* mujer gritar —dijo Mason—; pero la policía actuará bajo la presunción de que usted entró en la casa con el definido propósito de robar ese libro, que el doctor Babb había dejado abierta la puerta principal, y que usted entró en la sala de espera y abrió la puerta del despacho. El doctor Babb se hallaba probablemente en otra parte de la casa. Usted vio en ello su oportunidad. Se introdujo dentro y trató de robar el libro. El doctor Babb entró y la sorprendió. Se entabló una lucha, el forcejeo, y le dio usted en la cabeza con el jarro, tratando sólo, probablemente, de dejarlo fuera de combate o para evitar que la agarrase. Pero le dio usted con demasiada fuerza. Entonces fue cuando usted gritó. Luego se apoderó del libro y echó a correr.

—Pero, Mr. Mason, le estoy diciendo la verdad. Allí había *otra* mujer.

—Es posible que sí. Pero usted me está mintiendo.

—¿Qué quiere decir?

—Dice que usted y Kerby fueron a ver al doctor Babb sin previo aviso, que no le telefonearon ni tenían hora reservada.

—Y es cierto.

—Entonces —dijo Mason— ¿cómo es que en el libro del doctor

Babb aparece hora reservada para ustedes dos? Y se consignan los apellidos.

La joven miró a Mason con ojos espantados.

—¿Le telefonaría Kerby? —preguntó Mason.

—Pues... debe de haberlo hecho.

—Pues bien —le dijo Mason—: Si es así, la policía la tiene a usted en un puño. Como yo la he encontrado, la encontrarán ellos. Deme usted ese libro y váyase de aquí.

—¿Y dónde voy a ir?

—Eso depende de usted —dijo Mason—. Pero al menos, por el momento, no vaya adonde la policía pueda dar con usted. Y he de aconsejarle algo más, por ser mi deber como abogado: Si se va de aquí, su huida puede ser considerada como una prueba contra usted. Sería tomada como evidencia de huida, pero le proporcionaré un rayo de esperanza. Yo sé que, efectivamente, había allí otra mujer, y voy a tratar de averiguar, por todos los medios quién era. No tengo absolutamente nada en que apoyarme en este momento, exceptuando, quizá, las huellas digitales que la policía pueda descubrir.

—¿De cuánto tiempo dispongo? —preguntó ella.

Mason se encogió de hombros.

—Lo mismo puede ser de unos segundos que de dos semanas. Si Kerby vuelve a telefonarle, dígame que llame a la Drake Detective Agency, en mi mismo edificio, y que deje dicho dónde puedo ponerme en contacto con él. Advíertale que su recado me será transmitido a cualquier hora del día o de la noche. ¡Ah! Y dígame también que es terriblemente importante.

—¿Y no cree que debo contar esa historia que él me sugirió?

—En eso no puedo aconsejarla. Sólo puedo decirle que consulte cuanto antes con un abogado. Entretanto entrégume ese libro.

—¿Por qué?

—Porque hemos de estar seguros de que no irá a parar a manos de la policía o de un chantajista cualquiera.

—No puedo entregárselo.

—¿Por qué no?

—No..., no lo sé. Confío en usted, pero sé que en mis manos está seguro.

—No, no lo está —afirmó Mason—. Ni tampoco lo está usted

misma. La prenderán en cualquier momento. La policía la registrará y dará un buen repaso a todos los rincones de su coche.

Ella se quedó mirándole un momento y luego se volvió hacia Della Street.

—¿Quiere venir conmigo un momento, miss Street? Deseo hablar con usted, de mujer a mujer.

Della Street dirigió una fugaz mirada a Mason y contestó al momento:

—De acuerdo. ¿Adónde quiere ir?

Norma Logan abrió la puerta del cuarto de baño y entraron las dos en él. Se oyó el ruido del pestillo. Después de un momento se volvió a oír el pestillo y la puerta se abrió. Norma Logan dijo:

—No voy a dárselo a usted, Mr. Mason. También usted está expuesto, como yo, al registro de la policía. He hablado con miss Street, y hemos pensado en un lugar seguro para guardar el libro.

Mason miró a Della, que contestó con un breve movimiento afirmativo de cabeza.

—¿Ha hablado de ese libro a Kerby? —preguntó Mason.

Ella negó con la cabeza y dijo:

—No sabía hasta qué punto podía fiarme de él.

—Muy bien —dijo Mason—. No le diga nada. Mejor dicho: no se lo diga a nadie.

—Si la policía me interrogase, ¿debo decirles lo que Mr. Kerby me dijo que contara?

—En eso —contestó Mason— no estoy en situación de aconsejarla. Entienda usted bien que no soy su abogado. Yo represento a John Kerby. Le sugiero que consulte con otro letrado sin perder momento, que le cuente lo sucedido y que siga su consejo. Y ahora la dejo. Vamos, Della.

Della Street esperó hasta que estuvieron sentados en el coche para decirle:

—¿Puedo hacerte una pregunta, jefe?

—Sí, sí, hazla.

—Esa mujer no es cliente tuya.

—Decididamente no.

—Sin embargo le pediste ese libro.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque —dijo Mason— a juzgar por lo que me ha dicho, sé que ese libro es demasiado peligroso para tenerlo por ahí descuidado. En primer lugar yo represento a John Kerby. Ahora me doy cuenta de lo que le tenía tan preocupado cuando fue a verme esta tarde. Estoy tratando de proteger a su hijo.

—¿Puede decirse que es obrar con ética? —preguntó Della Street.

—¡Claro que no! —exclamó Mason—. No lo es. Ese libro fue sustraído, y si me apodero de él, me convierto en cómplice de un robo, violando el Código Penal. Tendría en mi poder un artículo robado, y por otra parte no tengo la menor intención de permitir que ese objeto robado llegue a manos de la policía.

—Y suponiendo que ese libro estuviera en mi poder, ¿en qué lugar te dejaría, profesionalmente hablando?

—Al borde de un precipicio, siempre que estuviera enterado de que tú lo tienes.

Mason siguió conduciendo en silencio durante un rato y luego dijo:

—La ética representa ciertas reglas de conducta que se han creado para conservar la dignidad y la integridad de la profesión. Yo me inclino a someterme al espíritu de las reglas de la ética antes que a la letra en sí.

—Pero ¿qué me dices de los tribunales?

—Que se ajustan más bien a la letra que al espíritu de la misma. Si la policía llegase a averiguar que esa chica tenía ese libro y que llegó a mis manos, y esa información llegara a oídos de Hamilton Burger, el fiscal, que detesta incluso el polvo que piso, se le presentaría la oportunidad que ha estado esperando tanto tiempo: me acusaría de receptor de artículos sustraídos y me tiraría el Código Penal a la cara.

—¿Y qué harías entonces?

—Entonces —contestó el abogado— diría, y sería la verdad, que no sé dónde está el libro. Lo que sí sé, Della, es una cosa: que no voy a descender el velo del pasado y echar a los lobos a Dios sabe cuántos niños inocentes.

—Claro, claro —comentó Della Street.

—Eso es lo peor que tiene la ley. Hay que ajustarse a la letra. No se pueden limar salientes. Si la ley considera que esos niños han

sido colocados en hogares ilegalmente, la ley se verá obligada a declararlos pupilos del Estado. Entonces los padres sólo pueden hacerse cargo de los niños mediante los trámites legales de adopción. Muchos niños que se han creído en la seguridad de sus hogares naturales, en compañía de sus padres legítimos, se enterarán de la verdad. El caso recibiría una gran cantidad de publicidad en la Prensa, algunas madres legítimas harían su aparición, entrarían en acción los chantajistas y se armaría el gran alboroto.

—¿Y estás dispuesto a arriesgar tu reputación y tu libertad para evitar que eso suceda?

Mason le sonrió.

—Puedes estar segura de que sí. Yo soy abogado. Puede sonarte raro, pero mi vida está dedicada a mejorar la administración de la justicia. Soy leal con mis clientes. Estoy tratando de representar a John Kerby y a su hijo. Pero no empieces a colgar coronas y lazos mortuorios en mi puerta todavía. Estoy dotado de cierta medida de viveza humana y de considerable agilidad legal, y voy a poner ambos atributos en práctica.

Mason hizo una corta pausa y agregó en seguida:

—Y en este momento no sé dónde está el libro.

—Y Kerby ¿qué? ¿Vas a tratar de encontrarle?

—¿Cómo voy a poder dar con él? Se ha escondido, al menos por el momento. Fue una idiotez, pero lo ha hecho. Si se pone en comunicación con Norma Logan, ella le dará el recado de que se ponga en contacto con Paul Drake. Y Drake se preocupará de que me llame. Yo diré a Drake que destine un hombre a vigilar la casa de Kerby y que diga a éste o a su esposa, el primero que llegue, que me llamen inmediatamente. Me encontraré con Paul Drake mañana a los ocho menos cuarto de la mañana si acaso no sé nada de Kerby antes de esa hora. No conseguiremos nada con quedarnos en vela machacándonos el cerebro. Necesitaremos dormir. Mañana puede convertirse en un día de verdadero agobio.

—Y que lo digas —murmuró Della Street.

Capítulo 6

A las ocho menos cuarto de la mañana Perry Mason ya se hallaba en el despacho de Paul Drake.

—Hola, Perry —saludó Paul—. ¿Por qué tan temprano?

—Estoy tratando de llevar a cabo un honrado día de trabajo —contestó Mason, sonriente—. ¿Qué es eso de llegar con diez minutos de retraso?

Drake consultó su reloj y contestó:

—¡Oye! Que sólo son las ocho y medio minuto. He estado desenterrando material.

—¿Qué material?

—He estado atando cabos.

—¿Qué cabos? —preguntó el abogado.

Drake se arrellanó en el quejumbroso sillón giratorio, tras de su castigada mesa de trabajo. Alto como era, inmovible, había estudiado cuidadosamente el arte de hundirse entre todo lo que le rodeaba hasta confundirse con ello y quedar sumido en la insignificancia.

—Sobre el caso del doctor Babb —aclaró el detective—. La policía consiguió una buena descripción de la joven que salió corriendo por la puerta principal de la casa.

Mason encendió un cigarrillo.

—Se están preguntando cómo pudo una chica esfumarse de esa manera tan absoluta, puesto que la policía se presentó en escena casi en cuestión de segundos. Avisaron por radio a otros coches patrulla y tendieron una buena red.

—Cualquiera que vaya en coche puede trasladarse a bastante distancia en un corto espacio de tiempo —dijo Mason.

—Siempre que ese cualquiera disponga de coche —replicó Drake —, y siempre que lo tenga aparcado convenientemente, cerca del

teatro de operaciones. En este caso concreto la policía trabaja sobre la teoría de que la chica iba a pie.

—Bueno; continúa —animó Mason.

—En cuyo caso —prosiguió Drake— debe haberse esfumado de las calles en un santiamén. Así, pues, como cosa rutinaria, la policía hizo una comprobación en un motel de aquel vecindario llamado «Beauty Rest Motel».

—¿Encontraron alguna pista? —preguntó Mason, sin comprometerse.

—Al menos no encontraron lo que buscaban entonces, pero sí dieron con algo que encaja en el rompecabezas.

—¿Qué fue?

—Preguntaron si una joven sola, de determinadas señas, se había inscrito en el motel el lunes por la noche, de once cuarenta a once cuarenta y cinco. Indagaron sólo por chicas que iban *solas*.

—Sí, ya entiendo —repuso Perry.

—El gerente les dijo que, aunque no había llegado sola ninguna joven que respondiera a aquella descripción, sí había llegado una pareja a la hora mencionada, en circunstancias bastante sospechosas. Se habían inscrito como marido y mujer. El supuesto marido, sin embargo, había abandonado el motel, dejando allí sola a la mujer, y la hora de su salida fue tan extraña que suscitó las sospechas del gerente. Éste declaró que aquel hombre no había permanecido en el motel más que unos minutos.

—Ajá —dijo Mason.

—Cuando la policía registró la habitación en que el doctor Babb había sido atacado, buscaron, naturalmente, huellas digitales. No encontraron ninguna en el jarro de vidrio que fue utilizado como arma, pero sí hallaron huellas que no eran ni las del doctor Babb ni las de su criado. Por la forma en que una de las huellas había sido superpuesta sobre otra, que la policía estaba segura de haber sido hecha por el doctor Babb poco antes del ataque, la policía sacó la consecuencia de que podría ser la huella del asaltante.

—¿Qué hicieron entonces?

—Fueron al departamento número cinco del «Beauty Rest Motel» —aclaró Drake— y buscaron huellas digitales. Encontraron precisamente las de esa misma mujer.

—Eso da interés al asunto, ¿no? —comentó Mason.

—Mucho —dijo Drake.

—La policía se incautó de la libreta-horario del doctor Babb —aclaró Mason—. Eso me demostró que el doctor tenía tres visitas por la tarde y dos por la noche. Los apellidos de estas dos últimas eran Kerby y Logan.

—Efectivamente.

—¿No daba nombres de pila, ni las iniciales siquiera?

—Nada —contestó Drake.

—Continúa —le dijo Mason—. ¿Alguna cosa más?

—Sí, sí, espera —prosiguió Drake—. La policía se interesó mucho por la identidad del hombre que había llevado esa mujer al «Beauty Rest Motel». Se había inscrito con un nombre que resultó ser falso, y dio una dirección también falsa, pero dio la marca y el número de la matrícula de su automóvil.

—Sigue, sigue —dijo Mason con impaciencia.

—También el número de la matrícula del coche resultó ser falso, pero sólo, al parecer, en cuanto a dos de las cifras. El gerente del motel *creyó* haber comprobado el número anotado en el registro con el de la placa del coche. Dice que sabe con certeza que comprobó las tres letras primeras, que son JYJ. El número que sigue a estas letras en la fecha de registro es el 1, y el gerente está seguro de que era el 1. La discrepancia en el número de la matrícula, por tanto, debe radicar en las dos últimas cifras, lo que circunscribe la búsqueda a noventa y nueve coches. Puesto que la policía conoce la marca del coche que busca, no tardará en conseguir los datos que le faltan.

—Entendido —observó Mason.

—Así, pues —continuó Drake—, sabiendo como sé que tienes tanto interés en comunicarte con Kerby; sabiendo que el nombre de Kerby estaba en la libreta-horario del doctor Babb..., pues... he estado atando cabos. Nada más.

—¿Averiguaste algo en concreto? —preguntó Mason.

—Aún no. Nadie se ha presentado en la residencia de Mr. Kerby. La noche es muy oscura. Las puertas del garaje están cerradas con llave. Naturalmente, Perry, si la policía da con Kerby y encuentra las huellas digitales de esa joven en su coche, ello colocará a Kerby en situación comprometida. Tendría que confesar quién era esa mujer, así como por qué se inscribieron en el motel como marido

mujer. En vista del hecho de que ahora se trata de un caso de asesinato..., pues... ¡se armaría la gorda!

—¿Y crees que la policía anda sobre una pista cierta? —inquirió Mason.

—Y tanto como anda —contestó Drake—. Seguramente...

Se interrumpió al oír el timbre del teléfono.

—Ya empieza la cosa —dijo Paul Drake, con una sonrisa—. La vida de un detective. Llena de relumbrón en las novelas, pero, en su mayor parte sentado al teléfono correlacionando información. No te vayas, Perry.

Paul Drake cogió el auricular y dijo:

—Diga... Sí, Drake al aparato ...¡Oh! ¿Dónde estás? Espera un momento...

Drake se volvió a Perry Mason y dijo:

—Es uno de mis hombres: el que está destacado ante la casa de Kerby. Hace diez minutos que los Kerby entraron en casa. Mi empleado tuvo que acercarse a un surtidor de gasolina para telefonarme. Quiere saber si deseas que vuelva a su sitio para vigilar o...

—No, dile que venga —contestó Mason—. Que no se quede por allí. Si es que se presenta la policía no quiero que le pesquen y le hagan confesar que está haciendo allí.

—Muy bien —asintió Drake.

Volvió otra vez al teléfono y dijo:

—Puedes venir, Bill... Sí, sí, al despacho.

Y dicho esto colgó el auricular.

Mason cogió entonces el teléfono para decir la telefonista de Drake:

—Póngame con la residencia de John Kerby. Quiero hablar con él personalmente. El número de Bayside 9-6 y no sé qué más. No estoy seguro de las tres últimas cifras. Póngame, ¿quiere? Sí, sí, espero.

Mason se quedó esperando con el auricular en mano, y después de medio minuto o cosa así oyó voz de la telefonista:

—Míster Kerby al aparato, Mr. Mason.

—Muy bien; gracias —dijo Mason.

—Diga —oyó decir a Kerby.

—Perry Mason al habla, Kerby —dijo el abogado.

—¡Ah, sí, Mason!

—¿Dónde demonios se ha metido? —preguntó Mason.

—¿Cómo que dónde me he metido? —preguntó Derby, indignado—. He estado en viaje de negocios, con mi mujer y con mi hijo. ¿Por qué lo pregunta? ¿de qué se trata?

Mason contestó:

—Es demasiado largo para explicárselo por teléfono, y además, peligroso. Espéreme ahí, que voy a verle. No salga usted, por ningún motivo, hasta que yo llegue.

—Pero ¿qué demonios...?

—No hay tiempo para explicaciones —contestó Mason de mal humor—; y no se haga el inocente.

Mason colgó estrepitosamente el auricular y se volvió hacia Paul Drake.

—Me voy, Paul —dijo—. No, un momento: voy a llamar a Della.

Mason volvió a coger el teléfono y pidió a la telefonista de Drake:

—Haga el favor de ponerme con Della Street. Ya tiene usted el número.

—En seguida, Mr. Mason —dijo ella.

Un momento después sonó en el teléfono la voz de la secretaria.

—¿Te has desayunado ya? —preguntó Mason.

—Salía en este momento para el despacho —le contestó Della.

—Quédate ahí —le dijo Mason—. Tengo que ir a casa de Kerby y pasaré por ahí a recogerte. ¿Tienes libretas de taquigrafía y lápices?

—Sí, sí. Estaré esperándote en el portal, con la cartera bien cargada de todo. Estaré abajo en diez minutos exactos y esperaré que llegues.

—¡Brava chica! —exclamó Mason.

El abogado colgó el auricular nuevamente y dijo a Paul.

—Tu telefonista tiene el número de la casa de Kerby. Llámame allí si sucede algo importante. Si no, espera a que yo te llame. Seguramente estaré en mi despacho a eso de las diez.

Mason salió corriendo a tomar el ascensor, sacó el coche del recinto de aparcamiento y se detuvo, ante el edificio donde Della Street tenía su vivienda, exactamente diez minutos después de haber abandonado el despacho de Drake. Della Street, con su aire

de eficiencia, se hallaba al borde de la acera. En la enguantada mano llevaba una abultada cartera de piel.

Mason le abrió la portezuela.

—¿Qué hay de nuevo, jefe? —preguntó ella.

—Bastante —contestó el abogado—. Tienes un aspecto imponente esta mañana.

—Gracias.

—Es un verdadero placer tener una ayudante como tú, Della. Quisiera disponer de vocabulario adecuado para expresarte lo que para mí significa.

—¿Y no dispones de él? —preguntó ella, al tiempo que subía al coche y cerraba la portezuelas.

—Pues no.

—Siempre puedes intentarlo —dijo ella, sonriente—. Los oídos agradecen siempre las palabras de ese tipo por muy inadecuadas que resulten.

Mason sonrió.

—Muy bien —admitió—. Pues diré que es muy agradable tenerte cerca; que es estupendo saber, que puedo confiar en ti en un momento de apuro; que me conoces lo suficientemente bien para saber exactamente lo que deseo en determinadas circunstancias, y que me satisface, en fin, poder contar con tu lealtad, con tu más que absoluta formalidad y..., por ende, que es realmente agradable poder echarle los ojos encima.

—Bueno —dijo ella—; tus palabras no resultaron muy inadecuadas. Gracias, jefe.

Mason guardó silencio durante un momento y luego dijo:

—Kerby estuvo ausente toda la noche pasada. Según manifiesta, en viaje de negocios. Me sentiría más inclinado a ser crédulo y considerado si no supiésemos que había hablado por teléfono con Norma Logan.

—Tengo entendido que, cuando nos enfrentemos con Kerby esta vez —dijo Della Street—, habrá de escuchar un buen sermón respecto a emplear la falacia con su abogado.

—Si tenemos tiempo —dijo Mason—, pondremos a ese pájaro en la parrilla.

—¿Y luego, qué?

—Luego —contestó Mason—, quiero enterarme de si,

efectivamente, le represento como abogado.

Después de todo sólo vino al despacho a endilgarme un cuento, y ésa fue la última oportunidad que tuve de comprobar si le represento o no. Todo lo demás que he hecho ha sido por mi propia iniciativa. Estoy dedicando mucho tiempo a su asunto, y la factura de gastos de detectives, etcétera, va en aumento.

—¿No te hubiera resultado mejor haberte asegurado antes? —preguntó ella.

—Desde el punto de vista de dólares y centavos, sí —repuso Mason—; pero, en cierto modo, Della, yo no soy de éstos. Quiero proteger al cliente, y por ello he preferido correr el riesgo, pensando que podría salir el caso a la luz pública mientras me hallaba sentado dando vueltas a los pulgares, esperando la orden formal de representarle y un anticipo.

—Es parte del servicio que proporcionas a los clientes —reconoció Della.

—Parte del servicio que trato de prestarles —corrigió Mason—. Desde luego, se sale perdiendo a veces, pero a la larga aparece en el haber del libro mayor.

Volvieron a quedar en silencio hasta que Mason dijo:

—Esa calle está por aquí, Della. Fíjate en los nombres de las calles, ¿quieres? ¡Ah! Aquí está la que buscamos.

Mason giró a la derecha y recorrió tres manzanas más.

—Debe de ser aquella casa de la izquierda, Della.

—¡Vaya casa! —exclamó la muchacha.

Mason observó:

—Me imagino que Mr. Kerby ha sabido hacer su agosto. Muy pronto averiguaremos algo nuevo de Mr. Kerby, y mucho más del caso que nos ocupa.

Mason aparcó frente a la casa y ambos se dirigieron al porche a toda prisa por la pista de cemento que a él conducía. Llegado que hubieron a la puerta, el abogado oprimió el botón de nácar del timbre y lo oyeron sonar en el interior de la casa, pero no hubo señal alguna de actividad.

Mason frunció el ceño y consultó su reloj.

—¡Diablo! —exclamó—. Los minutos son preciosos, y tardan tanto en abrir la puerta...

—¿Sabían que venías? —preguntó Della.

—Sí. Dije a Kerby por teléfono que no se moviera y...

Mason volvió a oprimir nuevamente, y con toda su fuerza, el botón del timbre, haciéndolo sonar constantemente.

—Bueno —dijo al cabo Della Street—; no parece ser cuestión de esperar a que abran. Al parecer no hay nadie en casa.

Mason dijo:

—Sí, se tomó la libertad de largarse...

—Pero, ¿y Mrs. Kerby?

—No hablé con ella personalmente —aclaró Mason—; pero tiene que estar en casa. Los tres estuvieron fuera toda la noche. Llegaron hace sólo media hora.

—¿Quién es el otro?

—Ronson.

—¡Ah, sí! ¿Se habían ido fuera juntos?

—Sí.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó Della Street—. ¿Esperamos aquí o nos vamos al despacho?

—No quiero hacer ninguna de las dos cosas —repuso Mason—. Si vamos al despacho, perderemos un tiempo precioso. Tengo que hablar con Kerby. Pretende hacerme ver que es un director de campanillas y que puede hacer y pensar lo que le da la gana. Se figura que no sé una palabra del doctor Babb y que le voy buscando para sacarle más detalles sobre ese cuento de que había recogido una autostopista en medio de la carretera. Mira: vamos a echar un vistazo al garaje, Della.

Mason abandonó el porche y se dirigió, atravesando el césped, hacia el garaje de tres coches. Intentó abrir una de las puertas y la encontró cerrada con llave. Igual ocurrió con las otras dos.

—Bueno —dijo Mason—; me parece que será mejor que esperemos a que se presente alguien. Vamos a sentarnos en el coche, a esperar al menos durante unos minutos, Della.

Volvían por la pista de cemento hacia el coche cuando Mason se detuvo repentinamente al oír un ruido a su espalda.

Las puertas del garaje, a modo de persianas enrollables, se elevaron. En el interior del garaje se vio un departamento vacío, mientras que los otros dos se hallaban ocupados por sendos coches.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó Della, extrañada—. ¿Cómo se abrieron esas puertas?

Mason giró en redondo y dijo:

—Vamos, Della. —Y comenzó a andar nuevamente hacia el garaje.

—¿Qué ocurre? —preguntó Della—. ¿Nos vio mirar alguien y...?

—No. Es un rayo de luz negra —contestó Mason—. Está instalado de tal forma que, cuando entra un coche en la pista, se abren las puertas del garaje. Probablemente permanecerán abiertas durante un minuto o cosa parecida y luego volverán a cerrarse.

—Pero, jefe —dijo Della Street—, ¿no hace eso accesible el garaje a cualquier merodeador o...?

—Seguramente habrá dentro de la casa algún dispositivo que cierra el mecanismo —explicó Mason—. El hecho de que haya quedado funcionando indica que esperan estar de vuelta dentro de poco. Probablemente Kerby quería ir a algún sitio y creyó que estaría de vuelta antes de que yo llegase. Vamos, Della: entremos antes de que se cierren las puertas nuevamente.

Entraron en el garaje y Mason comenzó a examinar el local.

—Fíjate: este «Oldsmobile» grande que tiene la matrícula JYJ 112 debe de ser el coche que Kerby llevaba anteanoche —observó Mason—. Mira: allí tienen un coche deportivo; y el departamento vacío es donde...

Dejó de hablar al ver que las tres puertas del paraje se cerraban, deslizándose vertical y silenciosamente, dejando oír el chasquido del cierre.

—Evidentemente —dijo Mason—, al traspasar las puertas del garaje hemos hecho funcionar otro mecanismo.

—¿Y vamos a quedarnos aquí encerrados? —inquirió Della Street.

Mason echó una mirada a su alrededor y dijo:

—No. Esa puerta da a la casa. Vamos a ver si está cerrada.

Della Street, que se hallaba más cerca de la puerta, hizo girar el picaporte.

—No está echada la llave —anunció ella. Abrió la puerta y añadió—: Da a un pasillo que parece conducir al interior de la casa.

—Muy bien —dijo Mason—. Me interesa el coche que Kerby llevaba la noche de autos. Vamos a ver qué hay dentro. —Mason examinó primero e exterior del coche y luego abrió una portezuela—. ¡Vaya, vaya! —exclamó.

—¿Qué? —preguntó Della Street.

—Un bidón de gasolina de un galón —repuso Mason, levantándolo para que lo viera.

—¡Vaya! —observó Della Street—. Ahora ya tiene el objeto que corrobora su cuento.

Mason oprimió el muelle del cajoncito del tablero, del que, una vez abierto, sacó un volante impreso y empezó a reír por lo bajo.

—¿Qué es eso? —preguntó Della Street.

—Nuestro amigo Kerby es inconcebiblemente inocente —reconoció Mason—. No sólo compró ese bidón de gasolina en el surtidor, sino que se guardó el volante de venta y luego se le olvidó deshacerse de él.

—¿Qué fecha tiene? —preguntó Della Street.

—La de ayer —le contestó Mason—. Probablemente habrá ido a comprarlo después de su entrevista conmigo. Y se compró un ejemplar auténtico ligeramente abollado y todo, y pintado de rojo.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Me guardaré el volante en el bolsillo y dejaré el bidón de gasolina donde está. Luego, cuando Kerby nos diga, deshecho en sonrisas, que el bidón de gasolina se hallaba en su coche y que no había salido de él, sino que estaba en el asiento delantero y no lo había notado, le preguntaré qué ocurrió con el *otro* bidón de gasolina, y querrá saber, naturalmente, con un despliegue de indignación, de qué otro bidón de gasolina estoy hablando, después de lo cual le meteré por las narices este volante y le diré: «Pues el que usted compró ayer en el surtidor de Chevron, entre las calles de Figueroa y Atcheson naturalmente».

—Se hará cruces, pensando dónde pudiste averiguar eso —dijo Della Street.

—Que se las haga —repuso Mason—. Pensar un poco no le hará ningún daño.

Della Street se quedó contemplando pensativamente el automóvil.

—¿Crees que él se figura que su esposa esta metida en el jaleo, que registró el cajoncito del tablero y...?

—Así es —dijo Mason—. Aciertas, Della. Tendré que...

Dejó la frase sin terminar al oír un chasquido metálico. Sin ningún otro aviso se elevaron las tres puertas del garaje, y

advirtieron la llegada de un coche cerrado de color azul oscuro.

Una mujer joven, bien parecida, condujo el coche expertamente por las abiertas puertas del garaje, abrió la portezuela y comenzó a deslizarse del asiento antes de darse cuenta de la presencia de Perry Mason y Della Street.

Con una exclamación de embarazada sorpresa, se recogió la falda al saltar del asiento y preguntó:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué están haciendo aquí?

Funcionó el mecanismo de las puertas del garaje, y se deslizaron vertical y silenciosamente al cerrarse.

—Permítame usted presentarme: soy Perry Mason.

—¡Perry Mason!

—Sí. ¿Y usted es Mrs. Kerby?

—Sí.

—Le presento a miss Street, mi secretaria particular. Hemos venido a hablar con su marido, y le advierto que los minutos son preciosos.

—¿Y por qué no están dentro de casa hablando con él?

—Porque nadie contesta a nuestras llamadas —dijo Mason—. Vinimos al garaje a ver si estaba abierto, pero no lo estaba. Luego, volvimos hacia mi coche, que está aparcado frente a la casa, con la intención de esperar allí, y las puertas del garaje se abrieron repentinamente.

La señora se echó a reír de pronto. La ligera sombra de irritación abandonó su voz.

—Bueno; al menos encontraron hospitalario a mi garaje, ya que no lo fue mi marido.

—Me temo que no esté en casa —observó Mason.

—Sí, sí; claro que está. Me dijo que usted le había llamado por teléfono y que le estaba esperando. Yo le dejé aquí, para ir a llevar a Ronnie al colegio.

—Su marido no contestó al timbre —insistió Mason.

—Es posible que esté en el baño. Iremos a buscarle. ¿A qué ha venido, usted, Mr. Mason? ¿Ha habido alguna novedad?

—Hay montones de novedades, señora —afirmó el abogado, con gesto duro—. Me pasé la tarde y la noche de ayer tratando de comunicarme con ustedes.

—Me fui con John y nuestro hijo en viaje de negocios. ¿Ocurre

algo grave?

—Muy grave. Puede usted estar presente cuando hable con su marido, Mrs. Kerby, y se enterará de todo.

—Estupendo —dijo la señora—. Vamos a buscarle. Pasen, pasen —invitó, abriendo la puerta que comunicaba con el pasillo y que conducía a un recibidor de la casa.

—¿Está solo en casa su marido? —preguntó Mason.

—Sí, hoy tiene descanso el servicio —explicó ella—. Tenemos cocinera y ama de llaves, y les doy siempre libre el mismo día. Por lo regular John y yo salimos a cenar fuera, y Ronnie se pasa las tardes en casa de un amigo. La familia de ese amigo se cuida de Ronnie los miércoles, cuando nuestras criadas salen, y nosotros cuidamos de su hijo cuando salen las suyas. Es un arreglo muy conveniente. Pasen y siéntense. Iré a buscar a John. —Y al decir esto les señaló sendas butacas en la espaciosa sala.

Comenzó a llamar:

—¡John!... ¡John!

Pero no hubo respuesta.

—Siéntense ustedes, siéntense —insistió ella—. John debe de estar arriba. Quizás en la ducha. Yo le encontraré.

Bajando la voz repentinamente dijo a Mason:

—Eso que cuenta John respecto a la chica de la chaqueta con botones de nácar y zapatos de lagarto..., ¿cree usted de verdad que existió semejante chica?

—Sí —reconoció Mason.

En el rostro de Mrs. Kerby se dibujó la sorpresa.

—¿Entonces cree usted su cuento respecto a...?

—No —interrumpió Mason—, no creo ese cuento. Tengo que avisarle y ponerle al corriente de ciertas cosas respecto a eso. ¿Quiere ver si le encuentra, por favor?

—Ahora mismo —prometió ella—. Como he dicho, tiene que estar arriba.

Subió corriendo las escaleras, y Mason atravesó la estancia, hacia las librerías, y comenzó a inspeccionar los volúmenes. Della Street estuvo un rato contemplando los cuadros y luego se aposentó en un sillón.

De vez en cuando oían los pasos de Mrs. Kerby en el piso alto, y oyeron cómo llamaba a su esposo dos o tres veces. Al fin bajó del

piso.

—Míster Mason, me temo que haya ocurrido algo —dijo al bajar la escalera.

—¿Por qué? —preguntó Mason.

—John no está aquí.

—¿Adónde puede haber ido?

—A ningún sitio. Tiene el coche en el garaje.

—¿Lo ha registrado todo? —inquirió Mason, con voz cortante.

—He recorrido toda la casa; es decir: los cuartos de baño, los dormitorios y todos los rincones en que pude pensar. Claro que —dijo, tornándose pálida repentinamente— no miré en los armarios empotrados.

—Pueden habérselo llevado a la fuerza o puede haberse convencido de que estaba perdido por algo y no habrá querido enfrentarse con lo que fuera. Mire en los roperos.

Mistress Kerby echó una mirada fugaz al rostro de Mason y corrió escaleras arriba.

—Nosotros examinaremos la parte baja —lo dijo Mason, alzando la voz para que le oyera.

Mason y Della Street recorrieron el comedor, los dormitorios, el dormitorio del servicio, el sótano, la despensa, los armarios, registrándolo todo concienzudamente. Cuando volvieron al punto de partida, ya Mrs. Kerby había bajado a la sala.

—Nada, que no está en casa.

—Muy bien —le dijo Mason—. Entonces, sólo hay una solución.

—¿Cuál es?

—Que se lo han llevado.

—¿Quién se lo iba a llevar?

—¿Quién? La policía.

Ella le miró con espantados ojos.

—Míster Mason... ¿De qué está usted hablando?

—Ahora no hay tiempo para explicarle nada —dijo Mason—. Quiero que usted me conteste a un par de preguntas, y con toda rapidez. Si la policía interroga a su esposo, ¿les contará la misma historia que me contó a mí ayer tarde?

—Supongo que sí. Yo sé que le proporcionó usted una buena sacudida cuando le hizo ver ciertas discrepancias en su relato. Pero... Bueno: usted tiene que comprender el carácter de mi marido

para darse cuenta de sus reacciones. Habrá tratado de reforzar los puntos débiles del relato y... Sé que tenía intención de volver a verle a usted hoy, creyendo que podría convencerle de la verdad de lo que ayer le contó.

Mason dijo:

—Si la policía comienza a echarle *zancadillas*, ¿tendrá el sentido común suficiente para decirles que no contestará más preguntas hasta consultar conmigo, o se lo explicará todo?

—Me temo que lo diga todo, Mr. Mason. Verá: mi marido ha sido vendedor toda su vida. Está acostumbrado a hacer frente a las objeciones y a la oposición de los compradores explicándoles las cosas para vencer su resistencia. Si la policía le da pie, hablará hasta quedarse ronco.

—Eso es lo que yo me temía —dijo Mason—. Vamos, Della.

—¿Adónde va? —preguntó la dueña de la casa.

Mason respondió:

—Considerando la destacada posición de su marido, no creo que le detengan inmediatamente. Le habrán llevado al despacho del fiscal. Y allí nos dirigimos.

—Pero ¿por qué habían de llevarle al despacho del fiscal? —preguntó Mrs. Kerby—. ¿Sobre qué van a interrogarle?

Mason y Della Street se dirigieron a la puerta.

—Sobre un asesinato —contestó Mason, hablando, al andar, por encima del hombro.

Capítulo 7

Mason condujo el coche a través del tráfico, consciente de que ya la policía le había tomado una delantera que aumentaba a cada minuto que pasaba.

Ya eran más de las nueve y media cuando el abogado llegó a la oficina del fiscal.

—¿Está Mr. Hamilton Burger, el fiscal? —preguntó Mason a la empleada que le recibió.

—Sí.

—Dígale que Perry Mason desea verle, por favor.

—Lo siento. Míster Burger ha dicho que no se le moleste para nada. No me permite que le avise por teléfono ni que le interrumpa en forma alguna. Tiene una reunión muy importante.

—Es que está hablando con un cliente mío —observó Mason.

—¿Quién es? —preguntó la joven.

—Míster John Northrup Kerby. Exijo que se me permita verle inmediatamente.

—Eso tendrá que decírselo usted a Mr. Burger.

—Dígale, pues, que estoy aquí.

—No puedo. Repito que no se le puede molestar.

Mason insistió:

—Está hablando con John Kerby. Yo soy el abogado de John Kerby. Vuelvo a insistir en que se me permita verle.

—No estoy autorizada para consentirlo.

—Usted está a cargo de esto, ¿no?

—No soy más que una empleada.

—Entonces, trate usted de echarme de aquí —retó Mason, pasando, ante la mesa de la chica y abriendo las puertas de muelles para dirigirse, por un largo pasillo, a la oficina particular del fiscal.

Un alguacil, sobresaltado, quizás avisado por teléfono, abrió una

puerta y salió apresuradamente al pasillo.

—Aquí no se puede entrar —anunció.

—Pues ya estoy dentro —dijo Mason con terquedad.

El alguacil se acercó rápidamente al abogado.

—Váyase —dijo.

—Écheme si puede.

El alguacil vaciló. Mason siguió andando, forzando el paso, hasta llegar a la puerta del despacho Hamilton Burger. Probó el picaporte. La puerta estaba cerrada con llave. Mason golpeó la puerta con el puño.

La voz de Hamilton Burger llegaba a sus oídos desde el interior del despacho. Evidentemente estaba hablando por teléfono. Su voz sonaba irritada.

Mason volvió a golpear la puerta, esta vez con más fuerza.

De pronto, se abrió la puerta y Hamilton Burger el corpulento oso pardo, que no ocultaba su aborrecimiento por Perry Mason, apareció, ceñudo, en el umbral.

—No golpee usted mi puerta —gritó— o le hago detener.

—Hágalo usted —invitó Mason—. Vengo aquí en defensa de los derechos de mi cliente.

—¿Y quién es su cliente?

—John Northrup Kerby —repuso Mason, elevando el tono de la voz.

—¿Está acusado de algún crimen?

—No lo sé; pero es cliente mío y he venido proteger sus derechos. Quiero estar presente mientras le interrogan.

—No podemos tolerar eso, Mason.

—¿Por qué no? —preguntó éste.

—Porque estamos investigando un asesinato.

—¿Está Kerby complicado en él?

—Es demasiado pronto para decirlo.

—En esas circunstancias —dijo Mason—, el propósito de mi petición es aún más manifiesto. —Mason consultó su reloj, observó la hora y la anotó en una libreta—. Le acabo de hacer una petición formal —agregó.

—Oiga, oiga —dijo Burger— a mí no me atrapa usted con ninguno de sus tecnicismos. Míster Kerby, por lo que a mí respecta, es simplemente un testigo material, aunque haya que exceptuar el

hecho de que ha encargado del caso a un costosísimo abogado criminalista como usted, lo que demuestra que hay algo en el fondo, que yo ignoro.

—En el fondo puede haber montones de cosas que usted ignora —replicó Mason— pero lo cierto es que a mí puede encargarme cualquiera de la defensa de cualquier asunto que se le antoje, y tengo derecho a hablar con mi cliente.

—Su cliente no fue traído aquí a la fuerza. Vino voluntariamente.

Mason siguió manteniendo el alto nivel de voz.

—Entonces puede salir de aquí también voluntariamente. Vamos, Kerby.

—No hemos terminado el interrogatorio —se opuso Burger.

—Yo creo, por el contrario, que sí lo han terminado.

John Kerby se adelantó unos pasos hasta detenerse detrás del fiscal.

—Espero que se dé usted cuenta —dijo Burger— de que semejante actitud por su parte hace a Mr. Kerby más bien sospechoso que testigo. Le he estado protegiendo contra toda clase de publicidad como testigo en este caso. Como sospechoso no puedo prestarle tal protección.

Después de un momento el fiscal se volvió hacia Kerby.

—Espero —le dijo— que se dé usted cuenta de la situación, Mr. Kerby. Se ha inscrito usted con una joven en un motel como marido y mujer. No queremos colocarle en la picota de la publicidad mientras coopere con nosotros. Sugiero que considere usted cuidadosamente los hechos de esta situación.

—Vamos, Kerby, vamos —invitó Mason.

—¿No puede esperar esto? —preguntó Kerby a Mason—. Míster Burger ha sido muy considerado conmigo y...

—¡Claro que no! No puede esperar —contestó Mason—. Vamos, si quiere que yo le represente.

Kerby vaciló un momento.

—Decídase —le apremió Mason.

Kerby salió al pasillo, vacilando aún.

—Muy bien, Mason —dijo Burger—: ahí tiene a su cliente. Mírelo bien. No lleva señales. Ni muestras de haberle pegado con el tubo de goma. No ha sido torturado. No se ha hecho presión alguna

sobre él ni se ha ejercido violencia alguna. ¿Cómo le hemos tratado, Kerby?

—Con toda clase de consideraciones —afirmó Kerby.

Hamilton Burger sonrió.

—Su abogado no tiene, evidentemente, tanta confianza en su historia como usted pretende que nosotros tengamos. Parece creer que necesita protección, que precisa usted de su consejo en lo que se refiere a *sus derechos*.

El rostro de Kerby se enrojeció.

—Yo no pedí a Mr. Mason que viniera. Yo...

—Déjelo, Kerby —intervino Mason—. No permita que le enrede. Ya se lo explicaré todo en el coche. ¡Vamos!

—Quizá Kerby quiera que usted se lo explique aquí mismo y en este momento —dijo Hamilton Burger—. Entre, Mason, y hablaremos. Puede ser que podamos aclarar las cosas por completo.

—Yo hablaré con mi cliente en privado, si no le importa —desafió Mason—. Vamos, Kerby.

Hamilton Burger se quedó en el umbral de la puerta, sonriente, mientras Mason seguía a su cliente al ascensor.

—¡Mil rayos! —exclamó Kerby, furioso—. Este toquecito es el que yo no quería que diese, Mason. ¿No comprende usted la situación en que me pone por venir a meterse aquí? ¡Cielo santo, Mason! ¡No soy ningún chiquillo! Yo soy un hombre de negocios. Estoy acostumbrado a llevar a cabo grandes e importantes transacciones comerciales y, aunque me esté mal el decirlo, sé el terreno que piso.

—Ya lo veo —dijo Mason—. Quizá sea mejor que espere para hablar en el coche.

Kerby se irguió, muy enojado.

—Yo creo que puedo hablar donde me dé la gana, Mason. Estoy tratando de hacerle comprender que, aunque puedo muy bien consultarle en cuanto a derecho, no necesito que piense por mi cuenta.

—Precisamente —dijo Mason— podrá hablarme de todo eso cuando estemos en el coche.

—¿Cómo está usted, miss Street? —saludó a Della, malhumorado.

—Siéntese delante —dijo Mason a Kerby—. Le llevaré a su casa.

—No es necesario que lo haga —repuso Kerby—. Puedo ir en taxi. A la larga puede resultarme más barato. Mucho más barato. No sé por qué ha de creer necesario servirme de aya, Mason. Soy perfectamente capaz de defenderme solo.

—¿Le contó usted al fiscal lo que ocurrió el lunes por la noche? —preguntó Mason.

—¿Existe algún motivo por el que no debí haberlo?

—¡Es un cuento de miedo! —exclamó Mason.

—No estoy acostumbrado a que se dude de mi palabra, Mr. Mason —dijo Kerby al subir al coche.

Mason puso el motor en marcha.

—¿Cómo supo usted que el doctor Babb había muerto? —preguntó el abogado.

—¿Quién es el doctor Babb?

—El médico con quien usted conspiró para violar las leyes referentes a la adopción de niños; el doctor a quien usted pagó para que inscribiera a Ronson en el Registro Civil como hijo de usted y de su mujer.

—No sé de qué me está hablando —negó Kerby.

—Puede que no sepa de qué le hablo —dijo Mason—, pero bien que estaba usted enterado cuando anoche llamó por teléfono a Norma Logan y le dijo que había muerto el doctor Babb, y le dio instrucciones para que corroborara su historia de haberse quedado sin gasolina en el camino y de que le habían robado el coche, que fue abandonado por alguien ante el «Purple Swan».

—Vuelvo a decirle que no sé de qué me está hablando —insistió Kerby—. El apellido Logan no me dice absolutamente nada, y le aseguro que no solicité de nadie que corroborara mi relato. Es posible, desde luego, que sepa usted algo que yo ignoro, y que la joven a quien recogí en la carretera se apellidase Logan, no lo sé.

—¿Le contó usted esa historia al fiscal?

—Naturalmente.

—¿Tal como me la contó a mí?

—Sí. ¿Por qué había de cambiarla?

—¡Buena la ha hecho! —lamentó el abogado—. Ha echado usted grasa a la hoguera.

—¡Cómo! ¿Qué es echar grasa a la hoguera, Mason? Esos señores fueron la cortesía personificada. Fueron muy considerados

conmigo. Incluso se negaron a dar ningún informe a la Prensa, para que no me molestaran los periodistas como suelen hacerlo. Me ofrecieron que si colaboraba con ellos, cooperarían ellos conmigo, y hay que confesar que lo hacen bien.

—Sí, sí, ya me lo imagino —dijo Mason, metiéndose por entre el tránsito rodado.

—Y a propósito —continuó Kerby—: el bidón de gasolina estaba en mi automóvil, tal como usted supuso.

—Ya, ya —dijo Mason.

—Lo encontré tan pronto como volví al coche. Sin embargo, como tenía otro compromiso, no pude telefonar a usted entonces; pero decidí avisarle tan pronto como pudiera. Y luego, los policías se presentaron en mi casa y me preguntaron si tendría inconveniente en celebrar una entrevista con el fiscal respecto a cierta información que suponían tenía yo. ¿Cómo averiguan esas cosas? Anoté en el registro del motel la primera parte del número de mi matrícula correctamente, porque me imaginé que el gerente lo recordaría, pero las dos últimas cifras no eran las auténticas.

—¿Les habló de lo del bidón de gasolina?

—Claro que sí.

—¿De que lo dejó en el coche?

—Sí, sí.

—¿Le pidieron que lo presentase?

—Mejor aún: hace pocos minutos dieron un aviso por la radio de la policía y pidieron que un coche patrulla pasara por mi casa y lo recogiera.

—Entonces probablemente lo tendrán en su poder a estas horas —afirmó Mason.

—¡No necesita tomarlo tan en serio! —rugió Kerby.

—Me interesaba tenerle protegido —repuso el abogado.

—Ya lo estoy —afirmó Kerby secamente—. Puede usted fiarse de mi discreción en algunas cosas, Mr. Mason. No necesito que me lleve de la mano cada vez que alguien me hace una pregunta.

Mason le dijo:

—Tenía mis temores de que diera permiso a los policías para registrar el coche y el garaje.

—¿Y por qué no? —preguntó Kerby—. Tienen interés en conseguir las huellas digitales de esa joven, y no hay motivo para

que no los ayude. Ya tienen sus huellas tomadas en el departamento del motel. No sé por qué les interesa tanto esa chica. No me lo dijeron. Lo que sí me preguntaron es si había oído yo hablar del doctor Babb.

—¿Qué les contestó?

—La verdad. No creo que haya oído hablar de él en mi vida.

—¿Le dijo eso al fiscal?

—Claro que sí.

—¿Que nunca había oído hablar de él?

—Les dije que el tal nombre no me decía nada. Y es la pura verdad. ¿Qué tiene de malo colaborar con la policía en esto? ¿Por qué no he de permitirles registrar mi coche si así lo desean? ¿Por qué no he de dejarles interrogarme y registrar todo cuanto quieran?

—No hay ningún inconveniente si así le parece —admitió Mason—. Naturalmente, cuando registren el coche abrirán el cajoncito del tablero y verán los papeles que pueda haber allí y... Cuando me olí que podría usted estar en el despacho del fiscal, me dije que lo mejor que podía hacer era ponerme en contacto con usted allí mismo.

De pronto, Kerby se irguió en el asiento con el ceño profundamente fruncido.

—¿Qué le pasa? —preguntó Mason.

—¡Nada! —contestó Kerby secamente—. Yo... sólo estaba pensando. ¿Cómo van a tomar las huellas digitales en el coche, Mason? ¿Lo harán en el mismo garaje?

Mason contestó:

—Probablemente lo llevarán a remolque hasta el laboratorio de la policía. ¿He de suponer que le preguntaron si se opondría usted?

—Así es.

—¿Les dijo que no se oponía?

—Naturalmente. ¿Cuánto tardarán en llegar allí?

—No mucho.

—¡Caray, Mason! —exclamó Kerby—. Va usted a paso de tortuga. Ya he perdido bastante tiempo en todo este asunto. Quisiera llegar a casa.

—¿Por qué?

—Porque soy un hombre muy ocupado. Me ha estado usted hablando del cajoncito del tablero. Ahora que lo pienso, quizás

haya allí algunos papeles de negocios de los que no quisiera que se enterara el público. Tengo competidores a quienes gustaría enterarse de ciertos secretos comerciales.

Mason dijo:

—Ése es uno de los motivos que me indujeron a comunicarme con usted antes de que les concediera permiso para ir a buscar su coche.

—Pues bien —dijo Kerby, enojado—: ha llegado usted un poquito tarde.

—Es cierto —confirmó Mason—, pero no fue culpa mía. Si hubiese usted insistido en que tenía que esperarme cuando le pidieron que fuera a la oficina del fiscal, podía haberle acompañado. Usted sabía que yo me hallaba en camino hacia su casa.

—¡Pise el acelerador! —ordenó Kerby, impaciente.

—Y por si le intranquilizara *esto* —dijo Mason, metiendo la mano en un bolsillo—, he tenido la precaución de sacar de allí el volante que le dieron en el surtidor de gasolina cuando compró el bidón, Kerby.

Éste se apoderó del recibo y luego miró a Mason, furioso, con mirada sospechosa.

—¿Y qué piensa hacer usted con esa información? —preguntó.

—Nada —contestó el abogado—. Naturalmente, en el caso de algunos clientes tendría que aconsejarles qué hacer, pero puesto que usted es hombre de negocios y está acostumbrado a pensar rápidamente, a adoptar decisiones importantes y todo eso, no tengo que decirle una palabra.

—A decir verdad —expuso Kerby, después de un corto silencio—, ese volante de venta no significa lo que usted ha pensado.

—Ya entiendo —dijo Mason.

Kerby se arrellanó en su asiento, los ojos semicerrados, concentrado en sus pensamientos.

Mason dijo:

—Oiga, dígame la verdad, Kerby: ¿tenía usted hora con el doctor Babb el lunes por la noche, con o sin la chica Logan?

—No.

—¿Dice usted la verdad?

—Sí.

—Eso puede ser importante.

—Bueno, pues que lo sea. Yo le he dicho la verdad. Ahora cállese y déjeme pensar. Tengo que correlacionar ciertos sucesos en mi propia mente.

Capítulo 8

Mistress Kerby se hallaba en el frente de la casa al llegar Perry Mason y Della Street, acompañados de John Kerby. En cuanto vio a su esposo, al entrar al coche en la pista, echó a correr hacia él.

—¡John! —exclamó—. ¿Va todo bien?

John Kerby le dedicó la sonrisa cordial de un próspero vendedor que se halla firmemente convencido de su propia habilidad para enfrentarse con cualquier situación que se presente.

—Todo perfectamente —contestó.

Mistress Kerby obsequió a Mason con una mirada de gratitud.

—¡Llegó usted a tiempo!

Su marido observó:

—Mason se apresuró a ir allí, Joan, pero, en realidad, no había necesidad de tanta bulla. Supe zanjar la cuestión con el fiscal y nos hemos hecho amigos, muy amigos: casi uña y carne.

—John —preguntó ella con ansiedad—, ¿qué le dijiste?

—¡Hombre!, le dije la verdad, naturalmente. No tengo nada que ocultar. Que recogí a una mujer en la carretera y la llevé a un motel. Nos inscribimos como marido y mujer, porque era la única forma de que le dieran habitación, y yo me fui apenas entramos en el departamento. No me quedé allí ni un instante.

—¿Le hicieron preguntas en detalle sobre esa mujer? —preguntó Mason.

—Sí, naturalmente: querían saber de ella cuanto fuera posible. Parecen tener idea de que está complicada en un asalto a cierto doctor. Y quizá puedan probarlo. Encontraron sus huellas digitales en el motel y también en casa del médico.

—¿Sabes que se trata de un asesinato, John? —preguntó su esposa—. ¿Sabes que ese doctor Babb ha sido asesinado? Lo acabo de oír por la radio.

—A mi no me dijeron eso —contestó Kerby—. Pero me di cuenta de que estaban investigando algo que creían muy serio, algo un poco más grave que un vulgar asunto de sustracción de estupefacientes. Sea como sea, yo les dije toda la verdad, exactamente lo que había ocurrido. ¿Han venido a buscar mi coche?

—Sí.

—¿Cómo se lo llevaron? ¿Por sus propios medios?

—No. Lo remolcaron —aclaró ella—. Tenían mucho cuidado en no tocar nada del interior. Querían sacar las huellas digitales de la chica.

—Bueno, está bien; no hay inconveniente —aseguró Kerby—. Les di permiso para ello. Les dije que disponía de otro coche para utilizarlo en caso necesario. Después de todo, cariño, no hay por qué ponerse nerviosos por todo esto.

—Oiga, Kerby —dijo Mason—: no está engañando a nadie más que a usted mismo. El lunes por la noche, poco después de las once y media, alguien cometió un crimen en la persona del doctor Babb. Usted ha tenido ciertos tratos anteriores con el doctor Babb. Se vio salir a una chica corriendo del despacho del doctor. Hay vecinos que pueden identificarla si la vuelven a ver. Usted se llevó a esa chica al «Beauty Rest Motel», inscribiéndose en el registro como marido y mujer. La evidencia le señala a usted, pero por tratarse de un prominente hombre de negocios la policía no iba a proceder contra usted hasta no verle crucificado al confesar que había llevado la chica al motel.

Perry Mason hizo una pausa y prosiguió en seguida:

—La policía ha registrado el despacho del doctor Babb y ha encontrado las huellas digitales de la chica. Hicieron lo mismo con el departamento número cinco del motel y hallaron allí las mismas huellas. Cuando examinen su coche y encuentren en él idénticas huellas digitales, la policía estará ya a punto de actuar sin tener en cuenta esa prominencia de usted en los negocios. Dispondrán entonces de suficientes pruebas para determinarle como cómplice.

Mason esperó unos segundos para que lo que acababa de decir hiciera efecto en sus oyentes.

—Yo he tratado de protegerle —prosiguió— confiando en que me diría la verdad sin tener que extraérsela con sacacorchos. Yo no sé cuánto sabe de todo ello su mujer, pero ya es hora de que se

entere. El doctor Babb tenía montado una especie de servicio mediante el cual hacía ciertas martingalas con los certificados de nacimiento para que los niños nacidos en lo que pudiéramos llamar *mercado negro* fueran inscritos en el Registro Civil como hijos legítimos. Usted y su mujer solicitaron ese servicio, Ronson era producto de ese mercado negro. Y lo es aún, a pesar de que consta en la partida de nacimiento como hijo legítimo de ustedes.

Nuevamente se detuvo Mason en su peroración, para proseguir al cabo de unos segundos:

—La policía ha estado jugando con usted como el gato juega con el ratón. El motivo por el que Hamilton Burger, el fiscal, se mostró tan cordial con usted, es que estaba seguro de que le tenía en sus manos. Y se relamía de gusto. No sólo desea solucionar el caso y ganar, así, el galardón de la condena, sino que tampoco es contrario a la ruidosa publicidad que pueda acompañar a la condena de un rico hombre de negocios.

El rostro de Kerby se veía ensombrecer a cada instante. El reproche del abogado hacía su efecto.

—La joven a quien usted acompañó a casa del doctor Babb es Norma Logan. En realidad la hermanastra de Ronson, y se interesaba por él. Estaba enterada de la clase de servicios que el doctor Babb prestaba en relación con los recién nacidos en ese mercado negro.

Perry Mason hizo una nueva pausa y pronunció las siguientes palabras en tono profundamente severo:

—Ahora bien: ya me ha tenido usted pendiente de un hilo durante suficiente tiempo. Diga usted la verdad, y dígala pronto, y después le diré yo con lo que tiene usted que enfrentarse.

John Kerby miró a Mason, profundamente consternado.

—John —intervino su esposa—, ¿es cierto que has hecho eso?

—Yo llevé a la chica a casa del doctor Babb —confesó en voz baja—, pero no tienes por qué preocuparte cariño. Esa muchacha no hizo nada ilegal. Es perfectamente inocente y, a pesar de las fúnebres predicciones de Mr. Mason, va a continuar siendo inocente y libre. Es posible que demuestren que ha ido al despacho del doctor Babb, pero no podrán probarle nada más, y no lo olvides.

Mason se quedó contemplando a Kerby con mirada irritada, con las manos metidas en los bolsillos y los pies firmemente clavados en

el suelo. Al cabo de un momento dijo:

—Se ha metido usted en el más costoso pasatiempo conocido por los intrigantes: el de mentir a su abogado. Si ayer tarde me hubiese dicho la verdad, es posible que hubiera podido salvarle de un montón de cosas que van a ocurrir.

—¿Y qué va a ocurrir? —preguntó Kerby—. Éste es un buen lío, Mason; pero no la clase de lío que usted se figura, y no estoy tan enredado en él como le parece. Recuerde usted que, en esta ciudad, soy un hombre bastante prominente. Y tengo amigos y contactos influyentes. Si es necesario, puedo poner en movimiento ciertas relaciones de índole política.

—Ya lo sé —reconoció Mason—. Por eso hicieron lo que hicieron con usted y decidieron esperar hasta que le tuvieran bien cogido antes de proceder en contra suya. Y es posible que estén dispuestos a hacerlo tan pronto como encuentren en su coche las huellas digitales de Norma Logan. O puede ser esperen hasta haber dado con ella y oído su historia.

—Su historia no la oirán —afirmó Kerby.

—No se llame a engaño —le dijo Mason—. La harán cantar de plano.

Kerby movió negativamente la cabeza.

—Si llegan a dar con ella, se cerrará como una almeja en su concha; si no por mí, por su hermanastro Ronnie.

—No lo crea —adujo Mason—; porque usted mismo ha tirado de la manta para que pierda el equilibrio. Le dijo que corroborara su historia sobre aquello de recogerla en el camino, y en cuanto lo cuenta está perdida: la policía la tendrá en sus redes, en seguida. A ella la pueden condenar por el asesinato, y a usted por complicidad en el mismo.

Kerby se pasó las manos por los cabellos, en señal de desesperación, y dijo:

—¡Maldita sea! Este asunto de... ¿Cómo demonios averiguaron que había estado en el motel?

—Pues de la misma manera que averiguarán otras cosas —repuso Mason—: trabajando en su oficio, como debe ser. Pero aclaremos las cosas: ¿qué quiere usted que haga? ¿Desea que le represente o que le deje y le mande la minuta por lo que llevo hecho?

—¡Santo cielo, no! ¡No nos deje usted en la estacada! —terció Mrs. Kerby—. Míster Mason, usted *tiene* que representar a John y debe tratar de hacer lo posible por evitar que esto de Ronnie salga en los periódicos.

Mistress Kerby hablaba en tono suplicante, aunque nervioso.

—Ronnie es un chiquillo muy sensitivo, de dulce carácter. Cree que somos sus legítimos padres y siente la sensación de seguridad que nace de esa creencia. Si llega a enterarse de que es hijo adoptivo... Bueno: o bien se le dice a un chico que fue adoptado cuando llega a tener sentido suficiente para hablar de ello o no se le dice nunca. Dejarle creer que vive con sus legítimos padres para luego proporcionarle ese terrible choque emocional, es espantoso.

Mason dijo:

—Ya pudo usted pensar en eso hace seis años, cuando comenzaron a burlar la ley.

—Hay mucha gente en la misma situación —aseguró John Kerby—. Yo supe lo del doctor Babb por un amigo que es... Bueno: es presidente de un Banco. Y puedo decirle una cosa: si este asunto aparece en los periódicos, saldrán a relucir tantas influencias que el fiscal quedará arrepentido de haberse metido en esto.

—¡Bah! —exclamó Mason—. Eso dará al fiscal la oportunidad de una cruzada. Le proporcionará los medios de aparecer como un intrépido funcionario público que pica la piedra sin importarle dónde caigan las lascas. Ahora bien, Kerby, quiero saber una cosa: ¿Sabrá usted callarse? Cuando venga la policía a detenerle, ¿puede usted decirles que ya les ha contado su historia y que no tiene intención de discutir más sobre el asunto?

—Puedo, si es que cree usted que debo hacerlo —afirmó Kerby—. Pero yo sigo creyendo...

—Sí, ya sé lo que cree —le interrumpió Mason—. Y no dispongo de tiempo para argumentar ni discutirlo con usted. Estoy muy ocupado. Tengo que poner manos a la obra para proteger los intereses de su hijo.

Mistress Kerby dijo, con voz suave.

—Protéjalos usted, Mr. Mason, y mándenlos la minuta. Por lo que respecta a Ronnie, haremos cuanto nos sea posible.

—Muy bien —dijo Mason, volviéndose hacia ella—. Yo he hablado con Norma Logan. Le he dicho que no podía permitirme

aconsejarla, pero sí le dije que consultase con un abogado. Espero que lo haya hecho. Creo que el abogado le dirá que no hable a los guardias ni siquiera para establecer la hora, hasta que sepamos algo más respecto a los hechos de este caso y qué pruebas tienen contra ella.

Luego, volviéndose a Kerby, le dijo:

—Ahora voy a hacerle esta pregunta una vez más, y voy a decirle que toda la seguridad y bienestar de su hijo pueden depender de ella: ¿tenía usted o no hora con el doctor Babb el lunes por la noche?

—No, no la tenía.

—Su nombre aparecía en su horario. ¿Cómo habrá ocurrido eso?

—Yo no le pedí hora.

Mistress Kerby se apresuró a decir:

—Pero también apareció en él el nombre de Logan, Mr. Mason. ¿No pudo haber reservado hora esa chica?

—Eso es lo que trato de aclarar —dijo Mason—. Alguien miente. Ella me dice que no reservó hora. Y quiero saber si usted lo hizo, Kerby.

Kerby le miró sin pestañear.

—Mason —dijo—, he sido un idiota. He tratado de mentirle cuando debí decirle la verdad. Pero sí le diré la verdad de esto: yo no pedí hora al doctor Babb. No tuve ningún contacto con él. Sólo hablé con Norma Logan. Yo tenía miedo de hablar con el doctor Babb porque..., porque creí que se trataba de un chantaje. Y la verdad, no estoy aún muy seguro de que no lo sea.

—Ni yo tampoco —convino Mason—. Por eso estoy tanteando. Cuando los policías vengán a buscarle y a decirle que le detienen por asesinato, dígales únicamente que ya ha hecho su declaración y que no dirá una palabra más.

—Parece usted creer que van a venir a detenerme —dijo Kerby.

—Y estoy bien seguro de ello —afirmó Mason—. Vamos, Della: andando.

Mason abrió la portezuela del coche diciendo a mistress Kerby:

—No salga de casa. Quiero que esté aquí por si necesitara ponerme en contacto con usted. Pueden venir a detener a su marido a cualquier hora, y pudiera ser que esperaran un poco. Téngame usted informado.

Y volviéndose a Kerby advirtió Mason:

—En cuanto a usted, quiero saber dónde se encuentra a cada minuto del día. Supongo que irá al despacho. De todos modos está mejor que vaya. Cuando llegue a la oficina avíseme. Si por cualquier motivo abandona su despacho, telefonéeme. Deseo estar en contacto con usted a todas horas.

—¿Cuándo se producirá el período crítico? —preguntó Kerby—. ¿Cuándo vendrán...?

—Tan pronto hayan revelado las huellas digitales de su coche. Si encuentran en él las de esa chica, estarán a punto de entrar en acción. Y esta acción consistirá en venir a recogerle a usted para averiguar la identidad de la muchacha y su dirección. Si se deja usted vencer y se las da, pueden detenerle simplemente como testigo hasta que hayan reforzado su caso contra la chica. Pero, a fin de cuentas, el resultado ha de ser el mismo: a ella la acusarán de asesinato y a usted de complicidad en el mismo.

—¿Cree, entonces, que no debo decirles nada de la chica?

Mason contestó:

—Creo que no debe usted decir nada de nada.

Mason cerró de un portazo, pisó el acelerador y se alejó del bordillo a toda prisa.

—Bueno —dijo Della Street—; al menos sabemos con qué tenemos que habérmolas.

—No estoy tan seguro de que lo sepamos —dijo Mason.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a la chaqueta de la chica —dijo Mason ceñudamente.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué chaqueta?

—La chaqueta de Norma Logan —aclaró Mason.

—Pero ¿qué es eso de la chaqueta?

—Lo de los botones de nácar —dijo Mason—. Tú oíste a Mrs. Kerby describir a la chica y hablar de los botones de nácar de su chaqueta. ¿Cómo sabía ella que tenía botones de nácar?

—Por su marido, claro —contestó Della Street.

Mason dijo:

—Entonces su marido le dijo algo que no nos dijo a nosotros. No habló de esos botones cuando nos contó a nosotros la historia.

Della Street iba a decir algo, pero se contuvo repentinamente. En

su rostro se pintó una expresión de completa desolación y exclamó:

—¡Santo Dios!

—Exactamente —comentó Mason.

—¿Qué piensas hacer?

—Esperaremos a que la policía haya detenido a John Kerby —dijo Mason—. Luego, cuando ya no tenga ocasión de aconsejarla, la haremos ir al despacho y es posible que entonces averigüemos la verdad de lo ocurrido.

—Jefe —dijo Della Street, con acento de preocupación en la voz —, te estás arriesgando demasiado en este asunto. La libreta que cogió Norma Logan, la historia de esa mujer que salió corriendo de la casa, los botones de nácar... Jefe, ¡ojalá no té hubieran metido nunca en este enredo!

—¡Ojalá! —exclamó Mason—. Pero ya es demasiado tarde para dar marcha atrás.

Capítulo 9

A las once y media sonó el teléfono de Mason, Della Street cogió el auricular y dijo:

—Sí, sí; ¿quién es, Gertie?... Estoy segura de que Mr. Mason querrá hablar con ella. ¡Que se ponga!

Della Street hizo a Mason una señal con la cabeza.

—Mistress Kerby —anunció.

Mason cogió el auricular y se oyó la voz, casi histérica de Mrs. Kerby.

—Ya ocurrió aquello, Mr. Mason. Vino la policía y se llevó a John detenido. Dijeron que lo detenían como sospechoso de complicidad en el asesinato.

—Muy bien —le dijo Mason—. Hay que conformarse. ¿Cree que seguirá mis instrucciones de guardar silencio?

—Espero que sí. Ahora ya sabe que de ello depende la felicidad de Ronnie, así como... Bueno: confío en que sabrá callarse.

—¿No está segura?

—No lo estoy, no, Mr. Mason. Recuerde que mi marido está acostumbrado a hablar y a dar explicaciones, a convencer. Si la policía es lista...

—Lo será —interrumpió Mason—. Tome su coche y venga a mi despacho a toda prisa. La estaré esperando. ¿Cuánto tardará en llegar?

—De veinte a veinticinco minutos.

—Procure hacerlo antes —aconsejó Mason.

El abogado colgó el auricular y dijo:

—Bueno, Della: ya estamos metidos en pleno jaleo.

Della Street, con mirada llena de preocupación, bajó la voz al decir:

—Jefe, ese libro... ¿No sería mejor destruirlo?

Él negó con la cabeza.

—En este momento, no. Quizá lo hagamos más tarde. Ahora, Della, ponte al teléfono y anula todos mis compromisos para hoy. Y en cuanto llegue mistress Kerby hazla pasar.

Mason empujó su sillón hacia atrás al ponerse de pie y se acercó a la ventana; metióse las manos en los bolsillos y se quedó contemplando el tráfico. Su concentración era tan intensa que se olvidó de cuanto le rodeaba.

Veinte minutos después Della Street abrió la puerta y anunció:

—Mistress Kerby.

—Que pase.

—Ya ha pasado —dijo Della.

Mistress Kerby entró en el despacho.

—Siéntese —dijo Mason.

Ella exclamó, emocionada:

—¡Oh, Mr. Mason, esto es horrible! Llegó allí la policía y detuvo a John. Yo creo que le hubieran esposado si...

—¡Siéntese! —repitió Mason con dureza.

Mistress Kerby obedeció. Ocupó una de las sillas destinadas a las visitas.

—Hable ahora —le dijo Mason.

—¿Qué quiere decir?

Mason le contestó:

—Usted sabe del doctor Babb. Usted fue participe de la conspiración cuando simuló haber dado a luz a Ronnie.

—Yo entré en el plan, naturalmente. Fui a la clínica de maternidad, llamémosla así, del doctor Babb, e hice lo que me mandó: enviar tarjetas a mis más íntimas amistades anunciando el nacimiento, Y, bueno..., estuve oculta durante un período de seis semanas, durante el que no vi a nadie. Si a eso, le llama usted ser partícipe, lo soy.

—¿Cuándo se enteró usted de que iba a ponerse feo el asunto?

—¿Respecto a qué?

—A Ronnie.

—No supe nada hasta después..., hasta que usted señaló los puntos flacos del relato de mi marido.

Mason dijo:

—Su marido llegó a casa procedente de un congreso de ventas.

A la mañana siguiente le relató ese cuento tártaro de que había recogido a una joven en el camino, que llevaba un bidón de gasolina, y usted se asustó inmediatamente, me llamó por teléfono y me pidió que repreguntase a su marido.

—Sí, sí, claro. ¿Qué tiene eso de malo?

—Todo —contestó Mason.

—Me parece que no le entiendo.

—¡Cómo que no! —exclamó Mason—. Usted sabía que la cosa de Ronnie se complicaba. Seguramente lo habrá sabido antes que su marido. Usted me habló de una chica que se hallaba en el despacho del doctor Babb. Afirmó que llevaba una chaqueta con botones de nácar.

—Pues es verdad.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Me lo dijo mi marido.

—No es cierto. No sabía una palabra en cuanto a la clase de botones de la chaqueta. No se fijó gran cosa en su ropa. La describió del mismo modo que un hombre suele describir a una mujer. Y usted describió esa chaqueta en la forma en que una mujer la describiría.

Mistress Kerby se quedó cortada.

—Ahora bien: aquella noche, tarde, el doctor Babb le había dado hora a una persona apellidada Kerby. Su marido afirma que no fue él. Existen dos personas mayores en la familia que responden al nombre de Kerby. ¡Hábleme usted de su cita con el doctor Babb, y procure decirme la verdad!

Mistress Kerby parecía haber quedado muda y miraba, consternada, a su interlocutor.

—Usted estuvo allí —aseguró Mason—. ¿Cómo fue a parar allí?

—Pues yo..., yo era la que tenía la cita.

—¡Vaya! Menos mal —le dijo Mason—. Ahora empiece a contar, y, por primera vez, dígame la verdad.

Ella comenzó su relato.

—No sé si fue cosa de mi conciencia o una especie de aviso de que se acercaba el peligro, pero siempre tuve la sensación de que algo iba a sucederle a Ronnie por causa del doctor Babb. Mi marido se reía de mí y me decía que no existía peligro alguno y que no me preocupara; pero, a pesar de todas sus seguridades, siempre tuve la

misma sensación. Luego, el lunes, llegó una carta dirigida a mi marido con el nombre del doctor Babb en el ángulo, superior izquierdo.

—¿Dónde vio usted esa carta? —preguntó Mason.

—En casa. Mi marido recibe casi toda su correspondencia en el despacho, pero algunas de las cosas personales, y ciertos anuncios y circulares, se los mandan a casa. Generalmente no suele prestar gran atención a esa correspondencia, y a veces no la mira siquiera en un par de días.

—Comprendo —dijo Mason—. Supongo que abriría usted el sobre al vapor.

—No, no: lo abrí por las buenas. Estaba dirigido a mi marido, y el doctor Babb le decía que cierto asunto que él creyó se había zanjado hacía ya bastantes años, había desarrollado algunas ramificaciones que él, el doctor Babb, creía necesario discutir. Y sugería a mi marido que se pusiera en contacto con él.

—Y más tarde, ¿dio usted esa carta a su marido?

—De ningún modo. La quemé.

—¿Y no le dijo nada de ella?

—No.

Mason la miró pensativamente.

—Así que, entonces, usted telefoneó al doctor Babb pidiéndole hora. ¿Por qué no se lo dijo a su esposo, para que fuera él?

—Porque temía que me engañara. Yo tenía que enterarme de la verdad.

—Así, pues, ¿le dio hora el doctor Babb?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Me dijo que fuera a verle a las once y media de la noche.

—¿De la noche del lunes?

—Sí.

—¿No le dijo nada a su esposo sobre esa cita?

—No.

—¿Por qué motivo?

—Porque no quería alarmarle. Sabía que tenía que estar presente en el congreso de ventas y... Bueno: ya sabe usted lo que son esos congresos de ventas, Mr. Mason. Hablan un poquito de negocios, luego hay unos números de variedades que no son para

ojos castos..., sino a propósito para viajeros. A ellos les divierten esas porquerías. Yo pensé que podía ir a ver al doctor Babb y llegar a casa antes que mi esposo. Y aunque no hubiera sido así, él no habría pensado nada malo, porque suelo salir con frecuencia cuando él está ocupado en reuniones y congresos.

—Muy bien —dijo Mason—. Ahora a ver si me cuenta lo que sucedió en casa del doctor Babb.

—Aparqué el coche a una manzana de distancia, me acerqué luego a pie hasta la puerta principal y llegué a la salita de recepción.

—¿Y no estaba la puerta cerrada con llave?

—No. Pero al parecer suena en el interior cuando se abre, una especie de zumbador, porque el doctor Babb se asomó a la puerta que desde la salita da a su despacho.

—¿Y qué ocurrió?

—Me dijo que había llegado temprano y que tendría que esperar unos minutos, por lo que me hizo pasar a la sala de espera. Me aseguró que se hallaba ocupado en otro asunto y que me vería tan pronto le fuera posible.

—Entiendo —asintió Mason.

—Me senté, pues, a esperar —prosiguió mistress Kerby—, y me puse terriblemente nerviosa. De pronto se me ocurrió pensar que mi sola presencia en el despacho del doctor Babb podría traer complicaciones. ¿Y si estuviese sometido a vigilancia por la policía o si alguien que me conociera entraba allí? El pensar esto me puso más nerviosa aún. No podía correr el riesgo de quedarme en la sala de espera.

—¿Qué hizo, pues? —preguntó el abogado.

—Había un tocador al final del despacho. Entré en él y vi que tenía dos puertas. Una de ellas llevaba al despacho interior y la otra al exterior o antedespacho. Entré en aquella estancia y dejé la puerta que daba al despacho exterior entreabierta. Sólo dejé una rendija que me permitiera ver.

—¿Y qué ocurrió?

—Después de esperar unos minutos se abrió la puerta exterior y entró esa chica.

—¿La que ha descrito su marido?

—Sí.

—¿La vio usted bien?

—Sí.

—¿Y qué ocurrió después?

—Pues, de pronto, en el despacho interior se produjo un tumulto y pude oír golpes y ruido de cristales que se rompían.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Abrí la puerta que daba al despacho propiamente dicho y vi al doctor Babb en el suelo. Un hombre que estaba de espaldas a mí registraba la caja de caudales; es decir: se hallaba inclinado ante la caja, de la que sacaba libros y papeles que iba arrojando al suelo.

—¿Qué hizo usted al verlo?

—Lo único que pude: gritar.

—¿Gritó usted?

—Con toda la fuerza de mis pulmones. Pero temo que me puse completamente histérica.

—¿Y qué hizo aquel hombre?

—Eché a correr hasta la parte posterior de la casa.

—¿Le vio la cara?

Ella negó con la cabeza.

—Y después ¿qué?

—Me di cuenta de que aquel hombre había huido por la puerta trasera. Mis gritos le habían asustado más de lo que él me asuntó a mí. Me acerqué, pues, al doctor Babb y me incliné sobre él. Y súbitamente me acordé de la chica que había en la sala de espera. Yo sabía que tenía que estar aún en el antedespacho. Al menos así lo creía yo. No quería que me viera y salí corriendo por la puerta posterior, lo mismo que aquel hombre. Casi debí de pisarle los talones.

—¿Vio usted rastro de aquel individuo al llegar al exterior?

—No vi a nadie. La puerta del despacho daba a una especie de sala de operaciones. En aquella sala había una puerta, y por ella salí; desde allí vi otra puerta que creía daría al patio de la casa, en la parte posterior. Y efectivamente: así fue. Por aquella puerta salí corriendo.

—Comprendo. Siga usted.

—Salí corriendo como digo, acorté el paso, respiré hondo y procuré tranquilizarme un poco. Me fui lo más tranquilamente posible hasta el otro extremo de la casa, bordeando el patio de la

casa contigua, y de allí a mi coche. Puse el coche en marcha, arranqué, anduve, creo yo, unas diez o quince manzanas y luego me descompuse totalmente. Aparqué el coche junto al bordillo y me quedé sentada llorando a todo llorar y temblando. Al fin logré dominarme y me fui a casa.

—¿Qué ocurrió luego?

—Me desnudé y me metí en cama. Un poquito después llegaba mi marido. Simulé estar atontada de sueño. Le hice unas preguntas acerca de su reunión e hice ver que me quedaba profundamente dormida. La verdad es que estaba tan despierta como pude haberlo estado al mediodía, pero logré quedarme completamente quieta.

—¿Y su marido? —preguntó Mason.

—Mi marido se fue a su propia habitación...

—¿Tienen dormitorios separados? —preguntó Mason.

—Sí, pero con tocador y cuarto de baño comunicantes. Siempre dejamos la puerta abierta, aunque mi marido llega tarde a casa con frecuencia y yo tengo el sueño ligero. Siempre procura no despertarme.

—¿Volvió a salir él?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Debió haber sido alrededor de las tres de la mañana.

—¿Cuánto tiempo estuvo ausente?

—Hora y media, más o menos.

—¿Le oyó sacar el coche del garaje?

—Sí.

—¿Y no le preguntó usted nada sobre esa salida?

—No.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Pues mire: a la mañana siguiente me encontraba tan nerviosa que casi no pude comer, pero pregunté a mi marido acerca del congreso de ventas, y luego fue cuando me contó eso de la joven que había recogido en la carretera. Al principio le creí a pie juntillas. Pensé que estaba diciendo la verdad. Yo le dije que no debía dejar a una chica joven abandonada sin dinero, no importaba quién fuera, y que deberíamos acercarnos al motel a recogerla, darle el desayuno y averiguar si podíamos hacer algo por ella.

—¿Aceptó él su sugerencia?

—De bastante mala gana. No hacía más que decirme que no estaba bien hacer eso; pero me mantuve en mis trece, y al fin fuimos allá. Yo no sé cuándo comencé a darme cuenta de que mi marido estaba mintiendo, Mr. Mason. En primer lugar observé, por su forma de actuar al ir allí, que no esperaba encontrar a la chica en el motel. Luego comencé a pensar que había salido de casa a las tres o a las cuatro de la mañana, y estaba segura de que había ido a recogerla a aquella hora.

—¿Y no le dijo usted nada?

—No, no le dije una palabra. Le dejé hablar, pero continué pensando en ello y, desde luego, me preocupaba mucho el doctor Babb. Yo dejé la radio puesta en nuestro viaje hacia el motel, y por un programa de noticias me enteré de lo que había pasado y oí también que la policía se había hecho cargo de un libro-horario en el que aparecían los apellidos Logan y Kerby.

Mistress Kerby hizo una corta pausa y luego prosiguió:

—Yo sabía, desde luego, Mr. Mason, que el nombre de que hablaban era el mío, que yo era la Kerby a que se referían, pero podía deducir por la expresión del rostro de John que creía que se referían a él.

—Continúe —dijo Mason—. ¿Qué hizo usted después?

—Formulé a John la siguiente pregunta: «¿Estuviste anoche en casa del doctor Babb? ¿No es él el que nos ayudó en el caso de Ronnie?».

—¿Y qué contestó?

—Contestó de un modo que me hizo ver que mentía y que nos hallábamos realmente comprometidos. Habló mucho, echando mano de todos sus recursos de persuasión; es decir: lo que suele hacer cuando trata de empaquetarle a alguien una mercancía.

—¿Y luego? —preguntó Mason.

—Entonces no supe qué hacer, pero seguí pensando las cosas y decidí telefonearle a usted, que fue cuando me dijo que recibiría a mi marido a las dos de la tarde. Entonces llamé a John a su despacho y le dije que quería que fuese a contarle su aventura. Le hice ver que no sabíamos si esa chica sería una chantajista, y que si le contaba a usted el suceso tendríamos preparado el terreno para, en caso de que intentase el chantaje, contar con su amable colaboración.

—¿Le costó trabajo convencerle?

—No mucho... Bueno: ahí tiene usted la cosa tal como ocurrió, Mr. Mason. Ahora le he dicho la verdad desnuda, y ya sabe con qué tenemos que enfrentarnos.

Los dedos de Mason tamborileaban con ruido sordo, apenas perceptible, sobre el vade de su escritorio. Ella le dijo:

—Perdóneme, Mr. Mason. Reconozco que debí decirle todo esto al principio. Y lo habría hecho si no hubiese sido por Ronnie. Me resulta difícil expresarle lo que siento por él. Le adoro y siento un profundo deseo de protegerle. Haría cualquier cosa por él.

—Claro, se comprende —asintió Mason.

—Ronnie es uno de los mejores chicos que se han visto. Tiene tal compostura, tal encanto, tal carácter... tiene algo, incluso a la corta edad de seis años, que... En fin: es difícil de describir. Lo comprenderá usted cuando lo vea. Míster Mason, tenemos que evitarle cualquier choque emocional que pueda producirse si llega a enterarse de..., de que es hijo adoptivo.

—Sí —admitió Mason—. Y luego, si añade usted el choque de que sus padres estén complicados en un asesinato... Sí, sí: es un buen lío el que me deja usted en el regazo, Mrs. Kerby.

—Bueno: al menos le he dicho la verdad —dijo ella—. He puesto todas mis cartas boca arriba.

—Sí —repuso Mason secamente—, ahora que la policía ha echado triunfos sobre todos sus ases, me pone usted en la mano los doses y los treses y me pide que siga jugando...

Capítulo 10

Después que Mrs. Kerby hubo abandonado el despacho, Della Street acercó una silla y se sentó ante Perry Mason, al lado opuesto de la mesa.

—Jefe, estoy preocupada.

—¿Quién no lo está? —preguntó él.

—¿Y en qué situación te coloca esto?

—En medio de una ciénaga legal. En primer lugar no estoy completamente seguro de la persona a quien represento. Ostensiblemente represento a John Kerby. Pero lo que más le interesa sobre todas las cosas es que proteja a Ronnie.

Della asintió con un movimiento de cabeza.

—Ahora bien: si echamos mano a la evidencia que poseemos, podemos sacar del lío a John Kerby; es decir; confío en que así sea. Pero al hacerlo dejamos a Mrs. Kerby expuesta a una acusación de asesinato.

—¿Vas a decir a Mr. Kerby que su mujer estuvo allí?

—En eso —contestó Mason— volvemos a enfrentarnos con un problema. Mi deber es decirle a un cliente cuanto sé. Sin embargo existen algunos aspectos de este caso que voy a tener que pensar.

—Jefe, a mí lo que me preocupa es ese libro.

Mason se levantó y comenzó a pasear por el despacho, pensativo, ceñudo. Súbitamente dejó de pasear y se volvió hacia Della Street.

—¿Tienes tú ese libro?

—Nunca lo he confesado abiertamente.

—Pues confíésalo ahora, ¿lo tienes?

—Sí.

—Tráelo.

—Me llevará algún tiempo.

—Ve a buscarlo.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

Della Street abandonó el despacho, regresó al cabo de cinco minutos y entregó a Mason una pequeña libreta cosida con espiral y encuadernada en pasta.

—Ahora estoy más asustada que nunca.

Mason guardó el libro en un bolsillo exterior de su chaqueta.

—Olvídate de él, Della. De ahora en adelante seré yo el depositario.

Della Street dijo:

—Tú estás en posesión del libro, que es un objeto robado. Norma Logan no es cliente tuya. Por tanto las cosas que ella te ha dicho no son confidenciales. No puedes justificarte arguyendo que lo haces por proteger a un cliente. Te has apoderado de una prueba, y el hecho de que sea propiedad robada significa que eres culpable, técnicamente, de recibir un objeto sustraído. Tú sabes lo que hará Hamilton Burger, el fiscal, si llega a tener el menor indicio de ello.

Mason asintió.

—Y —prosiguió Della Street— a mí me parece inevitable que llegue a enterarse.

Mason dijo:

—Cuando un abogado hace lo que cree justo y correcto, Della, tiene derecho a aprovechar cualquier tecnicismo de la ley. Ya te he dicho que poseo cierta medida de ingenio legal y humano. Voy a poner ambas cosas en práctica.

—¿Y no vas a entregar ese libro a la policía?

—De ninguna manera —dijo Mason con firmeza.

—Entonces quedas en posición vulnerable.

Mason volvió a levantarse y a pasear por el despacho.

—Esa libreta, Della... El doctor Babb escribió en ella el apellido *Kerby*. Y no se refería a John Kerby, sino a Joan Kerby, su mujer. También escribió el apellido Logan. Y he estado suponiendo que John Kerby y Norma Logan tenían una cita conjunta. Ahora ya sabemos que no fue así.

Mason se quedó un momento pensativo y al cabo exclamó:

—¡Diablo, Della! ¿Te parece posible que el apellido Logan no se refiriera a Norma, sino al padre del chico?

—¡Cielo santo! —exclamó Della Street.

Mason reanudó su paseo por la estancia.

—Pero el padre del chico hace seis años que ha muerto, jefe —dijo ella.

Mason le pidió:

—Llama a Paul Drake por teléfono, Della. Dile que investigue toda la parentela de la familia Logan. No nos precipitemos a más conclusiones erróneas.

Della Street comunicó las instrucciones de su jefe al detective, colgó el receptor y miró ansiosamente a Mason.

—Oye, jefe: ¿no podrías consultar con algún buen abogado criminalista respecto a ese libro y...?

—¿Para qué? —preguntó Mason.

—Podría aconsejarte que no lo entregaras a la policía. Entonces obrarías bajo consejo legal y...

Sonó el teléfono. Della Street se apoderó del auricular, escuchó un momento, y dijo:

—Un momento, Gertie. —Se volvió hacia Mason—. Carver Kinsey está ahí afuera y dice que tiene que verte sobre un asunto de importancia.

—Carver Kinsey —musitó Mason—. O para darle al diablo su título completo, Carver Moorehead Kinsey, uno de los más escurridizos criminalistas del Colegio. ¿Qué te supones que quiere?

—No me lo imagino —repuso Della Street—; pero, escucha, jefe: ¿no podrías hablar con él y pedirle que te aconseje sobre lo que acabo de decirte? Si consigues que un abogado especialista te aconsejara que guardases el libro, obrarías técnicamente bajo consejo de letrado y...

Della interrumpió su frase al ver a Mason sonreír y mover la cabeza en sentido negativo.

—No me aconsejaría guardar el libro, Della.

—¿Por qué no?

—Porque sabe que no podría ser. Sabe también que el Colegio de Abogados le está vigilando muy de cerca. Es un abogado realmente astuto y marrullero.

—¿Tramposo? —preguntó Della Street.

—Nunca han logrado pescarle —dijo Mason— en nada que pudieran probarle, pero el tipo es vivo y resbaladizo como una

anguila. Dile que pase, Della.

Della salió del despacho y apareció nuevamente con Carver Kinsey.

Kinsey era un tipo bajo de estatura, delgado y tremendamente orgulloso de su atuendo. Llevaba la ropa siempre a la última moda y se arreglaba el pelo cada tres días. Llevaba las uñas relucientes, y sus manos eran tan suaves como dura era su mirada.

Como alguien había dicho, Kinsey estaba siempre tratando de mejorar el aspecto del paquete, porque sabía que lo que contenía era inmundo.

—Buenas tardes, letrado —saludó Kinsey.

—¿Qué tal, Kinsey? —correspondió Mason, dándole la mano—. ¿Qué te trae por aquí?

—Nada de particular —contestó Kinsey—. Me hallaba en el edificio y se me ocurrió entrar a saludarte. Después de todo, no nos vemos con mucha frecuencia, pero sigo de cerca todos tus casos con gran interés. Puede decirse, Mason, que ésta es una visita del discípulo al viejo maestro. Pensé que quizá si pasara unos minutos en tu compañía, se me podría pegar algo de tu brillantez y recursos, que bien lo necesito. ¿Te importaría que prescindiéramos de la presencia de miss Street durante unos minutos?

Mason sonrió y meneó la cabeza.

—Miss Street es mi brazo derecho. Yo estoy siempre demasiado ocupado para poder explicarle todas las ramificaciones de mis asuntos, por lo que le permito que asista a todas las reuniones y, de esa forma, sabe tanto como yo mismo. No necesitas preocuparte por su discreción.

—No me preocupa su discreción. Lo que me preocupa es ese lápiz que tiene siempre en ristre y ese cuaderno de taquigrafía que llena siempre de transcripciones *verbatim*.

—¿Vas a decir algo que no quieres que se transcriba? —preguntó Mason.

—Sí.

—No irás a decir algo de que después quieras retractarte, ¿verdad?

Kinsey se enfrentó con la mirada de Mason al afirmar:

—Sí.

Mason sonrió.

—¡Vaya! No hay nada mejor que la franqueza. Deja el lápiz, acércate aquí y siéntate donde Mr. Kinsey pueda verte, Della.

—El caso es que prefiero que no haya testigos —dijo Kinsey.

—En esas condiciones —le dijo Mason— multiplicas mis deseos de tener un testigo presente.

—Bueno, bueno; como quieras —dijo Kinsey, dándose por vencido—. Quiero hablarte del caso Babb.

—¿Y qué quieres hablar de él? —preguntó Mason, convirtiéndose su rostro instantáneamente en inexpresiva máscara de granito.

—Yo represento a Norma Logan. Tú le aconsejaste que consultara a un abogado y vino a verme. Gracias por habérmela enviado.

—Yo no te la envié —dijo Mason—. Sólo le dije que viera a un abogado. Y en tales circunstancias, pensé que no debía recomendarle a nadie.

—De todos modos, gracias, letrado. Vino a mí.

—¿Negocio lucrativo? —preguntó Mason.

Kinsey volvió a mirarle a los ojos.

—Lo va a ser.

—Sigue —animó Mason.

Kinsey dijo:

—No voy a ponerme guantes blancos contigo, Mason. No voy a andarme por las ramas. Soy abogado y represento a Norma Logan. Ella no tiene dinero con que pagar mis servicios. Me encuentro en una situación en la que habrá que hacer algo difícil. Yo no hago lo que hay que hacer por una miseria. Quiero dinero de veras.

—¿Y cómo esperas conseguir ese dinero? —preguntó Mason.

—Me lo vas a dar tú.

—¿Yo?

—Sí. Claro que tú lo recibirás de tu cliente; pero sea como sea, yo quiero dinero.

—¿Cuánto quieres?

Kinsey contestó:

—Pongamos las cartas boca arriba, Mason. Tu cliente es un ricacho del petróleo. Está luchando por su vida en un caso de asesinato. En el momento oportuno, mi cliente puede salvarle; puede demostrar que estaba sentado fuera de la casa, y que el

crimen fue perpetrado por una mujer.

—Siempre que el jurado la crea.

—Cuando yo haya terminado de adiestrarla, hasta el fiscal la creará.

—Esperemos que así sea —observó Mason.

—Sin embargo, no es eso lo más importante —dijo Kinsey—. Tenemos el asunto de ese libro que fue entregado a miss Street, Mason.

—¿Quién dice eso?

—Mi cliente.

—¿Y qué hay de ese libro?

—Ese libro es un registro importante, Mason. El abogado que lo tenga en su poder puede presentarse a algunas de las familias más ricas de la ciudad y hacerles saber que lo tiene en gran estima. Podría asegurarles que pueden confiar en su discreción. Casi de la noche a la mañana se encontraría en una posición envidiable. Tendría clientes ricos y respetables. Podría abandonar esta miserable carrera de la abogacía criminalista y meterse en negocios de petróleo, en el trabajo legal de una gran empresa. En dos palabras: tendría el mundo en sus manos y todo iría cuesta abajo para él.

Kinsey se detuvo un momento para que sus próximas palabras reflejaran su verdadera importancia.

—Ese libro es una mina de oro, Mason, y en ella hay lo suficiente para los dos.

—No sé de qué estás hablando.

—No te hagas el tonto —dijo Kinsey—. Y no tengas ningún miedo de verte comprometido. No llevo escondido ningún dispositivo que registre lo hablado. Compruébalo.

Al decir esto, Kinsey se desabrochó la chaqueta y abrió los brazos en cruz.

Mason no hizo el menor movimiento para levantarse de su asiento.

—Tú y yo miramos las cosas desde distintos puntos de vista —dijo.

—Sí, sí, ya lo sé —admitió Kinsey—. Tú eres uno de esos tipos con suerte. Defiendes a un cliente y le sacas libre por ser inocente. Yo defendiendo a un cliente y le salvo porque logro convertir el caso

del fiscal en un colador o porque convenzo al jurado. Me acusan de perjurio, de sobornar al jurado y de ocultación de evidencia. Tú eres listísimo y además hombre de suerte. Puedes permitirte el lujo de no desviarte de la ética profesional. Yo no. Yo voy lanzado en una carrera de ratas y me alcanzarán tarde o temprano. Un día de éstos me veré expulsado del Colegio, y por causa de los impuestos no puedo ahorrar lo suficiente para defenderme. La situación que ahora se presenta es la solución a mi problema, un sueño hecho realidad. Tú lo sabes tan bien como yo.

—¿Tienes algo más que decir? —preguntó Mason.

—No tenemos que apelar al chantaje. Lo único que tenemos que hacer es anunciar a Fulano el banquero y a Mengano el financiero, que sabemos que su hijo o su hija son el producto de la ingeniosa estratagema del doctor Babb para eliminar el papeleo del procedimiento de adopción.

Mason no hizo comentario alguno al ver que el picapleitos se detenía. Éste prosiguió al momento:

—No pedimos dinero, Mason. Sólo les decimos lo que sabemos; que la cosa nos inspira simpatía y que haremos todo lo posible por proteger sus intereses. No nos pagarán nada por chantaje. Estas gentes están al frente de grandes organizaciones que emplean abogados constantemente. Se gastan miles de dólares en el pago de minutas. Comenzarán por llamarnos en relación con el trabajo legal de la organización. Nos haremos socios de sus clubs. Nos introduciremos en el terreno de la inversión. Nos haremos ricos, influyentes y respetables. El fiscal, que ahora nos odia a muerte, comenzará a halagarnos y a cultivar nuestra amistad. Representaremos influencia política, intervendremos en la recaudación de fondos de campaña y congresos políticos. El gobernador nos consultará cuando exista una vacante en los tribunales. Apestaremos a respetabilidad, brujulearemos por los sagrados recintos de la influencia y nos apartaremos de la asquerosa práctica de la abogacía criminalista.

Mason observó:

—Ése puede ser el modo que tú tienes de mirar las cosas, Kinsey, pero no el mío. La práctica de la abogacía criminalista no es asquerosa a no ser que alguien la haga asquerosa. No es una carrera de ratas a menos que uno se convierta en rata. La ley proporciona a

cada persona acusada de un crimen la oportunidad de enfrentarse con los testigos que tenga en su contra; la posibilidad de repreguntar a esos testigos y de presentar su caso al jurado. La ley le ampara con derechos constitucionales y salvaguardas contra condenas injustas, y...

—¡Ahorra saliva! —le interrumpió Kinsey, indignado—. Ahórrate todo eso para un jurado o para un congreso del Colegio de Abogados. No trates de venderme esa paja. Tú has tenido suerte. Has sido vivo, astuto. Has podido elegir clientes inocentes y sacarlos libres por medio de escenas melodramáticas de última hora. Pero no te llates a engaño. A pesar de que has representado a personas inocentes, te has ganado poderosos enemigos. El fiscal te tiene echado el ojo lo mismo que a mí. Nada le gustaría tanto como eliminarte de la profesión, y yo tengo en mi mano los medios para que lo consiga. Seamos francos, Mason. Encarémonos con la realidad.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mason.

—Ya sabes lo que quiero decir: te has convertido en receptor de un objeto robado. Lo único que yo necesito es llevar a mi cliente al estrado en el instante oportuno. Lo único que preciso es dar aviso en momento propicio a la persona adecuada y me convertiré en ángel tutelar, y a ti te cogerán al fin en un callejón legal sin salida.

—¿Y tienes intención de hacer eso? —preguntó Mason.

—Lo que tengo es intención de sacar dinero —contestó Kinsey—. Tengo la pretensión de cobrar. No voy a sacar las castañas legales del fuego a un magnate del petróleo sin recibir nada a cambio, excepto unos cuantos céntimos de una secretaria o una hipoteca sobre un Ford comprado a plazos.

El picapleitos hizo una corta pausa y en seguida prosiguió:

—En este asunto se juega dinero gordo y quiero conseguir parte de él.

—¿Y luego qué? —preguntó Mason.

—Luego —dijo Kinsey— tengo intención de apoderarme de ese libro y sacar de él información que nos haga ricos a los dos. No me lo guardaré todo no creas. Lo partiré contigo. Hay bastante para los dos. El doctor Babb está muerto y ha dejado tras de sí ese libro que contiene secretos que valen más de un millón de dólares. Nada de chantaje, no. Sólo honorarios legales.

—A mí me suena a chantaje —advirtió Mason.

—No seas incauto —le dijo Kinsey—. Nadie podría tocarnos en semejante situación. Cobraríamos honorarios legales de clientes que invierten en el pago de minutas cientos de miles de dólares anualmente.

—Hablando específicamente, ¿qué es lo que pretendes ahora? —preguntó Mason.

—Ahora —dijo Kinsey— quiero un anticipo.

—¿Como cuánto?

—No nos andemos por las ramas, Mason. Yo no estoy en este negocio por mi salud. Quiero veinticinco mil dólares *en efectivo*.

—Y a cambio de esos dólares ¿qué te propones hacer?

—Representar a Norma Logan.

—¿De qué modo?

—Me propongo llevar su caso de tal modo que no se vea complicada en nada; y si ese Kerby que tú representas entrega el dinero como un caballerito, tengo el propósito de manejar el caso de Norma Logan sin comprometerle y no saldrá a relucir información alguna que pueda causar dolor a nadie respecto a Ronson Kerby.

—¿Y si no se te da el dinero? —preguntó Mason.

—No seas tonto, Mason. Hablas como si quisieras llevarme al limbo de la legalidad. Yo no profiero amenazas. Tampoco hago promesas. Lo único que te digo es que represento a Norma Logan, y que dadas las circunstancias de este caso sería aconsejable que John Kerby me diera un anticipo de veinticinco mil dólares.

—¿Y después? —preguntó Mason.

—Después —dijo Kinsey— tú y yo compartiremos la información que ese libro contiene.

Mason dijo:

—Haré llegar tu petición a mi cliente.

—Vamos, baja del pedestal, amigo —le dijo Kinsey—. No te hagas el digno. Ponte al teléfono. Llama a...

—Mi cliente ya sabes que está detenido —aclaró Mason.

—Claro que está detenido. Iba a decirte que llamaras a su mujer. Ella puede extender un talón por valor de veinticinco mil dólares sin darse cuenta siquiera de que le falta ese dinero.

—¿Qué te hace pensar así? —preguntó Mason—. ¿Qué fuente de

información tienes?

—El mismo Kerby le dijo a mi cliente que él y su esposa tienen una cuenta corriente conjunta con un saldo superior a cien mil dólares, y cuando el saldo baja de esa cifra el cajero aparta lo suficiente de sus ingresos sobre los derechos del petróleo para mantener el saldo en la cantidad de cien mil dólares.

—Tendré que hablar con mi cliente —dijo Mason.

Kinsey dijo, indignado.

—¿Y cuánto tiempo tardarás en hablar con él?

—No sabría decirlo.

—Muy bien. ¿Y qué hay del libro ese?

—Respecto a ese libro, —advirtió Mason— puedo darte la contestación ahora mismo.

—¿Y cuál es tu contestación?

—Si es que existe el libro que mencionas, y si las circunstancias se desarrollaran de modo que ese libro cayera en poder de mi secretaria o en el mío, yo ejercería toda clase de precauciones, todo el ingenio a mi alcance, para evitar que ni *tú* ni ninguna otra persona entrara en posesión de él o de cualquier información que pueda contener.

Kinsey, con el rostro enrojecido, se puso en pie de un salto y comenzó a dar puñetazos sobre el ángulo de la mesa de Mason.

—¡No creas que puedes adoptar esa actitud de santo! ¡No te creas tan concienzudamente irreproachable! En este momento te hallas en una situación en la que estás violando la ética profesional y la ley de este Estado. Puedo echarte los focos encima, cuando me apetezca, y si no abandonas esa actitud que adoptas, lo haré sin vacilación.

—No es necesario que me rompas la mesa —dijo Mason tranquilamente—. Tampoco necesitas levantar la voz ni perder más de tu valioso tiempo. Ahora que me has contado tu historia, ahí tienes la puerta.

—¿Qué vas a hacer en cuanto a pedir mi anticipo a tu cliente? —preguntó Kinsey.

—Voy a someter el asunto a cuidadosa consideración. Voy a tratar de hacer lo que estime más conveniente para sus intereses. En este momento me inclino a creer que no sería juicioso ni decente que pagara nada al abogado de Norma Logan. Si eso saliera a

relucir un día, sería un hecho que el fiscal podría utilizar como prueba para demostrar complicidad, propósito conjunto en sus negociaciones con el doctor Babb, cualesquiera que fueren esas negociaciones. Eso podría tender a sacrificar a mi cliente.

—¡Qué tonto eres! —exclamó Kinsey—. Nadie se va a enterar de ello. Yo te dije que quería los veinticinco mil dólares en *efectivo*. Te supuse lo suficientemente listo para comprender que lo hago así para que no existan pruebas de ese pago.

—Y una vez que mi cliente pague —dijo Mason—, le tendrías con una soga al cuello que...

—¿Y qué importa eso? —interrumpió Kinsey—. La tiene igualmente. Yo sé todo lo referente a su hijo.

—Sí que puedes saberlo —dijo Mason—, pero careces de pruebas. En cuanto al Registro se refiere, Ronson Kerby nació del legítimo matrimonio constituido por John Kerby y Joan Kerby.

—Trata de adoptar esa actitud —amenazó Kinsey— y tiraré de la manta. Llevaré adelante este asunto en forma tal que vas a ser el tipo más arrepentido que ha pisado un juzgado. Yo haré mi agosto en este asunto sea como sea, y no creas que no he de hacerlo legalmente.

El tono de voz del leguleyo era cada vez más amenazador.

—Se me acusa —dijo— de proteger los intereses de mi cliente Norma Logan. Si puedo protegerlos por tu mediación y la de Kerby, yo diría que ésa es la forma de proporcionarle la protección que necesita. Si no puedo hacer que me escuches, puedo conseguir inmunidad para Norma Logan haciendo que cuente al fiscal la historia completa. ¡He dicho su historia *completa*, Mason, fíjate bien!

—Ya te había oído antes —dijo Mason.

—¿Y qué contestas?

—La contestación ya te la di hace un rato.

—Tienes que exponer mi proposición a Kerby. No puedes cargar con la responsabilidad de rechazarla.

—Lo pensaré —advirtió Mason—, y luego se la expondré a Kerby. Después voy a *aconsejarle* que si se deja engañar por semejante patraña, tendrá buenos motivos para arrepentirse toda su vida.

Kinsey giró sobre sus talones sin decir una palabra, abrió la

puerta de un tirón y salió del despacho.

Della Street se quedó contemplando las facciones de granito de Mason.

—¡Oh, jefe! —dijo—. ¿Por qué tenía que ocurrir esto? ¡Es..., es para echarse a llorar!

—El llorar no arregla nada —dijo Mason, empujando su sillón hacia atrás y comenzando a pasear por la habitación—. El llorar no proporcionará ningún bien a nadie.

—¿Qué es lo que puede hacer bien? —preguntó Della Street.

—¡Maldito si lo sé! —exclamó Mason—. Y menos aún a estas alturas.

—Pero ¿qué piensas hacer?

—Pues seguir adelante. Voy a insistir en que el fiscal prosiga con la vista preliminar en el caso del «Pueblo contra Kerby». Voy a repreguntar a los testigos como mejor pueda, y si Carver Kinsey quiere ir al fiscal y comprar la inmunidad de Norma Logan a ese precio, yo voy a..., yo voy a... Francamente, Della, no sé lo que voy a hacer.

Una amarga sonrisa se reflejó en el rostro de Mason al pronunciar estas últimas palabras.

Capítulo 11

Simplemente unas cuantas horas de encarcelamiento habían sido bastantes para derretir aquella aureola de suficiencia que había nimbado a John Kerby.

El hombre que se hallaba sentado al otro lado del tabique de vidrio y hablaba con Mason por medio de un micrófono empotrado en la gruesa luna, era un individuo enteramente distinto al John Kerby que había entrado tan resueltamente en la oficina de Mason para contarle la aventura de la joven del bidón de gasolina, a quien había encontrado en medio de la carretera el lunes por la noche.

Mason concluyó de referirle la oferta de Carver Kinsey, sin mencionar, sin embargo, el libro comprometedor.

—¿Pide veinticinco mil dólares en efectivo? —preguntó Kerby.

—Así es.

—Y si se le dan, ¿hará que la chica Logan sea testigo favorable?

—Eso no lo dijo claramente. Me dio a entender que así sería.

—Y si no se le dan, ¿acudirá la chica al fiscal?

Mason asintió con un movimiento de cabeza.

—Creo que será mejor dárselos —dijo Kerby—. Me revienta, pero... Estoy bastante bien *forrado*, Mason. Puedo permitirme ese lujo, y no me puedo permitir el de correr ningún riesgo.

Mason le dijo:

—Yo no creo que pueda permitirse ese lujo.

—¿Por qué no?

—Creo que no puede permitirse el lujo de verse mezclado con esa gentuza ni seguir esa clase de ética.

—No estamos jugando con la ética ahora, Mason. Nos estamos enfrentando con la cruda realidad: con una acusación de asesinato. Nos estamos encarando con el desastre absoluto, la casi inevitable certeza de que van a salir a la luz nuestras relaciones con el doctor

Babb.

Mason asintió y dijo:

—No se trata de chantaje. Es una cosa legal, pero se acerca bastante al chantaje. Cuanto más lo pienso, más me opongo a ello. Le aconsejo que no lo haga.

—Yo creo lo contrario.

—Pues búsquese otro abogado —le dijo Mason.

Kerby enrojeció.

—¡Mal rayo le parta, Mason! No le deja usted a uno que escoja nunca.

—Yo le doy a escoger —afirmó Mason—: o me deja llevar el asunto a mi modo o se busca otro abogado.

—¿Siempre juega usted sin tope? —preguntó Kerby, irritado.

—Los juegos en que yo tomo parte nunca tienen tope —repuso Mason.

—¿Y qué tiene intención de hacer?

—Tengo la intención de pedir un juicio preliminar inmediato. Y creo que lo conseguiremos.

—¿No buscan, por lo regular, aplazamientos en casos de esta índole?

—Sí, claro —convino Mason—; pero creo que lo que se debe hacer es dar el golpe en caliente. Si es que tenemos alguna probabilidad, quiero aprovecharme de ella antes de que toda esta información respecto al doctor Babb y el hijo de ustedes salga a la luz. Si no podemos ganar, veamos, al menos, lo mal que está la situación.

—¿Y suponiendo que no tengamos probabilidad alguna?

—Siempre existe una probabilidad —indicó Mason— si es que me está diciendo la verdad. ¿No entró usted nunca en casa del doctor Babb?

—Positivamente no. Jamás podrán probar que haya entrado. Lo único que pueden demostrar es que, en cierto modo, estoy relacionado con una joven, que sí entró en la casa. Y no creo que puedan probar que haya sido ella quien cometió el crimen.

—Aún no tienen el caso tan seguro como desean —indicó Mason—. Tienen de su parte una serie de circunstancias sospechosas y puede ser que consigan reunir evidencia suficiente para que un juez le lleve a usted al banquillo. Pero carecen de la evidencia necesaria

para probar su culpabilidad ante un jurado.

—¿No es ésa razón de más para que tratemos de entendernos con Carver Kinsey?

—Al contrario —contestó Mason—. Es razón de más para que no nos entendamos con él.

—Yo expongo mucho —le recordó Kerby.

La sonrisa de Mason fue enigmática.

—¡Usted expone mucho! —exclamó—. ¡En mis zapatos quisiera yo verle un ratito!

—Bueno —dijo Kerby con resignación—; no estoy en sus zapatos, pero sí estoy en sus manos, Mason. Haga lo que mejor le parezca.

—¿Quiere que continúe representándole?

—Indiscutiblemente.

—De acuerdo —convino Mason, observando, por la mirada que les dirigió el guardia, que había concluido el plazo de la entrevista—. Solicitaré la vista preliminar inmediata.

Capítulo 12

Sims Ballantine, el teniente fiscal, que había llevado recientemente muchos de los más importantes juicios preliminares, se puso de pie al anunciar el juez Conway Cameron el caso de «el Pueblo contra John Northrup Kerby».

—Con la venia de Su Señoría —dijo Ballantine—, estamos preparados para proceder con la vista. He de declarar a Su Señoría, francamente, que no sé lo que la evidencia demostrará en este caso.

—¿Quiere decir que no lo ha discutido con la policía ni los testigos? —preguntó el juez Cameron.

—Con algunos testigos, sí, señor.

—¿Y con otros no? —preguntó el juez.

—Aún no sabemos quiénes son algunos de los otros. Declararé, con toda franqueza, que preferiría un aplazamiento. Disponiendo de tal aplazamiento, es posible que algunos puntos, actualmente dudosos, puedan aclararse. Creo que ese aplazamiento podría ser ventajoso incluso para el acusado.

—¿Y qué dice la defensa? —preguntó el juez Cameron, mirando a Perry Mason.

—La defensa dice que desea que el fiscal proceda con la vista preliminar o retire la acusación —dijo Mason.

—Muy bien —dijo el juez Cameron—; procederemos con la vista preliminar. —Se volvió hacia Ballantine e inquirió—: ¿He de entender que la postura del fiscal es que acaso no dispone de suficiente evidencia en estos momentos para forzar la comparecencia del acusado?

—No, señor juez; nuestra postura no es ésa —respondió Ballantine—. Disponemos de evidencia suficiente para solicitar de Su Señoría la comparecencia del acusado. Sobre si tenemos suficientes pruebas en este momento para demostrar su culpabilidad

ante jurado, es otra cosa. Declaro mi postura francamente ante Su Señoría.

—Agradezco la franqueza —afirmó el juez Cameron—. Este Tribunal también llama la atención del letrado sobre el hecho de que, aunque existe una rígida regla inmovible en cuanto a los derechos del acusado cuando se solicita un aplazamiento, siempre puede el ministerio fiscal retirar la acusación sin perjuicio y transferir el caso al tribunal superior, donde todos los testigos pueden ser escuchados antes de toda acción.

—Si Su Señoría me lo permite, entiendo que ya ha habido acción en este caso. Se ha presentado una acusación, y este ministerio cree que retirarla en este momento podría producir efecto adverso.

—Muy bien —declaró el juez Cameron—; pero no crea usted que va a llevar a este tribunal a una expedición de pesca. Si no está usted seguro de su caso, retírelo; échese atrás y preséntelo ante el jurado. Ésa es mi sugerencia.

—Estamos seguros de que podemos presentar un caso lo suficientemente fuerte para hacer comparecer a juicio al acusado —afirmó Ballantine.

—Entonces, adelante —dijo el juez, con voz cortante—. Usted conoce la ley, como la conozco yo.

—Joseph Hesper —llamó Ballantine.

Hesper se adelantó, prestó juramento y declaró ser policía; que había estado de servicio en el radiopatrulla número 157 el día cinco del mes en curso, que a las 11,34 se había recibido una llamada sobre cierto suceso en el número 19.647 de Sunland Drive; que él y su compañero de servicio, George Franklin, se habían apresurado a presentarse en dicho inmueble; que se hallaban a unas cuantas manzanas de distancia en el momento de recibir la llamada; que habían seguido el más adecuado procedimiento policial en cuanto a llamadas de esa naturaleza. Procuraron no alarmar al sospechoso, por lo que pararon el motor del coche y apagaron los faros al encontrarse a una manzana de distancia. Fueron rodando hasta la casa, utilizando el freno de mano para que no se encendiera la luz del freno de pie. Al detener el coche con el freno de mano, el testigo Hesper había dicho: «Yo iré por el frente, George, y tú por la parte posterior de la casa».

Después de lo cual, de acuerdo con la rutina que se sigue en

tales casos, Franklin había ido corriendo a la parte posterior de la casa mientras el testigo lo hacía hacia la puerta principal, había llamado al timbre y, observando luego que la puerta principal se hallaba ligeramente entreabierta, había empujado la citada puerta, avisando que entraba un policía y, no recibiendo respuesta, había penetrado en el inferior. Luego, al atravesar las distintas dependencias hasta el despacho en sí, había encontrado en el suelo los vidrios rotos de un jarrón, y un hombre echado, en parte, sobre su lado derecho, con el brazo del mismo lado tendido hacia afuera, el brazo izquierdo doblado, y la mano izquierda bajo el pecho. Había fragmentos de cristal esparcidos por el suelo, y el testigo se había inclinado sobre el hombre para tomarle el pulso. Observó que el pulso latía muy débilmente y en aquel momento oyó a su compañero. George Franklin, que decía que había encontrado a un hombre llamando a una de las ventanas de la parte posterior de la casa. El testigo se había precipitado hacia el lugar mencionado por la puerta trasera, que abrió para que entrase su compañero, acompañado de un tal Donald Derby, que según se supo era el criado del doctor Babb. Hesper declaró que Derby, que se quedó a la puerta, llevaba una toalla mojada enrollada a la cintura y estaba temblando porque acababa de salir de la ducha. El testigo había interrogado a Derby brevemente, ordenándole que volviera a sus habitaciones, y luego había avisado a la jefatura solicitando una ambulancia y un experto en huellas digitales.

El testigo continuó diciendo que una vecina, una tal Mrs. Dunkirk, que vivía en la casa contigua, había golpeado a la puerta principal para ver si podía entrar; que él, el testigo, había acudido a la llamada y hablado con ella, habiendo vuelto a llamar a la jefatura solicitando ayuda de cualquier radiopatrulla que circulase por los alrededores.

—Puede usted repreguntar —dijo Ballantine.

—¿Siguió usted la rutina usual en el procedimiento policial? —preguntó Mason.

—Sí, señor.

—¿Comprobaron las dos puertas, la delantera y la trasera?

—Sí, señor.

—Luego, después de pedir la ambulancia y el experto en huellas digitales, ¿volvió usted a llamar solicitando más coches?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque deseaba buscar a una joven que vieron salir corriendo de la casa.

—¿Quién la vio?

—Mistress Dunkirk.

—¿Le describió ella a esa joven?

—Sí.

—¿Qué es lo que dijo?

—Un momento —interrumpió Ballantine—. Aquí no queremos testimonio de *oídas*. Olvídense de lo que le haya dicho.

—Yo no me opongo —dijo Mason.

—Yo sí —afirmó Ballantine—. No llenemos estas declaraciones con referencias de lo que otros han dicho. En tal caso el letrado defensor se precipitará a inculpar al testigo por un montón de evidencia inmaterial.

—Entonces puede usted protestar —dijo Mason—, y se aceptará la protesta con gusto.

—¡Pues protesto ahora! —gritó Ballantine.

El juez Cameron sonrió.

—Aceptada la protesta —dijo.

—Usted, sin embargo, habló con esa vecina. En vista de lo que le dijo, ¿hizo usted algo?

—Sí, señor.

—¿Qué hizo?

—Dejé a mi compañero George Franklin vigilando el lugar y yo comencé a recorrer el vecindario buscando a la referida joven.

—¿Habló usted con los vecinos de ambos lados, al este y al oeste de la casa?

—Hablé primero con la del este; es decir, se presentó ella a hablar conmigo, e inmediatamente después salí en busca de esa joven. No hablé con el otro vecino hasta bastante después, cuando di por terminada mi infructuosa búsqueda. Esa gente no estaba en casa cuando ocurrió el suceso.

—¿Puede decirnos exactamente lo que hizo para impedir que la evidencia que hubiera en el interior de la casa no fuese eliminada?

—Naturalmente. Precintamos la casa y tuvimos especial cuidado en no tocar nada, para que no se perturbara la prueba más

insignificante. La casa sigue precintada aún.

—¿Estaba el criado en la casa con ustedes, en lugar donde pudiera tocar algo? —preguntó Mason.

Hesper se mostró desdeñoso.

—Al criado no se le permitió entrar en la casa. Yo le interrogué junto a la puerta trasera, le envié a vestirse y le ordené que no saliera de su casa. Habría sido contrario al procedimiento usual permitir a cualquier persona entrar en la casa antes de que los de las huellas digitales trataran de encontrar lo que hubiera. Mi compañero hizo lo mejor que pudo hasta la llegada de refuerzos.

—¿Cuando llegaron?

—La ambulancia, a los quince minutos más o menos. Sin embargo, llegaron al distrito otros coches patrulla y se unieron a la búsqueda de la joven, que supusimos estaría aún por los alrededores.

—¿Cuánto tiempo continuó la búsqueda?

—Yo diría unos diez minutos. Para entonces ya estábamos convencidos de que había logrado escabullirse, y los otros coches volvieron a su servicio habitual. Mi compañero y yo pusimos ya el caso en manos de los técnicos.

—Y luego, ¿qué?

—Luego empezamos a comprobar el *elemento tiempo*. El criado estaba seguro de que el doctor Babb había salido para llamarle, a la puerta trasera, la había abierto y luego su asaltante le había metido dentro de un tirón.

—Un momento —interrumpió el juez Cameron—. Nos estamos metiendo en una gran cantidad de evidencia *de oídas*. Es probable que parte de ella sea pertinente, porque la pregunta era de una gran amplitud, en términos generales, y requería una declaración en cuanto al modo cómo el testigo había comprobado el *elemento tiempo*. Sin embargo, es ésta, sin género de duda, evidencia *de oídas*.

—Pero, señor juez —protestó Ballantine—, el mismo abogado defensor solicitó esa clase de evidencia. La pregunta abre claramente la puerta.

—No nos oponemos, señor juez —intervino Mason—. Queremos saber exactamente lo que se hizo. Después de todo, éste es simplemente un examen preliminar, y creemos que Su Señoría puede rechazar cualquier evidencia que considere inadecuada.

—Resulta mucho mejor, en primer lugar, no presentarla —dijo el juez—. Sin embargo, con objeto de acelerar los asuntos, permitiré al testigo que prosiga. Que continúe el testimonio.

—Bien —continuó Hesper—; lo expresaré en estos términos: suponiendo que el último grito que oyó Mrs. Dunkirk ocurriera justamente antes de que fuera avisada la policía, y en el supuesto también de que el criado estuviera a la ventana cuatro segundos (ya hemos podido calcular ese tiempo tanto haciéndole repetir lo que había hecho como comprobando la extensión de la mancha de agua que se había desprendido de su cuerpo mientras estuvo a la ventana), hemos calculado el intervalo entre los gritos y el momento en que Derby vio la puerta cerrarse, así como el tiempo que transcurrió entre el cierre de la puerta trasera y nuestra llegada. Nosotros seguimos las huellas húmedas hechas en el linóleo, en la casa de Derby, desde la ducha a la ventana; desde la ventana hasta donde fue a coger la toalla y el trayecto de las escaleras. Pudimos, en otras palabras, seguir la ruta del criado paso por paso.

Hesper se detuvo un momento y prosiguió:

—Haciendo una prueba comparativa con los zapatos puestos, encontramos que el tiempo transcurrido sería de entre diez y doce segundos desde que Derby abandonó la ducha hasta que llegó a la puerta trasera de la casa. Sin embargo, él iba descalzo, y cuando nosotros nos quitamos los zapatos y los calcetines e hicimos otra prueba, vimos que la operación nos retrasaba bastante. Esto resultó especialmente cierto en cuanto al lugar donde comenzamos a bajar los peldaños exteriores del garaje. También nos retrasó bastante el cruzar el patio. Nosotros calculamos el tiempo, llamémosle *descalzo*, como de unos quince a dieciocho segundos, y él probablemente se hallaba en el patio unos quince segundos antes de que llegáramos.

—¿Consideraron ustedes importante el factor tiempo? —preguntó Mason.

—Todo resulta importante en relación con un trabajo de investigación acertado —afirmó el testigo.

—¿Consideró usted la posibilidad de que pudiera haber otra persona en la casa y que saliera por la puerta trasera? —preguntó Mason.

—Nosotros tratamos de considerar todas las posibilidades.

—¿Hubo algo que les indujera a creer que alguien más que la

joven aludida podía haber estado en la casa?

El testigo, súbitamente cauteloso, contestó:

—Bueno, verá... Podría ser que sí.

—Podría ser que sí ¿qué?

—Que hubiera otra persona en la casa.

—¿Existía algún *hecho* que indicara que hubiese otra persona en la casa?

El testigo dirigió una mirada al teniente fiscal, se revolvió en su asiento y respondió:

—No; yo no diría que existiera ningún *hecho*.

—¿Se encontraron huellas digitales en el picaporte de la puerta trasera, o en el interior, que indicaran que alguna persona había salido precipitadamente? —preguntó Mason.

—Si es que lo sabe —dijo Ballantine.

—Sí —intervino el juez—; si usted lo sabe.

—No lo sé. Yo no estaba presente cuando hicieron las pruebas del picaporte —contestó el testigo, visiblemente tranquilizado.

Mason estudió al testigo durante unos segundos y observó:

—Creo que usted declaró que su compañero se hallaba llamando en la parte posterior de la casa para que usted le abriera.

—Así es.

—¿Y abrió usted la puerta?

El testigo se revolvió nuevamente en su asiento.

—Sí, señor.

—Y al hacerlo, ¿superpusieron ustedes sus propias huellas digitales sobre cualesquiera otras que pudieran haber sido hechas con anterioridad?

—Eso exige una conclusión por parte del testigo, señor juez —objetó Ballantine—. La pregunta es argumentativa y, repito, requiere una conclusión por parte del testigo.

Mason dijo:

—El testigo ha estado declarando en cuanto al mejor procedimiento policial, señor juez. Es obvio que se trata de un experto en la materia. Yo creo que la repregunta es adecuada.

—Le permitiré contentar a la pregunta —dijo el juez Cameron—. Probablemente requiere una conclusión, pero... Bueno, después de todo, la situación es clara.

El apuro del testigo se hizo patente.

—Pues sí —confesó—. Probablemente debí de decir a George Franklin que hiciera venir a aquel hombre por la puerta delantera. Sin embargo, noté cierta urgencia en su petición de que le abriera la puerta trasera, y la abrí sin pensar en ello.

—¿Dejando, por tanto, al hacerlo, *sus* huellas digitales en el picaporte?

—Naturalmente.

—Y, por consiguiente, ¿borró las huellas de cualquier otra persona que hubiera salido previamente por la misma puerta?

—Protesto, por ser argumentativo —adujo Ballantine.

—Aceptada la protesta —terció el juez—. Creo que hemos explorado las posibilidades de la situación de modo que deja bien evidente lo sucedido.

—Nada más —dijo Mason.

El próximo testigo de Ballantine fue Harvey Nelson, calificado como experto en impresiones dactilares, y declaró que había buscado huellas en casa del doctor Babb; que había descubierto varias latentes de un tipo que él describió como prometedoras; que algunas de aquellas huellas (muchas de ellas, en realidad) eran del doctor Babb, y otras de su criado. Pero existían, además de éstas, varias huellas latentes que habían sido reveladas lo suficiente para hacerlas identificables, mas aún no habían sido halladas las personas que las hicieron.

Ballantine introdujo ciertas huellas especiales en la evidencia, y luego preguntó al testigo si había hallado algún otro lugar donde encontrara las mismas impresiones digitales.

Nelson declaró que había encontrado dos lugares distintos donde se habían hecho las mismas huellas.

—¿Dónde? —preguntó Ballantine.

—Unas en el coche del acusado y las otras en el departamento número 5 del «Beauty Rest Motel».

Ballantine desenrolló un plano.

—Tengo aquí un plano del lugar del suceso. Podemos hacerlo identificar debidamente o, si la defensa lo prefiere, puede ser estipulado dentro de la evidencia.

—Yo estipularé que puede ser admitido, pero sujeto al derecho de recusación si después resultara incorrecto en cualquier detalle —dijo Mason.

—Muy bien —dijo Ballantine—. ¿Quiere usted señalar en este plano dónde se halla la casa del doctor Babb y el «Beauty Rest Motel»?

El testigo hizo lo que le pedían.

—Teniendo en cuenta que el plano está hecho a escala exacta —prosiguió Ballantine—, ¿cuál es la distancia aproximada en línea recta entre los dos?

—Unos setecientos pies. Desde luego, yendo por la calle se hace necesario girar varias veces en rectángulo, lo que hace la distancia algo mayor.

—¿A qué distancia están, yendo por la calle?

—A unos mil doscientos pies.

—Cuando usted se hallaba en casa del doctor Babb revelando huellas digitales latentes, ¿observó algún objeto en particular?

—Varios.

—¿Vio usted un libro-horario?

—Lo vi.

—¿Dónde se hallaba?

—Sobre una mesa, en un rincón del despacho a que me he referido en mis notas con la designación de consultorio. No es la pequeña habitación donde el doctor Babb fue hallado, sino otra, en que hay una mesa de escritorio, varias sillas y unas cuantas librerías llenas de libros de medicina. Por tanto, me referí a ella en mis notas como consultorio.

—¿Marcó usted ese libro de forma que pudiera luego identificarlo?

—Sí.

—Le enseño aquí un libro y le ruego me diga si contiene una marca de identificación hecha por usted.

—La tiene.

—¿Quiere decir qué libro es ése?

—El llamado libro de citas, que encontré en la habitación a que me he referido como consultorio.

—Pido que el libro sea aceptado como prueba —dijo Ballantine—, y llamaremos la atención del tribunal sobre las citas señaladas para el día cinco de este mes.

—No hay objeción —dijo Mason—. Sugiero que esas citas sean leídas en evidencia.

—Muy bien.

—Existen varias citas durante el día —dijo Ballantine—, pero hay dos horas anotadas para la noche, con los nombres de Logan y Kerby.

—¿Sólo esas dos? —preguntó el juez.

—Sí, señor juez.

—¿Existen iniciales, o direcciones, o cualquier otro medio de identificación más que los apellidos?

—No, señor juez; sólo los apellidos. Si Su Señoría observa el libro, verá que todas las citas están hechas en esa forma. Sólo aparecen los apellidos de los visitantes. Nada de iniciales ni señas.

—Muy bien —repuso el juez Cameron—. Puede ser admitido como evidencia.

—Ahora bien, Mr. Nelson: ¿visitó usted al doctor Babb en el hospital antes de su muerte?

—Sí, señor.

—¿En cuántas ocasiones?

—En tres.

—¿Qué hizo usted en la primera ocasión?

—Tomé sus huellas digitales para compararlas con las latentes que aparecieran, con objeto de eliminar las hechas por el doctor Babb.

—¿Y en la segunda ocasión?

—Oí decir que el doctor Babb estaba recuperando el conocimiento y traté de hacerle unas preguntas.

—¿Se las contestó?

—No.

—¿Y en la tercera?

—La tercera vez que le vi fue momentos antes de que expirara.

—¿En qué estado se hallaba entonces?

—Protesto —dijo Mason—, por carecer de base. Este testigo es un experto en huellas dactilares, pero no en medicina.

—Bueno, modificaré la pregunta —dijo Ballantine—. ¿Cuál era su estado aparente con respecto a hallarse en posesión de sus facultades mentales?

—Se hallaba en estado consciente; podía contestar preguntas, pero no sé por qué razón le resultaba imposible seguir una conversación. Podía contestar sí o no, e incluso nos dio un nombre.

—¿Qué nombre fue ése?

—El de John Kerby.

—¿Y cómo fue que le dio ese nombre?

—Le pregunté si sabía quién le había golpeado y contestó que sí. Le pedí que me diera el nombre y, finalmente, me dio el de John Kerby.

—Repregunte —invitó Ballantine a Perry Mason.

Mason se encaró con el testigo y preguntó:

—Usted ha declarado que, finalmente, le dio un nombre.

—Sí, señor.

—¿Qué otros nombres lo dio antes de ése?

—Ninguno.

—¿Cómo es eso?

—Resultaba difícil hacerle comprender. Yo le hacía una pregunta varias veces y se quedaba mudo. Al fin entendía la pregunta y contestaba sí o no.

—¿Cómo sabía usted si entendía o no la pregunta?

—Por su respuesta.

—Y siendo sus respuestas sólo sí o no —prosiguió Mason—, existía, a mi juicio, la probabilidad de que solamente se diera cuenta de que le hacía preguntas y que, al tratar de contestarlas, empleara las dos palabras que se veía capacitado para articular, por lo que existía quizás un cincuenta por ciento de probabilidades de que las articulara incorrectamente.

—No lo creo así —dijo el testigo.

—Le estoy preguntando sobre hechos concretos —objetó Mason.

—¡Oh! Con la venia del señor juez —terció Ballantine—, todo este interrogatorio de repreguntas es argumentativo. La repregunta es argumentativa. El abogado defensor no ha calificado a este hombre como experto en medicina ni le ha permitido calificarse para que estas preguntas puedan ser contestadas.

—Sin embargo —dijo el juez Cameron—, al testigo se le permitió declarar en cuanto al estado general del difunto en la opinión de un lego en la materia. Creo que la pregunta es adecuada. El testigo puede contestar y dar su opinión no como experto, sino como lego.

—Yo creo que cuando contestó a la pregunta dio la información que aquélla requería —dijo el testigo—. Llegué a esa conclusión a

juzgar por la naturaleza de sus contestaciones. Tuvimos alguna dificultad en hacerle entender, pero al conseguirlo creo que estaba capacitado para contestarlas y que las contestó.

—Ahora bien: ¿dice usted que, finalmente, le dio el nombre de John Kerby? —preguntó Mason.

—Sí, señor.

—¿Y que anteriormente no le había dado ningún nombre?

—Justamente; sí, señor.

—En otras palabras: ¿le preguntó usted varias veces quién le había golpeado?

—Le preguntamos varias veces si sabía quién había sido.

—¿Y qué sucedió entonces?

—La pregunta quedó sin respuesta varias veces. Al final, después de habérsela repetido siete u ocho veces, dijo: «Sí».

—¿Y le preguntó usted entonces quién lo había hecho?

—Sí.

—¿Y contestó?

—Sí.

—¿A esa pregunta?

—Sí.

—¿La primera vez?

—No, no fue la primera. Fue a una repetición de la primera vez.

—¿Cuántas veces se la repitió?

—Pues quizá siete u ocho.

—¿Pueden haber sido más de ocho?

—Puede ser.

—¿Pueden haber sido doce?

—No conté el número de veces que repetimos la pregunta. Lo que yo quería es que la comprendiera.

—¿Y le preguntaron una vez tras otra quién había sido?

—Sí.

—¿Y esperaban la contestación cada vez que le preguntaban?

—Sí.

—¿Y sólo hubo silencio?

—Así es.

—Y luego, finalmente, a la décima vez, o quizás a la decimotercera o decimocuarta vez que le hicieron la pregunta, ¿recibieron una respuesta?

—No creo que hubiera sido la decimocuarta. No creo que hayamos repetido la pregunta catorce veces. Que yo recuerde pudimos haberla repetido de siete a ocho veces.

—¿E hizo al fin una declaración que ustedes creyeron era la respuesta?

—Pronunció el nombre de John Kerby con mucha claridad.

—¿No se advirtió en su contestación algo *borroso*?

—Pues... no hasta el extremo que hiciera imposible entender el nombre. He de decir que cuando respondía, eran claras sus respuestas. Se advertía cierta fase, llamémosla borrosa, pero nunca murmullo.

—¿Conocía usted ya al acusado?

—No, señor. No descubrimos su pista hasta después de hacer una comprobación concienzuda de los registros de los coches, con las distintas combinaciones de letras y cifras. Hubimos de comprobar varios automóviles, pero pronto encontramos un coche a nombre de Kerby que respondía a la descripción anotada, por lo que nos pusimos casi inmediatamente a examinar al acusado.

—¿Y entonces tomaron las huellas digitales en su coche?

—Justo.

—¿Y encontraron huellas latentes de la misma persona que había estado en el motel y en casa del doctor Babb?

—Sí, señor.

—He concluido —anunció Mason.

—El testigo siguiente será Milton Rexford —anunció Ballantine.

Rexford, un hombre alto, un tanto cargado de hombros, de unos cuarenta y pico de años, avanzó hacia el estrado, levantó la mano derecha, prestó juramento y se quedó un instante de pie, mirando, con sus pálidos ojos grises, alrededor de la sala. Se sentó luego en un sillón, dio su nombre completo como Milton Hazen Rexford y declaró que vivía en la avenida de Malacca.

Ballantine presentó un plano en el que aparecía la avenida en cuestión, y el testigo marcó con una cruz el lugar donde radicaba la casa en que vivía.

La avenida de Malacca, aparecía en el plano como la calle que se bifurcaba, a partir de Sunland, en el lugar opuesto a Rubart Terrace, y media manzana calle abajo.

—Deseo retrotraer su atención a la noche del cinco de este mes

—dijo Ballantine al testigo—. Concretamente, el lunes por la noche. ¿Recuerda usted esa noche?

—Sí.

—Poco antes de las once y media ¿qué estaba usted haciendo?

—Me estaba preparando para acostarme.

—¿Se halla en su dormitorio?

—Sí.

—¿Da su dormitorio a la avenida de Malacca?

—Sí.

—¿Tenía las luces del dormitorio encendidas?

—No, señor.

—¿Por qué, no?

—Porque mi mujer se hallaba ya acostada. Antes de acostarse había corrido las cortinas y abierto la ventana para que entrara aire fresco. No quise encender la luz por no deslumbrarla, por lo que comencé a desnudarme al lado de la ventana abierta y sin luz.

—¿Vio usted un automóvil desde la ventana?

—Lo vi.

—¿Dónde?

—Pues verá: llegó un bonito automóvil y se detuvo justamente frente a mi casa. No podía imaginarme quién podría venir a verme a aquellas horas de la noche, y...

—No hable usted de sus reacciones mentales ni de sus conclusiones. Límitese a decir lo que vio —observó Ballantine.

—Me fijé bien en el número de la matrícula antes de que el hombre apagara las luces.

—¿Y vio usted el número?

—Sí.

—¿Lo recuerda usted?

—Sin duda alguna.

—¿Qué número era?

—El JYJ 112.

—¿Vio usted al hombre que conducía el coche?

—Sí.

—¿Quién era ese hombre?

—El que está allí sentado —dijo el testigo, que levantó un flaco y largo brazo y señaló a John Kerby con su huesudo índice.

—¿Está usted señalando a John Northrup Kerby, el acusado?

—Así es.

—¿Qué hizo ese hombre después de aparcar el coche?

—Apagó los faros y se quedó sentado en el coche. Después una joven abrió la portezuela y se apeó.

—¿Puede describirnos a esa mujer?

—No la vi con demasiada claridad. No le vi la cara. Lo único que sé es que era una mujer.

—¿Puede decirnos cómo vestía?

—Llevaba ropa de un color claro, posiblemente color café con leche.

—¿Qué hizo esa joven?

—Fue, calle arriba, hacia la casa del doctor Babb.

—¿Qué vio usted después?

—Transcurrieron unos seis, siete u ocho minutos, y de pronto esa joven apareció corriendo a toda prisa, cuesta abajo, hacia el coche. Subió y dijo algo al hombre que esperaba. Se encendieron nuevamente los faros y el coche arrancó inmediatamente.

—¿Por dónde se fue?

—Viró casi en redondo y se fue rodando avenida Malacca abajo.

—¿Está usted seguro de que era el acusado quien conducía el coche?

—Positivamente seguro.

—¿Cuándo volvió a ver a esa persona?

—El miércoles.

—¿Dónde?

—En la cárcel.

—¿Le vio a él solo o había otras personas presentes?

—Pues había lo que ustedes llaman *line-up*, o sea, una hilera de individuos —aclaró Rexford—. Quizás unos cinco o seis, todos de pie.

—¿Identificó usted a ese hombre entonces?

—Sí.

—¿Le reconoció entre todos?

—Así fue.

—Repregunte —dijo secamente Ballantine a Perry Mason.

—¿Se quedó usted sentado a la ventana de su dormitorio contemplando el coche? —comenzó preguntando Mason.

—Así es.

—¿Y vio usted a una joven correr hacia el coche?

—Sí.

—¿Dice usted que llegó corriendo a toda prisa?

—Sí, a toda prisa.

—¿Y qué hizo esa mujer?

—Abrió la portezuela violentamente, subió al coche, dijo unas palabras al que conducía y se largaron a toda velocidad.

—¿Tenía usted abierta la ventana del cuarto?

—Sí.

—¿Pudo usted oír lo que ella dijo?

—A aquella distancia, no.

—Y cuando ella habló, ¿estaba la portezuela del coche abierta o cerrada?

—Cerrada.

—¿No pudo oír lo que dijo?

—No.

—¿Pudo oír voces con la puerta cerrada?

—No.

—Entonces ¿cómo sabe que le dijo algo al conductor?

—¿Qué le hizo salir disparado si ella no le dijo algo?

—¿La vio usted volver el rostro hacia él y decirle algo?

—No. El coche estaba oscuro. Pero un momento después se encendieron las luces del automóvil y pude ver a los dos cuando el vehículo giró casi en redondo. ¡Créame que lo hizo a toda marcha!

—La única vez que vio usted al hombre frente a su casa de usted se hallaba sentado, al volante de un coche, ¿no es así?

—Sí.

—Cuando le identificó en la cárcel no lo hizo usted estando él sentado, sino de pie.

—Así es.

—¿Pudo usted ver la placa trasera de la matrícula cuando el coche se detuvo?

—Sí, señor.

—Entonces el coche no estaba directamente frente a la ventana de su dormitorio, sino a cierta distancia calle arriba. De otro modo usted no hubiera podido ver la placa, ¿no es eso?

—Así es.

—Por tanto, la persona que estaba al volante no se hallaba

donde usted pudiera verla de perfil. Le veía usted el cogote, ¿no es cierto?

—Pues..., más o menos, supongo.

—El hombre que se hallaba al volante estaba en el lado del coche más lejos de la acera, ¿no?

—Justo.

—El lado derecho del coche resultaba el más próximo a su casa, y el izquierdo el que daba a la calle en sí.

—Exactamente.

—¿Llevaba sombrero ese hombre?

—Creo que sí.

—¿No está seguro?

—Es un poco difícil de decir. No era fácil verlo.

—Cuando las luces del coche se apagaron, el interior quedó bastante oscuro, ¿no es así?

—Así es.

—¿Hay luz en la calle de Sunland Drive?

—Sí que hay luz, pero no iluminaba el interior del coche lo suficiente. Era difícil ver si el conductor llevaba o no sombrero.

—¿No pudo usted verle mientras estaban encendidas las luces?

—Supongo que sí. Pero no recuerdo si llevaba o no sombrero puesto.

—¿Pero sí se fijó en la placa de la matrícula?

—Positivamente.

—¿Y está seguro del número?

—Segurísimo.

—¿Cuánto tiempo transcurrió desde que el coche se detuvo hasta que se apagaron las luces?

—Casi nada. Quizás un par de segundos.

—Y durante ese tiempo ¿se estaba usted preguntando quién sería aquél que se detenía ante su casa?

—Así es.

—¿Creyó que podía ser alguien que iba a verle?

—Sí.

—Por lo cual usted prestó especial atención a la matrícula, ¿no?

—Ya he dicho que sí.

—¿Y la miraba usted mientras las luces estaban encendidas?

—Sí.

—¿Pretende usted hacernos creer que estuvo mirando todo el tiempo que las luces estuvieron encendidas?

—Justo.

—Por tanto no miraba usted al hombre que conducía el coche.

—Bueno; le miré después.

—Es decir: ¿después de haberse apagado las luces?

—Sí.

—Y usted identificó después a esa persona cuando se hallaba de pie en el llamado *line-up*. Sin embargo, la única vez que la vio con anterioridad estaba sentada al volante de un automóvil donde sólo le veía el cogote con tan escasa luz que no sabe si llevaba o no sombrero, ¿verdad?

—Protesto, por ser argumentativo —dijo Ballantine.

—Rechazada la protesta.

El testigo se revolvió nerviosamente en su asiento.

—¿No es así? —recalcó el abogado.

—Supongo que sí.

—He concluido —dijo Mason.

—Nada más —denegó Ballantine—. No hay más preguntas. —Y alzando la voz, llamó—: ¡Donald Rufus Derby!

Se presentó el criado y prestó juramento. Declaró que se hallaba tomando una ducha; que había oído gritar a una mujer; que había cerrado el grifo y salido corriendo a asomarse a la ventana que daba a la casa del doctor Babb; que llegó a tiempo para ver cómo se cerraba la puerta trasera de la casa; que se había acercado al toallero y, enrollándose una toalla a la cintura, había salido corriendo escaleras abajo.

Pero cuando hubo traspasado la pista de cemento, ante el garaje, y llegado a la puerta trasera en cuestión, la encontró cerrada con pestillo, por lo que comenzó a golpearla sin recibir respuesta ni oír ningún sonido en el interior de la casa. Entonces se había acercado a una ventana lateral, y se hallaba llamando a ella cuando un policía le había agarrado por detrás.

Que entonces había explicado la situación al policía que le había retenido durante un momento mientras el otro policía le abría la puerta trasera. Los policías habían mandado al testigo a su casa a ponerse alguna ropa y que esperara allí hasta que ellos terminaran con el examen de la casa. Luego le interrogaron detalladamente y

efectuaron ciertas pruebas para comprobar el factor tiempo.

—Repregunte —dijo Ballantine a Mason.

—¿Llegó usted a su ventana justamente a tiempo para ver cómo se cerraba la puerta trasera del doctor Babb? —preguntó Mason.

—Sí, señor.

—¿Vio usted a alguien salir corriendo por dicha puerta?

—No, señor.

—¿Vio usted a alguien en el patio?

—No, señor.

—Si alguien hubiese salido corriendo por la puerta trasera justamente antes de que usted se hubiera asomado a la ventana, ¿podría usted haber visto a ese alguien?

—Lo he estado pensando —dijo el testigo—, y no creo que nadie pudiera salir y dar la vuelta a la parte visible de la casa sin verlo yo antes de que la puerta se cerrara. Mi opinión es que el doctor Babb estaba tratando de llamarme y...

—No interesa su opinión —dijo Ballantine, con voz cortante—. Limítese a escuchar las preguntas y a contestarlas.

—He concluido —anunció Mason.

El juez Cameron intervino entonces:

—Un momento, señores: lamento que hayamos comenzado tarde esta vista. Sin embargo había otro asunto en nuestra agenda que había que concluir. Veo que ha llegado la hora de aplazamiento. Aplazaremos la vista hasta mañana a las diez de la mañana. El acusado será nuevamente enviado a su celda.

Capítulo 13

Della Street esperaba a Perry Mason en el despacho.

—¿Cómo fue la cosa? —preguntó con ansiedad.

—Así, así —contestó Mason—. Tienen un testigo que vio a Kerby llegar en el coche y aparcarlo; vio salir a Norma Logan, que se dirigió hacia la casa del doctor Babb, y luego, pocos minutos después, llegó aquélla corriendo velozmente, subió al automóvil, dijo algo a Kerby y en seguida el coche salió disparado.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Della, con desaliento.

—Eso quiere decir —explicó Mason— que tienen un buen caso *prima-facie*; es decir: *siempre* que puedan demostrar que Norma Logan le dio el golpe en la cabeza al doctor Babb eso *no podrán* demostrarlo. El criado cree que el doctor Babb salió a la puerta trasera y la abrió para llamarle, pero sabemos que Derby vio esa puerta cerrarse justamente después de que un hombre no identificado, seguido muy de cerca por Joan Kerby, había salido disparado.

—Comprendo —asintió Della Street.

—Ahora bien: en tales circunstancias puedo llamar a Motley Dunkirk a declarar, demostrar que él vio a una mujer salir corriendo por dicha puerta y hacer una criba del caso contra Norma Logan. Eso dará a la policía la base para una investigación en otro sentido, pero complica abiertamente a John Kerby en el crimen.

—¿Y crees que pueden averiguar que esa mujer era Joan Kerby? —preguntó Della.

—Estoy pensando si puedo permitirme el lujo de correr ese riesgo. Sin embargo creo que sí lo averiguarán. ¿Se ha sabido algo más de Carver Kinsey, Della?

—Ni una palabra.

—Se ve que está al acecho —dijo Mason—. Todavía no ha ido a

ver al fiscal.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Que cómo lo sé? —preguntó Mason, sonriente—. Lo sé porque Sims Ballantine, el teniente fiscal, se encargó de la vista. En cuanto Carver Kinsey diga cualquier cosa a la policía o al fiscal, verás a Hamilton Burger hacer su aparición; y cuando haga eso querrá decir que la cosa está que arde.

—Pero Norma Logan no sabe que fue Mrs. Kerby quien estuvo en casa del médico —comentó Della Street.

—Por su nombre, no —aclaró Mason—. Pero puede proporcionarles una buena descripción de ella.

»Este caso no ha levantado hasta ahora mucha polvareda periodística. Un prominente hombre de negocios ha sido acusado de asesinato; pero las cosas se han desarrollado con tanta rapidez que el público aún no ha visto suscitado su interés por el periodista *lacrimógeno* que comienza a entrevistar a la esposa, por los bocetos de los dibujantes de la Prensa y todo lo que eso lleva consigo. Cuando tal suceda, Norma Logan verá fotografías de la esposa, verá los dibujos de los artistas y, sobre todo, hablará con Carver Kinsey. Éste observará el nombre de *Kerby* en el libro de citas, sumará dos y dos y entonces sí que estará en situación de exigir de verdad.

—¿Y qué ocurrirá entonces?

—¡Que me aspen si lo sé! —exclamó Mason—. ¿Qué hay de Paul Drake? ¿Se enteró de algo sobre la familia Logan?

—Sí que se enteró. Lo tengo aquí todo. Fue a ver la partida de nacimiento de Norma Logan, averiguó el nombre de su padre y ha tenido a varios hombres trabajando en la investigación. No hay duda de que el padre se fue al Amazonas y que no se volvió a saber de él. Pero hay una cosa significativa, jefe: el tío, o sea, el hermano del padre, se llama Steve Logan.

—¿Y quién es Steve Logan? —preguntó Mason.

—Un importante traficante en coches usados —aclaró Della—. ¿Recuerdas esos anuncios por televisión que llevan el lema «Quédese con Steve»? «Compre a Steve Logan un coche usado, llévelo durante un año, cámbielo por otro coche usado y goce del transporte más barato del país».

—Ah, sí; ahora lo recuerdo —dijo Mason—. Steve Logan, el que favorece a sus clientes. «Quédate con Steve, y Steve se quedará

contigo...» ¿Conque es el tío de Norma Logan?

—Así es; y el doctor Babb era cliente de Steve. El doctor Babb se hallaba medio retirado. Estaba tratando de reducir gastos en lo que pudiera, y ya hacía tres años que compraba los coches a Steve Logan. Compraba un buen coche usado, lo llevaba durante un año y volvía a Steve a cambiarlo por otro. Parece que algo hay en el lema ese, porque, aparentemente, Steve le trató bastante bien.

—¿Cómo se enteró Paul de eso? —preguntó Mason.

—No lo sé. Tenía unos cuantos hombres investigando, pero sé que logró el registro del coche del doctor Babb, para averiguar algo de éste, y supo que lo había adquirido por medio de Steve Logan.

—Ya entiendo —dijo Mason frunciendo el ceño—. Eso puede complicar la situación, Della. Hay una buena posibilidad de que la cita a nombre de Logan que aparece en el libro del doctor Babb el lunes por la noche, sea una cita con Steve Logan. ¿Cómo se lleva Norma con su tío? ¿Se sabe acaso?

—Ese bonito coche que ella tiene fue comprado a Steve —explicó Della Street.

Mason dijo:

—Creo que debemos hablar con Paul. Yo...

Cortó la frase al oír en la puerta los golpes que constituían la señal del detective.

Mason abrió la puerta y entró Paul Drake.

—¿Qué hay, Perry? ¿Cómo va el asunto?

—Así, así —dijo Mason—. Della me estaba hablando de tu informe sobre Steve Logan, Paul.

—Bueno; tengo alguna cosa más —anunció Drake—, algo que puede servirte.

—¿Qué?

—Logan estuvo en casa del doctor Babb el lunes por la tarde.

—¿Steve Logan? —preguntó Mason, con presteza.

—Steve Logan.

—¿A qué fue allí? ¿Lo sabes?

—Sí que lo sé —afirmó Drake—. No es ningún secreto: fue a recoger datos respecto a un jardincito que tenía el doctor y, particularmente, respecto al estanque de los peces.

—¿Por qué?

—Porque le gustan. Quiere poner algo parecido en sus

escaparates de exposición. Cree que la gente pasará sin mirar un escaparate sin movimiento, pero se detendrá siempre para ver algo que se mueve. Le parece que una exposición de peces de colores, siempre que sea lo suficientemente atractiva, captará a la gente.

—¿Cómo te enteraste de todo eso? —preguntó Mason.

—Revolviendo por ahí y preguntando a los vecinos. Los vecinos del lado oeste me contaron eso. Nadie se ha preocupado de hablar con ellos gran cosa, porque se hallaban fuera cuando ocurrió el suceso. Regresaron de un cine justamente cuando llegó la ambulancia. Se apellidan Olney. Son los señores Grover Olney.

Paul Drake se detuvo un momento y continuó:

—Sin embargo esa gente conoce a Steve Logan de vista y le vieron allí tomando medidas en el patio o jardín, y hacer un plano del estanque y de la forma en que el agua entra en él. Y es que el agua ha de ser aireada para que los peces estén saludables y felices, y el criado ha construido un ingenioso lecho para el agua, con cataratas en miniatura, y luego entra en el estanque, sale de él y vuelve a entrar nuevamente en el pequeño canal y en las cataratas. Todo ello es accionado por un motorcito eléctrico.

—¿Funciona constantemente? —preguntó Mason a Paul.

—No —respondió Drake—. El doctor Babb cortaba la corriente al acostarse y volvía a ponerla en marcha a la mañana siguiente. Le perturbaba el sueño el rumor del agua corriente. No le agradaba.

Mason comentó:

—Eso es interesante. Supongo que a nadie se le habrá ocurrido pensar en averiguar si se había cortado la corriente el lunes por la noche.

—Al parecer sí estaba cortada —dijo Drake—. A propósito, Perry: existe otra persona interesada en los peces de colores, y ésa es Gertrude, la sobrina que los Dunkirk tienen de visita. Mrs. Dunkirk es la que vio a aquella mujer salir corriendo de la casa.

—Bueno —dijo Mason—; ¿y qué has averiguado de la tal Gertrude, Paul?

—Gertrude es un problema. Puedo averiguar algo más de ella si quieres. Al parecer ha tenido algún lío y piensa quedarse en casa de los Dunkirk unos tres meses. Mientras está allí parece mantenerse oculta. Hay algo raro en todo el asunto. Está nerviosa, inquieta, y no sale nada ni se mezcla con la juventud, aunque tiene dieciséis

años, es soltera y... No está bien decirlo, Perry, pero los vecinos del oeste de la casa la han estado observando y *creen* que está en estado.

Mason y Della Street cambiaron una mirada.

—¿Y se entretiene por el jardín del doctor Babb y junto al estanque? —preguntó Mason.

—Sí. Conoce al doctor Babb, y... supongo que sabrás que el doctor Babb conocía a los Dunkirk antes de que se mudaran al vecindario.

—Ya lo sé, sí —admitió Mason—. ¿Dónde se hallaba Gertrude durante todo el jaleo que hubo el lunes por la noche, Paul?

—Tocando el piano como una loca —contestó Drake—. Los vecinos que viven colina arriba, que no llegaron a oír los gritos, oyeron, sin embargo, el piano.

Mason se quedó pensativo.

—Estoy pensando —dijo— si...

Sonaron unos golpes en la puerta del pasillo de la oficina particular de Mason. Éste frunció el ceño.

—A ver quién es, Della. Di a quien sea que estoy ocupado en un juicio, que el despacho está cerrado y que no puedo recibir a nadie.

Della abrió la puerta un poquito y dijo:

—Míster Mason está ocupado en un juicio y... ¡Oh! ¡Hola, Mr. Kinsey!

Carver Kinsey empujó la puerta con la fácil tranquilidad de quien es inmune a los desaires.

—¡Hola, Drake! —saludó—. ¿Cómo va el viejo detective?... ¿Qué hay Mason? ¿Qué tal va ese asunto?

—Así, así —contestó Mason.

Kinsey acercó una silla, se acomodó sacó un cigarrillo y lo encendió, apagó la cerilla con una bocanada de humo, sonrió a Mason y dijo:

—Hablemos algo más.

Drake se dio cuenta de la situación inmediatamente y dijo:

—Bueno, Perry: seguiré trabajando a ver si averiguo algo más.

—No lo dejes de la mano —le dijo Mason.

Y Drake salió del despacho.

—Bien, Mason —comenzó Kinsey—, he llegado al punto en que hay que hablar claro.

—Por lo que a mí respecta ya has hablado claro —dijo Mason.

Kinsey replicó:

—Tú te traes un juego raro, Mason. No sé en qué consiste, pero quiero que sepas que no pienso dejarte escapar del anzuelo. Norma me ha dicho que no hay duda de que Babb fue asesinado por una mujer que debía de estar en el despacho cuando ella llegó, una mujer que salió disparada por la puerta trasera. Esa puerta tiene un dispositivo que la cierra automáticamente. El criado vio la puerta cerrarse. No cree que nadie hubiera escapado por ella, pero tiene que admitir esa posibilidad. Naturalmente cree que el doctor Babb salió a la puerta con objeto de llamarle para que acudiera. Claro que tenía que creerlo con eso de los gritos y tal.

Mason se despezó, bostezando.

—Por tanto —prosiguió Kinsey—, tienes un triunfo en la mano. Sólo necesitas llamar a Norma Logan a declarar, que cuente la cosa y el caso contra John Kerby sale disparado por la ventana.

—Si es que creen lo que cuente —advirtió Mason.

—La tengo bien preparada —afirmó Kinsey—. La creerán. Contará su historia con todos los adornos y lagrimeo consiguientes, además de la corroboración.

—¿Qué corroboración? —preguntó Mason.

Kinsey sonrió.

—Tú déjalo de mi cuenta.

—¿Y entonces? —preguntó Mason.

—Entonces habremos llegado al final del camino, Mason. Quiero la información que contiene ese libro. La compartiremos. Tú puedes quedarte con la cantidad que recibas por conseguir el sobreesimiento de la causa contra Kerby.

—¿Qué bueno eres conmigo! —exclamó Mason burlonamente.

—Lo soy, aunque no lo creas —replicó Kinsey—. La verdad es que ese libro pertenece a *mi* cliente —prosiguió el picapleitos—. Y como propiedad de mi cliente podría retenerlo.

—¿Dónde lo consiguió tu cliente? —preguntó Mason.

Kinsey sonrió.

—Lo robó, si hemos de decir la verdad. Pero ¿sabes una cosa, Mason?

—¿Qué?

—Qué puede haberse equivocado en eso. Pudo haber encontrado

el libro en la acera, donde podía habersele caído a cualquiera que saliese corriendo antes que ella de la casa del doctor Babb. Habiendo encontrado el libro de ese modo no sería propiedad robada y no estaría obligada a devolverlo a nadie, a no ser que hubiese identificación completa y positiva, lo cual, en estas circunstancias, no puede hacerse.

Mason sacudió la cabeza.

—No me quedo con nada de eso, Kinsey.

El rostro de Kinsey se ensombreció.

—Puedes ponerte a considerar tu propia situación en este asunto, Mason. En este momento no sólo ocultas evidencia, sino que tienes en tu poder un artículo robado. Algunas personas que yo conozco darían cualquier cosa por saberlo.

—¿De veras que sí? —preguntó Mason—. Si como tú sugieres, tu cliente encontró el libro en la acera no soy yo culpable de nada en absoluto por retenerlo.

—¡Qué listo eres! —exclamó Kinsey—. A ti te vienen las ideas al vuelo. Aún no he sugerido a mi cliente que puede haberlo encontrado en la acera, pero sí le he hecho ver que parará en presidio, donde permanecerá mucho, mucho tiempo, si no hace *exactamente* lo que yo le indique.

Mason dijo:

—Ya te entiendo, Kinsey. Lo entendí la primera vez. Y la primera vez te di la respuesta. Ahora Della y yo nos vamos a cenar. ¿Te importaría largarle de aquí?

Kinsey se puso en pie.

—¿Sabes una cosa, Mason? —preguntó—. Tú siempre me has tenido en menos.

—Posiblemente —asintió Mason.

—Tú crees que no me atrevo a actuar —dijo el picapleitos—. Crees que no me atrevo a ir al fiscal porque me detesta casi tanto como a ti. Y te voy a decir una cosa, Mason: soy mucho más vivo de lo que tú te crees. Cuando yo ponga fin a este asunto me tendrás sentadito en lo alto.

—Pues vete y siéntate —dijo Mason levantándose—; pero lárgate de aquí antes de que te largue yo.

—Bueno, bueno —dijo Kinsey, inclinándose sonriente ante Della Street—; volveremos a vernos un día de éstos, Mason.

Y diciendo esto abrió la puerta y desapareció.

Los ojos de Della Street contemplaron a Perry Mason como juzgando su valor.

—Jefe —dijo—, estoy temblando.

Los ojos de Mason estaban casi cerrados, en concentración.

—No te preocupes, Della —la animó—. No tenemos en qué escoger. No podemos hacer tratos con tipos así. ¡Caray, Della! Todo esto encaja perfectamente:

—¿Qué es lo que encaja?

—La sobrina de los Dunkirk está enloquecida. Tuvo un tropiezo. Sus padres estaban consternados y los Dunkirk les hablaron del doctor Babb. El doctor estaba casi retirado. Por sus amigos los Dunkirk estaba dispuesto a volver a las andadas. Entonces Gertrude vino a pasar una temporada con sus tíos. Las circunstancias la obligaron a mantenerse apartada. Todo ello empieza a perfilarse.

—Ya sé —dijo Della Street—; pero ¿qué va a suceder mañana por la mañana? ¿Qué va a ocurrir si Hamilton Burger entra en el juzgado y te acusa de estar en posesión de un artículo robado, y qué ocurrirá si Norma Logan ha sido de tal modo hipnotizada por ese leguleyo que se presenta a declarar y corrobora lo que él dijo?

—Ése —dijo Mason— es el puente que hemos de pasar al llegar a él. Hasta ahora Kinsey ha estado faroleando. Lo que quiere es el libro. Si acude a Hamilton Burger... Bueno: es posible que haga un trato con él. Burger puede convenir en entregarle el libro a cambio de alguna arma que pueda esgrimir contra mí. Pero hay algo que ninguno de ellos ha tomado en consideración, Della.

—¿Y qué es ello? —preguntó Della.

—Las reglas técnicas de la evidencia —dijo Mason.

Capítulo 14

Dos horas llevaba Perry Mason paseando de uno a otro lado de su apartamento antes de acostarse; y luego, después de acostado no había hecho más que dar vueltas en la cama durante otra hora más antes de conciliar el sueño.

El sueño le fue interrumpido antes de las tres de la mañana por el estridente y persistente sonar del timbre del teléfono. El número de aquel teléfono, que no aparecía en el listín, sólo era conocido por tres personas: Perry Mason, Della Street y Paul Drake, el detective.

Mason tanteó buscando el conmutador de la luz, tanteó igualmente después buscando el receptor, y dijo, soñoliento:

—Diga.

Sonó, aguda por la urgencia, la voz de Della Street:

—¡Jefe, ha ocurrido algo gordo!

El tono de la voz despertó completamente a Mason.

—Dime, Della: ¿qué ha sido?

—Hace unos minutos los policías llamaron a mi puerta.

—Cuenta, cuenta —le dijo Mason.

—Me levanté, me puse una bata, me acerqué a la puerta y pregunté quién llamaba. Me contestaron que la ley. Abrí la puerta y me colocaron en las manos una citación judicial exigiendo la presentación de una libreta encuadernada en pasta, propiedad del difunto doctor P. L. Babb, y ordenando mi comparecencia ante el juez Cameron a las diez de la mañana, llevando conmigo dicha libreta. ¿Qué hago?

Mason dijo:

—Apaga las luces, vuélvete a la cama y a dormir.

—¡Cielos, jefe! Ahora no podría dormir. Estoy..., estoy asustada. Esto quiere decir que Kinsey se ha presentado al fiscal.

—Bueno —dijo Mason—; déjalo en mis manos. Toma un vaso de

leche caliente, acuéstate y olvídalo.

—Pero... ¿no hay peligro? —preguntó con ansiedad.

—No te preocupes —insistió Mason—. Estate tranquila, Della. Duerme un rato. No te preocupes.

Apenas había Mason colgado el auricular cuando sonó el timbre de la puerta, acompañado de fuertes golpes en la misma.

Mason abrió.

Un policía de uniforme puso un documento en sus manos.

—Una citación judicial —dijo— en el caso del «Pueblo contra Kerby», para comparecer ante el juez Cameron esta mañana a las diez. Buenos días.

—Gracias, policía —dijo Mason.

—De nada —contestó el policía—. Siento haberle hecho levantar, pero cumplía órdenes.

—No se preocupe —dijo Mason cerrando la puerta.

El abogado se sentó al borde de la cama, sacó un cigarrillo, que golpeó repetidas veces sobre la uña del pulgar y raspó una cerilla. Encendió acto seguido el cigarrillo, aspiró con fuerza y luego se quedó contemplando la alfombra en profunda concentración.

Volvió a sonar el teléfono. Mason cogió el auricular y dijo:

—Dime, Paul.

La voz de Paul Drake denotaba sorpresa.

—¿Cómo sabías que no era Della?

—Porque acaba de llamar.

—Ah, ya. ¿La citaron también?

—También.

Drake dijo:

—Mi hombre me ha llamado hace unos minutos. Quería advertírtelo para que no abrieras la puerta y para que dijeras a Della que se escondiera, si te parecía. Esa chica Logan ha contado al fiscal una historia de pánico.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Mason.

—Bueno: ten en cuenta que yo lo sé por conducto secreto —aclaró Drake—. No poseo ningún detalle, pero te contaré lo que hay, a grandes rasgos: Carver Kinsey es el abogado de Norma Logan. Ahora fíjate bien, Perry: ella era la misteriosa chica que vieron salir corriendo de la casa del doctor Babb cuando ocurrió el suceso... Anoche, a eso de las ocho, Kinsey fue a hablar con el

fiscal, y Hamilton Burger se tragó el cuento. Se me dice que Burger hizo un trato con Kinsey, mediante el cual Norma Logan saldrá libre si comparece a declarar y cuenta su historia. Se va a armar el gran jolgorio hoy a las diez de la mañana, y tú estarás bailando en medio de él. ¿Te parece que puedo hacer algo?

—No lo creo, Paul —contestó el abogado.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —confió Drake.

—También yo —replicó Mason—. Gracias por el aviso, Paul.

Mason colgó el auricular, se vistió y comenzó a dar paseos por la habitación.

Capítulo 15

Había corrido la voz de que iba a haber fuegos artificiales en el juzgado del juez Cameron, y el local estaba lleno hasta los topes de espectadores interesados y periodistas.

El juez Cameron contempló el gentío con rostro nada cordial. Por su actitud se palpaba que se estaba preguntando qué inesperado acontecimiento había suscitado tanto interés.

También se veía claro que Hamilton Burger, el fiscal, se había hecho cargo del asunto personalmente.

Al llamar el juez al orden, Hamilton dijo:

—Señor juez, el Ministerio Fiscal desea llamar a declarar a Della Street. Miss Street es una testigo hostil. Es la secretaria de Mr. Mason, que representa al acusado.

El juez Cameron dijo, con voz cortante:

—No puede usted hacer eso, señor fiscal. Cualquier comunicación hecha por una persona a su abogado es confidencial, y lo mismo sucede en el caso de la secretaria particular de un letrado.

—No voy a tratar de obtener testimonio respecto a una comunicación. Estoy intentando recuperar un objeto robado.

—¡Un objeto robado! —exclamó el juez Cameron.

—¡Un objeto robado! —repitió Hamilton Burger—. Deseamos demostrar que cierto objeto, propiedad del doctor Babb, fue sustraído en su despacho, y que ese objeto fue entregado a miss Street. Se han entregado sendas citaciones *duces tecum* a miss Street y Mr. Mason.

El juez Cameron se pasó la mano por la cabeza.

—Esto no es corriente —dijo—. Es un procedimiento enteramente desusado.

—También la situación es enteramente desusada —replicó

Hamilton Burger—. Dispongo de ciertas citas, si el señor juez desea escucharlas. Una comunicación privilegiada se refiere sólo a la revelación que un cliente hace a su abogado con objeto de obtener consejo en cuanto a sus derechos legales. No tiene tanto alcance como para proporcionar al abogado inmunidad en cuanto a su responsabilidad cuando participa en la ocultación de pruebas, en la comisión de un delito, o en la recepción de propiedad robada. De hecho existen excepciones de la regla en relación con las comunicaciones confidenciales hechas a un abogado. Existe una larga lista de citas para sustanciar lo que hago.

El juez Cameron dijo:

—Bueno: procedamos con orden. Puede usted llamar a miss Street al estrado y hacerle ciertas preguntas. Se pueden exponer protestas específicas contra esas preguntas específicas, y este tribunal pronunciará su decisión específica en cuanto a cada protesta. ¿Se halla presente miss Street?

Della Street se levantó.

—Acérquese y preste juramento —dijo el juez Cameron en tono casi adusto.

Della Street se acercó, levantó la mano derecha, prestó juramento, dio su nombre y dirección al relator y tomó asiento.

—Miss Street —comenzó Hamilton Burger—, ¿es usted empleada de Perry Mason?

—Sí, señor.

—¿Y hace ya tiempo que es empleada suya?

—Sí, señor.

—¿En calidad de secretaria particular?

—Sí, señor.

—¿Conoce usted a Norma Logan?

—Sí, la conozco.

—¿La vio usted el martes, día seis de este mes durante la primera parte de la noche?

—Sí, señor.

—¿Quién estaba con usted en aquel momento?

—Míster Mason.

—¿Tuvo usted una conversación con miss Logan?

—Sí, señor.

—Que usted sepa, ¿es miss Logan cliente de Perry Mason?

—Que yo sepa, no.

—¿Fue Mr. Mason a visitarla en busca de información, en vez de visitarla a requerimiento de ella?

—Sí.

—Ahora bien —continuó Hamilton Burger, con acento triunfal—: en esa conversación aquella noche ¿le dijo miss Logan que había robado cierta libreta en la casa ocupada por el doctor Babb, a primera hora de la noche del lunes día cinco de este mes? Conteste sí o no.

—Un momento —terció Mason—. Protesto, con la venia del señor juez, por tratarse de una comunicación privilegiada.

Hamilton Burger se irguió con gravedad.

—Señor juez, estoy dispuesto a citar previa jurisprudencia sobre este punto. En primer lugar míster Perry Mason estaba presente, como pudo haberlo estado cualquier otro ciudadano. Él representaba al acusado John Northrup Kerby. Ése fue su motivo al ir allí. Iba en busca de pruebas en favor de Kerby. No representaba a Norma Logan en ninguna forma. No actuaba como abogado suyo. Cualquier comunicación que le hiciera Norma Logan no era hecha a su abogado. Ella no le considera su abogado, por representar éste al acusado Kerby en este caso, pues si así fuera, suscitaría conflicto de intereses entre Kerby y Norma Logan.

El fiscal cesó de hablar un momento y prosiguió:

—Con la venia de Su Señoría, estamos dispuestos a demostrar lo ocurrido exactamente en la noche del cinco. Estamos dispuestos a probar que el acusado es cómplice, antes y después del asesinato; que acompañó a Norma Logan a la escena del crimen; que esperó su regreso al coche; que la llevó en su automóvil a un motel, en el que se inscribieron, con nombre supuesto, como marido y mujer; que después urdió un cuento de haber encontrado a una mujer que llevaba un bidón de gasolina hacia un coche que se suponía tenía parado por falta de combustible y que, aparentemente, fue robado después. Este señor contó todo esto con objeto de justificar las huellas dactilares de Norma Logan en su coche. Posteriormente, con objeto de reforzar aún más esta historia puramente sintética, presentó un bidón de gasolina que dijo ser el que llevaba la citada joven.

El fiscal descansó unos segundos nuevamente, después de los

cuales continuó:

—Con la venia del señor juez, estamos dispuestos a demostrar que el tal bidón de gasolina resultó ser una prueba, llamémosla *prefabricada*, y que en él aparecen las huellas digitales de Mr. Perry Mason.

El juez Cameron dirigió una mirada a Perry Mason.

—¿De qué se me acusa? —preguntó Mason—. ¿De *plantar* evidencia en la forma de un bidón de gasolina?

—Efectivamente, sí, señor —rugió Hamilton Burger—: y cuando me ocupe del asunto con la Comisión de quejas del Colegio de Abogados será acusado formalmente.

—¿Porque hallaron en el bidón mis huellas digitales? —preguntó Mason.

—Usted ya me entiende —dijo Hamilton Burger.

—¿Examinó usted personalmente el bidón? —preguntó Mason.

—¡Claro que lo hice! —exclamó Hamilton Burger—. Sé de qué estoy hablando. Yo mismo he visto ese bidón de gasolina. Y lo examiné personalmente. Y lo tuve en mis propias manos. ¡Y está actualmente en mi poder!

—Entonces —dijo Mason con exagerada cortesía—, también sus huellas digitales estarán en él y si ése es el único criterio de culpabilidad, puedo presentar la misma acusación contra usted ante la Comisión de quejas del Colegio.

El rostro de Hamilton Burger se tornó morado.

El juez Cameron sonrió fugazmente y luego golpeó la mesa con la maza para imponer silencio.

—Parece que el bidón de gasolina se halla enteramente fuera de lo que aquí se pretende demostrar en este momento. De todos modos está fuera de los límites de la pregunta.

—¿Pretende usted, Mr. Mason, afirmar que representaba usted a Norma Logan en alguna forma o manera, o que así la representa usted ahora? —preguntó el juez.

—No, señor juez.

—Entonces parece que la cuestión no puede ser objeto de protesta, por requerir comunicación privilegiada.

Mason dijo:

—Protesto, señor juez, por ser la pregunta argumentativa, porque requiere una conclusión por parte del testigo y por ser

testimonio *de oídas*.

El juez Cameron se volvió al relator.

—¿Quiere, por favor, leer la pregunta?

El relator la leyó como sigue:

—«Ahora bien: en esa conversación aquella noche, ¿le dijo miss Logan que había robado cierta libreta en la casa ocupada por el doctor Babb, a primera hora de la noche del lunes día cinco de este mes?»

El juez Cameron observó:

—Tal como está planteada la pregunta, se acepta la protesta.

Hamilton Burger respiró hondo.

—¿Le dio Norma Logan aquella noche una libreta encuadernada en pasta, miss Street? Puede contestar sí o no.

—Un momento —volvió a intervenir Mason—: si Su Señoría me lo permite, protesto de esa pregunta por ser incompetente, irrelevante e inmaterial. A no ser que el fiscal demuestre *antes* que esa libreta está relacionada con los asuntos que se discuten en este momento ante Su Señoría, es completamente irrelevante. Miss Street puede haber recibido centenares de cosas, el martes por la noche, de cien personas distintas.

—Se acepta la protesta —declaró el juez Cameron.

—¡Oh, señor juez! —exclamó Hamilton Burger—. ¡Esto es agarrarse a un clavo ardiendo! Esto es aprovecharse de toda clase de tecnicismos. Esto es...

—Este tribunal se ha pronunciado, señor fiscal —dijo el juez—. La protesta se funda en bases técnicas, pero, sin embargo, es razonable.

—Bueno —refunfuñó Hamilton Burger—; Norma Logan le dijo en aquel momento que había robado esa libreta en la oficina del doctor Babb, ¿no es cierto?

—Protesto —interpuso Mason— porque la pregunta requiere testimonio *de oídas*.

El juez Cameron sonrió.

—La protesta queda aceptada.

Hamilton Burger dijo:

—Con la venia del señor juez, quiero que sea presentada aquí esa libreta. Puedo asegurar a Su Señoría, como fiscal de este caso, que la libreta en cuestión es altamente pertinente a los asuntos que

se debaten. Puedo asegurar a Su Señoría que los asuntos que Mr. Perry Mason trata de evitar con toda la agilidad legal a su alcance son asuntos pertinentes y vitales en cuanto a la determinación de este caso.

—Procure dominar el genio y no grite —dijo el juez secamente—. Haga usted sus preguntas.

—¿Presentará usted esa libreta? —rugió Hamilton Burger, dirigiéndose a Della Street.

—¿Qué libreta? —preguntó ella.

—La que Norma Logan le entregó el martes por la noche —volvió a rugir Hamilton Burger.

—Protesto —dijo Perry Mason—, por asumir un hecho que no consta en los autos. El señor juez ha estipulado ya que cualquier evidencia respecto a cualquier cosa recibida por miss Della Street el martes por la noche es incompetente, irrelevante e inmaterial, a no ser que el fiscal demuestre *primero* que está relacionada con los asuntos inherentes a este caso.

—Ya he asegurado a Su Señoría que es así. Se lo aseguro a Su Señoría bajo palabra de honor —gritó Hamilton Burger.

—Yo no quiero esa clase de seguridades —dijo Mason—. Yo represento al acusado John Kerby. La Constitución le da derecho a enfrentarse con los testigos que tenga en su contra y le asiste el derecho de repreguntar a esos testigos. Si quiere usted que aparezca en los autos que esa libreta es vital para los asuntos que el caso encierra, preste juramento, suba al estrado de los testigos y yo le haré *a usted* el interrogatorio de repreguntas, y demostraré que todo lo que *usted* sabe está basado en evidencia *de oídas*.

Hamilton Burger comenzó a decir algo, pero no encontró nada que decir. Miró furiosamente a Perry Mason y luego se inclinó a conversar en voz baja con Ballantine.

Repentinamente, Burger se irguió nuevamente, señaló a Della Street con el índice y dijo:

—¿Tenía usted motivos para creer, miss Street, que la libreta que recibió el martes por la noche estaba relacionada con el asesinato del doctor Phineas L. Babb, y con las pruebas pertinentes en el caso del «Pueblo contra John Northrup Kerby»?

—Protesto —intervino Mason—, por exigir una conclusión de la testigo, por ser argumentativa la pregunta y por exigir,

indirectamente, evidencia *de oídas*.

El juez Cameron dijo:

—Señor fiscal, se acepta la protesta. Indudablemente usted ataca el asunto al revés. Si afirma usted que esta testigo recibió cierto objeto de una tal Norma Logan y que tal objeto había sido robado en casa del doctor Babb, y que era evidencia relacionada con este caso, tendrá usted que probar primero que, de hecho, esa libreta ha sido robada y que es pertinente, y sólo *entonces* podrá usted interrogar a la testigo con respecto a ella. Pero evidentemente no puede usted colocar los cimientos con solidez examinando a la testigo de ese modo. Ahora bien: este tribunal se da cuenta de que las circunstancias son tales que usted puede encontrarlas personal y oficialmente desesperantes. Sin embargo, sólo existe una forma lógica, ordenada, de atacar el asunto, y en vista de las protestas que ha hecho la defensa me veo obligado a significarle que adopta usted un camino equivocado.

—Continuaré atacando en esta forma, aunque me lleve toda la mañana —gritó Hamilton Burger.

—Muy bien —dijo el juez secamente.

—El martes por la noche —dijo Hamilton Burger a Della Street — recibió usted un artículo que no tenía motivos para creer que representara una prueba en este caso y lo escondió usted, ¿no es cierto? Conteste sí o no.

—Protesto —dijo Mason—, por exigir una conclusión por parte de la testigo. El acusado no ha de estar obligado por lo que miss Street pueda haber creído que recibía, si es que algo recibió. La defensa puede ser sólo obligada por evidencia pertinente presentada de modo ordenado y que se demuestre que está relacionado con el caso.

—Aceptada la protesta —dijo el juez Cameron.

—Bueno; miss Logan le entregó *algo* el martes por la noche, ¿no es así?

—Protesto, por ser incompetente, irrelevante e inmaterial —dijo Mason—. No importa lo que la testigo haya recibido, a no ser que sea algo relacionado con el presente caso.

—Aceptada la protesta —dijo el juez.

Hamilton Burger sostuvo una nueva conferencia en voz baja con su ayudante.

Ballantine, gesticulando, explicaba algo, mientras Hamilton Burger, enrojecido por la cólera, se mostraba evidentemente contrario a aceptar lo que su ayudante aconsejaba.

El juez Cameron dijo:

—Creo que es sencillamente justo señalar, señor fiscal, que este tribunal le ha explicado que no existe forma de que usted demuestre que ese artículo que usted dice sea pertinente a las cuestiones que se debaten en este caso, a no ser que la testigo lo sepa por sí misma. No puede usted probarlo mediante evidencia *de oídas*. A mí me parece que el primer paso en una exposición lógica, ordenada, sería llamar a miss Logan al estrado.

—Muy bien —aceptó Hamilton Burger de mala gana—. Baje usted de ahí, miss Street. Llamaré a Norma Logan para que preste declaración.

La sala se convirtió en un hervidero de murmullos, y Hamilton Burger, evidentemente exasperado hasta estallar, se sentó lentamente ante la mesa reservada a los fiscales.

Mason llamó a Mrs. Kerby y, una vez que estuvo a su lado, le dijo:

—Mistress Kerby, quiero que se siente aquí, al lado de su esposo.

Mistress Kerby se acomodó en una silla que Mason colocó a su lado.

—¿Protestará alguien? —preguntó ella.

—Ya lo veremos —susurró Mason—. Ahora que los tengo juntos quiero que sepan que ya llevo aguantando bastante en este asunto. Se me encargó de hacer lo necesario para proteger los intereses de su hijo. Y voy a hacerlo. Pero voy a hacer el juego a mi manera. Voy a...

Mason se detuvo súbitamente al ver a Norma Logan subir al estrado y levantar la mano derecha. Prestó juramento y, evidentemente muy descompuesta, se sentó en la silla de los testigos.

El propio Hamilton Burger se levantó para conducir el interrogatorio, y comenzó:

—¿Conocía usted al doctor Babb?

—Sí.

—En la noche del lunes día cinco del corriente ¿fue usted a casa del doctor Babb?

—Sí.

—¿Quién la llevó allí?

—Míster Kerby. Se quedó esperándome en el coche.

—Al decir Mr. Kerby, ¿se refiere usted al acusado?

—Sí, señor.

—¿Y qué hizo usted luego?

—Fui al despacho del doctor Babb y tomé asiento en la sala de espera.

—Mientras estuvo en casa del doctor Babb, ¿se apoderó usted de algún artículo de propiedad personal sin el permiso del doctor Babb?

—Protesto —dijo Mason—, por ser incompetente, irrelevante e inmaterial.

—Creo que tendrá usted que ligarlo —dijo el juez dirigiéndose a Hamilton Burger—. Debe establecerse un mejor fundamento.

—Muy bien —dijo Hamilton Burger—. Le preguntaré a usted si tuvo ocasión de entrar en el consultorio del doctor Babb mientras estuvo usted allí.

—Sí.

—¿Y qué ocasión fue ésa?

—Oí una especie de tumulto y... —De pronto la testigo se quedó parada. Sus ojos se abrieron desmesuradamente. Levantó una mano, muy temblorosa, y con el índice señaló a Mrs. Kerby gritando—: ¡Ésa es la mujer aquella! ¡Ésa es la mujer!

—Un momento, un momento —intervino el juez Cameron—. ¿De qué se trata?

—¡Aquélla es la mujer! ¡La mujer que asesinó al doctor Babb! —gritó la testigo, que continuaba señalando a Mrs. Kerby con el índice.

Hamilton Burger, tremendamente excitado, avanzó hasta colocarse al lado de la testigo.

—¿Quiere usted decir que es la mujer que vio usted en la habitación?

—¡Sí, sí! La que estaba inclinada sobre el doctor Babb. ¡Es la que estaba allí!

—¡Oiga, un momento, un momento! —exclamó Hamilton Burger—. Quiero esforzarme en entender esto. Quiero verlo claro. —Y volviéndose al juez dijo—: Con la venia de Su Señoría, se ha

desarrollado una situación completamente inesperada. Desearía que Su Señoría me permitiera retirar a la testigo temporalmente hasta que pueda conferenciar con ella.

—De ningún modo antes de que yo la haya sometido a interrogatorio de repreguntas en relación con la declaración que acaba de hacer —dijo Mason.

—Evidentemente —insistió Hamilton Burger—, la testigo está emocionalmente perturbada. No se halla en condiciones de ser interrogada en este momento.

Mason dijo:

—Con la venia del señor juez, la propia testigo de la acusación ha identificado a otra persona como a la culpable del asesinato del doctor Babb. Esto exonera al acusado John Northrup Kerby.

—Si no es que actuaron juntos y al unísono —dijo el juez—. ¿Afirma la acusación que sea ése el caso?

—Francamente —contestó Hamilton Burger—, este Ministerio Fiscal no lo sabe.

—Pues bien: si usted no lo sabe, mal puede esperar que lo sepamos nosotros —dijo el juez Cameron—. Si no está usted convencido de que hubo confabulación o actuación conjunta, mal puede usted estar en situación de pedir al tribunal que retenga al acusado en vista de la declaración que acaba de salir de los labios de su propia testigo de que quien cometió el crimen es Mrs. Kerby.

—Y además —remachó Mason— la testigo ha declarado igualmente que, en el momento en que se cometía el crimen, el acusado se hallaba sentado en un coche a alguna distancia de la escena del crimen esperando a la propia testigo.

—No me parece que haya declarado eso con tanto detalle —dijo el juez—, pero ése parece ser el efecto de su declaración.

—Con la venia de Su Señoría, por favor, señor juez —suplicó Hamilton Burger—, deseo retirar a la testigo hasta que se serene un poco. Quisiera saber yo mismo a qué se refiere todo esto.

—Puedo continuar —dijo Norma Logan—. Me encontraba excitada nada más. No he dormido nada y..., y el choque de ver a esa mujer...

—Un momento —dijo el juez—. El tribunal es quien decidirá sobre ese extremo. ¿Exactamente dónde vio usted a esa mujer, miss Logan?

—Yo fui al despacho del doctor Babb y me senté en la sala de espera. Oí una conmoción y el ruido de un golpe y de un cuerpo que caía al suelo, y luego oí gritar a una mujer. Corrí hacia la puerta del consultorio y vi al doctor Babb en el suelo y a esa mujer que se inclinaba sobre él.

—¿Qué hizo usted? —preguntó el juez Cameron.

—Me quedé parada un momento.

—¿La vio ella?

—No. Estoy segura de que no me vio. Estaba inclinada sobre el doctor. La puerta de la caja fuerte se hallaba abierta y había papeles esparcidos por el suelo. Después echó a correr hacia la puerta posterior de la casa.

—¿Y luego? —preguntó el juez.

—Luego —contestó ella— entré en la estancia y me incliné sobre el doctor Babb. Vi que estaba vivo aún. Yo..., yo sabía de uno de los libros de la mesa del doctor y lo quería coger. Me apoderé de él y me fui corriendo.

—¿Y adónde fue usted? —preguntó el juez.

—Salí corriendo a la calle, donde, en su coche, me esperaba Mr. Kerby.

—Al hablar de Mr. Kerby, ¿se refiere usted al acusado?

—Sí.

—¿Y qué hizo luego?

—Me metí en el coche y salimos aprisa. Le conté lo ocurrido y me llevó a un motel.

El juez Cameron se dirigió al fiscal:

—Yo diría ahora, en estas circunstancias, señor fiscal, que a no ser que esté dispuesto a demostrar que ha habido acción conjunta entre marido y mujer, su prueba en este caso demuestra que Mr. Kerby, el actual acusado, ha de ser inocente. En cuanto a que su mujer sea culpable o no, ésa es otra cuestión. Su esposa no está acusada de nada.

Carver Kinsey, que se hallaba sentado en el recinto reservado para los abogados, se levantó de su silla, se acercó apresuradamente a Hamilton Burger y habló con él en voz baja.

Hamilton Burger escuchó atentamente, asintió luego con un movimiento de cabeza y se volvió hacia el juez.

—Con la venia de Su Señoría —dijo—, estoy tratando de aclarar

este asunto, pero puesto que ahora tenemos a la testigo declarando, deseo hacerle una pregunta... ¿Qué hizo usted con el libro que cogió en la oficina del doctor Babb, miss Logan?

—Protesto, por ser incompetente, irrelevante e inmaterial —dijo Perry Mason—. Por declaración de la propia testigo de la acusación, el acusado John Kerby debe ser inocente de cualquier acto criminal, exceptuando quizás el haber ayudado a ocultar a la testigo. En vista de que no está relacionado con la muerte del doctor Babb, lo que la testigo haya hecho con cualquier cosa que haya sustraído de la casa de aquél, es enteramente inmaterial en lo que se refiere a *este* acusado.

El juez Cameron frunció el ceño.

—Con la venia de Su Señoría —dijo Hamilton Burger—, deseo verme escuchado en esto. He aquí una prueba importante. He aquí una prueba que, con toda probabilidad, constituyó la motivación del asesinato del doctor Babb. Si esa prueba fue entregada al letrado de la defensa o a su secretaria, y ha sido objeto de ocultación a sabiendas, ello de por sí constituye quebrantamiento de la ética profesional, y el recibir propiedad robada representa ocultación de propiedad robada, lo cual es constitutivo de delito.

—Este tribunal dará a Mr. Mason oportunidad de ser oído —dijo el juez Cameron—. Entiendo que la postura del fiscal es acertada.

—Suponiendo que lo sea —dijo Mason—, ¿qué demuestra? Puede probar un caso contra mí, si ésa es la actitud que quiere adoptar el fiscal. Pero yo no he comparecido en juicio. Y ciertamente no tiende a probar nada contra mi cliente. Ni siquiera prueba nada contra Mrs. Kerby. De acuerdo con la declaración de la testigo, Mrs. Kerby ya abandonaba el lugar de los hechos cuando la testigo se introdujo en el consultorio y se apoderó de la libreta. Mistress Kerby no puede ser responsable de algo que la testigo haya hecho después de abandonar ella la casa, e indiscutiblemente no puede achacarse ninguna responsabilidad a Mr. Kerby.

—Yo no achaco a Kerby ninguna responsabilidad —aulló Hamilton Burger—. Yo le achaco la responsabilidad a usted. Le acuso de haber recibido propiedad robada.

—Entonces deténgame usted —dijo Perry Mason, tranquilamente.

—¡Por el cielo, que lo haré! —gritó Hamilton Burger—. Ahora

tengo la prueba. Y voy a firmar la denuncia yo mismo, acusándole de haber recibido propiedad robada.

—Hágalo —dijo Mason, desafiándole.

—Un momento, señores —terció el juez Cameron—. Vamos a conservar el orden. ¿Qué va usted a hacer con el caso contra John Northrup Kerby, señor fiscal?

Hamilton Burger contestó:

—Voy a retirar la acusación. Yo... No, un momento, señor juez: voy a aclarar una cosa antes de nada. Quiero retirar a la testigo del estrado y volver a llamar al testigo Harvey Nelson, que declaró antes con referencia a lo manifestado por el doctor Babb al morir. Ahora creo que ya sé lo que ocurrió, y creo también que dispongo de los medios adecuados para eliminar un estado de corrupción que ha existido aquí durante bastante tiempo. Todos los casos defendidos por Mr. Mason han sido presentados con dramática fanfarria de trompetas legales, quedando complacido indudablemente Mr. Mason y rodeándole con una aureola de relumbrante notoriedad, pero...

—Un momento, señor fiscal —le interrumpió el juez—. No toleraré el abuso personal contra el letrado. Sírvase dirigir sus observaciones al tribunal y absténgase de pronunciar inflamatorias declaraciones de esa naturaleza.

—Muy bien; si Su Señoría así lo desea —dijo Hamilton Burger, con acento brutal—, me limitaré a los asuntos del presente caso. Creo que hemos presenciado un truco perspicazmente ejecutado, diabólicamente concebido, que...

—¡Deje eso a un lado! —ordenó el juez—. Específicamente, ¿qué es lo que usted pretende?

—Deseo volver a llamar al testigo Harvey Nelson.

—No parece que haya protesta —dijo el juez Cameron—. Llámeme, pues, y absténgase, por favor, de hacer estas encendidas declaraciones. Debo advertirle, Mr. Burger, que aunque ciertos aspectos del presente caso son los que se podría llamar retumbantemente dramáticos, todo el drama ha sido resultado de sus propias preguntas y de su propia conducta.

—Muy bien —dijo Hamilton Burger—. Se me tendió un lazo que me llevó a una situación mediante la cual el acusado y su abogado defensor han conseguido ventaja temporal, pero aseguro a Su

Señoría que no durará mucho esa ventaja.

—Al tribunal no le interesa eso nada —dijo el juez Cameron—. Sólo le interesa que se haga justicia en forma ordenada. Por tanto, si sus observaciones están hechas al tribunal, se hallan fuera de lugar; y si están dirigidas a los representantes de la Prensa, son innecesarias. Ya se lo he advertido, señor fiscal, y no es mi intención repetir esa advertencia: le sugiero que se modere usted y que exponga el caso o lo retire.

—Llamen a Harvey Nelson —dijo Hamilton Burger.

Nelson, que había estado esperando junto a la media puerta de la barandilla que encuadraba la parte reservada separada del público, dio unos pasos al frente y se acercó al estrado.

—Ya ha prestado juramento —le dijo Hamilton Burger—. Siéntese ahí. Oiga, Mr. Nelson: usted hizo ciertos comentarios respecto a una clara manifestación hecha por el doctor Babb antes de su muerte, cuando usted le preguntó, en presencia de testigos, si sabía quién había sido su atacante, y que el doctor contestó que sí y luego mencionó un nombre.

—Así es —repuso Nelson.

—Ahora bien; en vista de lo que está ocurriendo aquí —dijo Hamilton Burger—, se me ocurre que el nombre de *John* Kerby y el de *Joan* Kerby son tan parecidos fonéticamente que bien pudo haber una confusión en la mente de usted. ¿Es posible que lo que dijo en realidad el doctor fuera Joan Kerby en vez de John Kerby?

—Un momento —intervino Mason—. Protesto de esa pregunta por capciosa y sugestiva, por tender a aleccionar al testigo mientras está en el estrado, por intento de poner la contestación en labios del testigo, por...

—No necesita decir más —dijo el juez—. Aceptada la protesta.

Hamilton Burger frunció el ceño.

—Deseo sacar esto a colación ante el tribunal en este momento —dijo—, para que...

—¿Ante el tribunal? —preguntó el juez Cameron.

—Con la venia de Su Señoría, es sólo equitativo facilitar al público la comprensión de esta situación.

—Le he advertido ya, señor Burger, que presente su testimonio de manera ordenada, sin tener en consideración a la Prensa. La protesta ha sido aceptada. ¿Quiere usted hacer más preguntas o ha

terminado ya?

Hamilton Burger se volvió para sostener otra conversación en voz baja con Ballantine, y después dijo:

—Con la venia de Su Señoría, encauzaré el asunto de otro modo.

—Se volvió al testigo y dijo—. Míster Nelson, usted ha declarado que el moribundo le hizo una manifestación respecto a la identidad del atacante.

—Sí, señor.

—¿Se registró de alguna manera esa manifestación?

—Sí, señor.

—¿De qué modo?

—En cinta magnetofónica.

—¿Cómo se hizo? ¿Cómo se llevó a efecto?

—El micrófono del magnetófono se hallaba a pocas pulgadas de los labios del moribundo. Toda la conversación fue registrada en cinta magnetofónica.

—¿Tiene usted la cinta en su poder?

—La tengo, pero no a mano.

—¿Puede traerla?

—Sí.

—¿Y reproduce exactamente lo que dijo?

—Sí.

—Entonces, esa cinta es la mejor evidencia, señor juez —dijo Hamilton Burger—, y me asiste el derecho de hacerla oír.

—No sé si es o no la mejor evidencia —dijo el juez Cameron—, pero... ¿formula protesta el abogado defensor?

—Quisiera hacer una pregunta —dijo Mason.

—Muy bien; hágala.

—Usted no habló antes de esa cinta magnetofónica.

—Nadie me preguntó.

—¿Se abstuvo usted deliberadamente de hablar de ella?

—No tenía intención de mencionarla si no me preguntaban.

—¿Le dio alguien instrucciones de que no la mencionara si no se le interrogaba respecto a ella?

—Señor juez —dijo Hamilton Burger—, estamos en las mismas de siempre: el mismo tipo de interrogatorio de repreguntas, el mismo...

—El fiscal hará sus protestas específicas y dirigirá sus

comentarios al tribunal, pero absteniéndose de criticar al letrado de la parte contraria —dijo el juez Cameron—. La repregunta es justa porque indica la predisposición del testigo. Queda rechazada su protesta. Conteste usted —agregó, dirigiéndose al testigo.

—¿Le dieron esas instrucciones?

—Sí.

—¿Quién?

—Míster Ballantine.

—Al decir Mr. Ballantine, ¿se refiere usted al teniente fiscal aquí presente?

—Sí.

—¿Y qué le dijo exactamente?

—Me pidió que no dijera nada de la cinta magnetofónica a no ser que fuera interrogado respecto a ella. Y ahora me han interrogado en ese sentido.

—De acuerdo —dijo Mason, sonriendo—. Vaya a buscar la cinta magnetofónica. Estaremos encantados de oírla.

—Muy bien —dijo el juez Cameron—. El tribunal suspenderá la vista durante treinta minutos. Ahora bien: el tribunal no está muy seguro en cuanto a la admisión, como prueba, de una cinta magnetofónica grabada en tales circunstancias.

—Es la mejor evidencia —dijo Hamilton Burger—. Registra el propio sonido.

—¿Se opone la defensa de algún modo? —preguntó el juez a Mason.

—No, señor juez.

—Naturalmente —dijo el juez Cameron—, el actual estado de pruebas parece señalar que la propia evidencia de la acusación indica la inocencia del acusado.

—Ya lo sé, ya lo sé, señor juez. Yo sólo pretendo... Quiero llevar las cosas a mi modo —dijo Hamilton Burger.

—El tribunal desea hacer presente que un procedimiento ante tribunal superior y jurado es la forma adecuada de averiguar lo que ocurre en un caso del que el fiscal no está seguro. No es de la incumbencia de este tribunal supervisar una serie de pesquisas encaminadas a determinar lo que ha sucedido o no ha sucedido.

—Sí, señor juez —dijo Hamilton Burger—. Si Su Señoría señala ese aplazamiento de media hora y me concede la indulgencia de

unos minutos, creo que podré aclarar el asunto.

—Muy bien —dijo el juez Cameron, demostrando con su actitud patente desagrado respecto a la táctica destinada, a ojos vistas, a que la inevitable retirada de la acusación contra John Kerby dejara al fiscal en la mejor situación posible en cuanto a la publicidad periodística.

Cuando el juez abandonó la sala John Kerby miró a su esposa con incredulidad.

—Joan, ¿estuviste tú allí? —preguntó.

—Sí —murmuró ella.

—Pero ¿por qué diablos?... ¿Cómo fuis...?

—¡Basta ya! —ordenó Mason—. La gente los está observando. Corten la conversación. Ustedes han puesto las cosas en mis manos.

Kerby dijo, con el ceño fruncido:

—Si usted tiene esa libreta, Mason, la cosa alcanzará a Ronnie. Y le alcanzará a usted también. ¡Maldita sea! Esa gente...

—Tranquilícese —dijo Mason, interrumpiéndole—. Quien dirige la estrategia en este asunto soy yo. Ya sabré defenderme.

Capítulo 16

La escena en la Sala llegó a ser altamente dramática cuando el juez Cameron volvió a ocupar su sitio al final de los treinta minutos de suspensión.

Harvey Nelson había ya instalado el magnetófono, al que había acoplado un altavoz.

—¿Tiene usted la cinta magnetofónica que ha manifestado poseer? —preguntó Hamilton Burger al testigo.

—La tengo.

—¿Quiere usted pasarla?

En medio de un silencio expectante, tenso, el aparato emitió un fino zumbido. Súbitamente del altavoz brotó una voz tan auténtica que sobresaltó a los espectadores. El volumen, ampliado, llenó por completo la sala.

—Doctor Babb, ¿me oye usted? ¿Puede oírme, doctor? Doctor Babb, ¿me oye usted?

—Sí.

—Doctor Babb, ¿sabe quién le dio el golpe?

No hubo respuesta.

—Doctor Babb, ¿puede usted decirnos el nombre de la persona que le golpeó?

Hubo varias repeticiones de la misma pregunta, y al cabo llegó la respuesta:

—Sí.

—Denos ese nombre, por favor. Doctor, por favor, denos ese nombre.

Nuevamente, durante varias veces se repitió la petición, y luego, en tono ligeramente borroso, se oyó la respuesta.

—Nada más —dijo Hamilton Burger—. Puede desenchufar el aparato.

Burger se volvió triunfalmente hacia el juez.

—Está bien claro, ahora que lo hemos escuchado, que el nombre dado por el doctor Babb fue el de *Joan Kerby* y no *John Kerby*.

—Le ruego que vuelva a poner la cinta —dijo el juez.

El testigo volvió a pasar la cinta magnetofónica.

—Naturalmente —señaló el juez Cameron—, en un asunto de esta naturaleza la imaginación juega un papel. Este tribunal oye claramente el apellido Kerby. Lo que es dudoso si el nombre de pila es *John* o *Joan*. Este tribunal se inclina mucho a creer que dicho nombre es *John Kerby* antes que *Joan Kerby*.

—Con la venia, señor —dijo Hamilton Burger—: haciendo algunas concesiones, el hecho de que este hombre se hallaba herido y de que existe cierto impedimento en su hablar creo que es bien patente que el nombre que dice es *Joan Kerby*.

—Bien —dijo el juez—; ¿qué es lo que se expone al tribunal en este momento?

—Deseaba que se incluyera esta evidencia en los autos.

—Estoy seguro de que es lo que deseaba —dijo el juez secamente—: Pero el caso que se está juzgando *ahora* es el del «Pueblo contra John Northrup Kerby». Ahora está usted presentando pruebas que, según usted mismo asegura, demuestran que el moribundo da el nombre de la esposa del acusado.

—Aún no he dejado excluida la posibilidad de que hubiese acción conjunta —observó Hamilton Burger, un tanto encogido.

—Pues no tiene usted ninguna prueba que lo indique —dijo el juez—. ¿Tiene que hacer al testigo alguna pregunta más?

—No.

—¿Repreguntas? —preguntó el juez a Mason.

—No, señor juez: doy por sentado que el fiscal desea incluir la cinta magnetofónica en los autos.

—Bueno, bueno, un momento —se apresuró a decir Hamilton Burger—: sólo hemos querido que el señor juez oyese la cinta magnetofónica. No veo razón para que sea incluida en los autos como prueba.

—Es la única forma de que conste —dijo Mason—. El relator no puede transcribir los sonidos emitidos por el magnetofón.

—Claro que sí puede —afirmó Hamilton Burger. El nombre de *Joan Kerby* está más claro que el agua.

—Hace unos minutos afirmaba usted que el nombre era el de John Kerby —arguyó Mason.

Hamilton Burger mostró su desconcierto.

—El tribunal cree que la cinta debe incluirse en los autos. Puede retirarse más tarde si se considera necesario; pero es parte de los autos y debe ser incluida como prueba —dijo el juez Cameron.

—Muy bien, señor juez.

—¿Tiene que hacer alguna repregunta a esto testigo? —preguntó el juez a Mason.

—No, señor juez.

—Que comparezca el testigo que sigue —dijo el juez a Hamilton Burger.

—Con la venia de Su Señoría —dijo Burger—, no sé si deseamos o no retirar la acusación contra John Kerby. Preferiría disponer de un corto espacio de tiempo para considerarlo. ¿Podría suspenderse la vista hasta esta tarde a las dos?

—¿Tiene algo que oponer la defensa? —preguntó el juez.

Mason dijo:

—Yo quisiera volver a llamar a un testigo para reanudar el interrogatorio de repreguntas, si es que la acusación va a persistir.

—¿Quién es el testigo? —preguntó el juez Cameron.

—El criado del doctor Babb.

—Muy bien —dijo el juez—. El tribunal se abstendrá temporalmente de pronunciar su decisión en cuanto a la suspensión solicitada. ¿Hará el favor de comparecer el testigo?

El criado del doctor Babb subió al estrado. Mason le dijo:

—En vista de la declaración de la testigo Norma Logan respecto a la mujer que salió corriendo por la puerta trasera, deseaba hacerle una pregunta más. Tengo entendido que existe un dispositivo de cierre automático en la puerta trasera de la casa del doctor Babb, ¿es así?

—Sí, señor.

—Trasladando su atención al lugar en que usted vive, sobre el garaje, que yo recuerde existe un dispositivo parecido y un pestillo automático en la puerta de usted. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, señor.

—Entonces —prosiguió Mason—, cuando usted salió de su piso, sobre el garaje, envuelto sólo en una toalla y corrió hacia la casa del

doctor Babb, ¿encontró usted la puerta trasera de la casa del doctor cerrada con pestillo?

—Sí, señor.

—¿Estaba usted envuelto sólo en una toalla?

—Sí, señor.

—¿Y declaró usted que los guardias le ordenaron volver a su vivienda a vestirse y esperar allí?

—Sí, señor.

—Y usted obedeció.

—Sí, señor.

Mason sonrió.

—Pues bien —dijo el letrado—: explique al tribunal cómo fue que, si usted bajó allí envuelto sólo en una toalla, y existiendo un dispositivo de cierre automático en la puerta de usted *que la deja automáticamente cerrada*, ¿cómo pudo usted volver a entrar en su piso? ¿Quién le abrió la puerta? ¿Dónde llevaba usted la llave?

Mason hizo una ligera pausa y miró fijamente al testigo.

—Y una pregunta más, Mr. Derby —prosiguió—: ¿cuando se pasó esa cinta magnetofónica, y cuando usted oyó la voz del moribundo pronunciar el nombre de la persona que le había atacado, no saltó usted en su asiento con intención de salir corriendo de la Sala porque *usted* que conoce mejor que nadie la voz del doctor Babb, le oyó decir claramente que el nombre de su atacante no era John Kerby ni Joan Kerby, sino Don Derby?

Mason se sentó.

Don Derby abrió la boca para decir algo, pero no encontró nada que decir. Su rostro reflejó la más absoluta consternación.

—Y ahora —continuó Mason con una ligera inclinación de cabeza dirigida al totalmente asombrado fiscal— no me opongo en absoluto a la suspensión de la vista hasta las dos de la tarde. Entretanto sugiero que se lleve a cabo un minucioso registro de las ropas que haya en el ropero del doctor Babb, donde se encontrará un traje a la medida exacta de este testigo, pero que de ningún modo serviría al doctor Babb. Creo que se encontrará también un par de zapatos que tampoco serviría al doctor Babb. Me figuro que hallarán igualmente calcetines, ropa interior y camisa, tirado todo en un rincón del ropero o escondido en una cómoda.

Hizo Mason una corta pausa y en seguida reanudó su especie de

monólogo:

—Y cuando hayan concluido con la investigación no necesitarán preocuparse de presentar acusación alguna contra Mrs. Joan Kerby; mas en caso de que se persista en presentar denuncia contra mí, acusándome de haber recibido propiedad robada, aconsejo que se consulte con el Administrador Público, que dirá que le he comunicado que guardo, sujeto a sus órdenes y mandato, una libreta que se me dijo que había sido sustraída de la casa del doctor Phineas L. Babb.

—¿Entregó usted esa libreta al Administrador Público? —preguntó Hamilton Burger, con incredulidad.

—La tengo yo, pero a su disposición —aclaró Mason—; y puesto que el doctor Babb no tiene herederos el Administrador Público es, por el momento, el legítimo depositario y custodio de toda su propiedad. Por tanto, en vez de *recibir* propiedad robada, lo que he hecho ha sido *recuperarla* y la tengo a disposición de quien acredite ser su dueño.

El fiscal estaba completamente encogido y apenas respiraba.

—Puesto que usted ha considerado adecuado —prosiguió Mason — unir los recursos de su ministerio a las ideas de Mr. Carver Kinsey he pensado que ambos estarán interesados en saber que el Administrador Público ha manifestado su buena voluntad de cooperar conmigo.

Burger inspiró profundamente.

—Usted no se habría acercado siquiera al Administrador Público de no mediar las citaciones judiciales *duces tecum* que les fueron entregadas a usted y a su secretaria.

—Pues —dijo Mason— si tan desesperadamente estaba tratando de atraparme, debió usted abstenerse de hacer que me entregaran la citación *duces tecum*, señor fiscal.

El juez Cameron miró a uno y otro alternativamente, y luego dirigió la mirada hacia donde Don Derby se hallaba sentado:

—Don Derby —dijo el juez—, ¿puede usted contestar a lo expuesto por el letrado de la defensa?

—No tengo por qué —contestó Derby en tono desafiante—. Si quieren proceder contra mí, que lo hagan y que lo prueben.

El juez Cameron se volvió hacia el fiscal.

—En tales circunstancias —dijo— este tribunal aplazará la vista

hasta las dos de la tarde. Yo le sugeriría, señor fiscal, que diese pasos inmediatos para que se investigue este asunto, y esta vez confío en que será competentemente investigado.

Capítulo 17

Perry Mason y Della Street contemplaron al niño de seis años, de cabeza rizada, que se hallaba, muy quieto, junto a la silla ocupada por Mrs. Kerby en el despacho de Perry Mason.

—Me pareció que le agradaría conocer al personaje por quien ha hecho usted todo cuanto ha podido —dijo ella.

—Hola, Ronnie —saludó Mason.

—¿Quieres darle la mano a Mr. Mason, Ronnie?

Ronnie adelantó un paso, estrechó, muy serio, la mano de Perry Mason y se inclinó cortésmente ante Della Street.

—¡Cielo mío! —exclamó Mrs. Kerby estrechándole en sus brazos.

Cuando le dejó libre, el muchacho se hizo atrás, un tanto turbado por tan efusiva muestra de afecto, pero decidido aún a ser cortés.

Se abrió la puerta y entró John Kerby.

—Me han informado de que estaban aquí, me dijeron que podía pasar —dijo—, y aquí estoy, con el talonario de cheques en la mano. Mason, ¿sabrá perdonarnos por no haber sido francos? Debimos confiar en usted.

—Siempre es aconsejable confiar en un abogado —dijo Mason secamente—. Si le deja usted en la ignorancia, puede salirle el tiro por la culata.

—Bueno; el señor Mason supo caminar en la oscuridad —dijo Mrs. Kerby—, y cuando se hizo la luz, ésta resultó ser brillante, cegadora. Lo único que se me ocurre pensar es cómo la policía no sabía que el doctor Babb hubiera dicho *Don Derby* en vez de John Kerby.

—Estaban persiguiendo demasiados fantasmas —contestó Mason—. Motley Dunkirk podía haberles dado la clave principal. El hecho

de que el hombre que se hallaba en el consultorio del doctor Babb saliera disparado hacia la puerta trasera poco después de haber gritado usted parece señalar que a ese hombre, quienquiera que fuese, tenían que haberle visto salir de la casa. Mrs. Dunkirk estuvo contemplando la puerta durante unos segundos *después* de los gritos y no vio a nadie. Se acercó al teléfono para avisar a la policía unos instantes después de que cesaran los gritos. Su marido la vio a usted salir por aquella puerta. Si el hombre echó a correr cuando usted comenzó a gritar, tuvo que haber abandonado la casa a tiempo para que le viera mistress Dunkirk.

Mason hizo una corta pausa. Inmediatamente reanudó su explicación:

—Aquello nos presentó la interesante posibilidad de que ese individuo no había abandonado la casa; de que se había escondido deliberadamente, confiando en que usted saliera corriendo por la puerta trasera, tal como hizo, para poder él volver a registrar la caja fuerte y apoderarse del libro que buscaba antes de la llegada de la policía. Naturalmente Derby supuso que usted avisaría a la policía, sabía que disponía solamente de unos segundos para llevar a cabo su misión. En vez de lanzarse por la puerta trasera al gritar usted, se metió en el dormitorio del doctor Babb, cerró la puerta y se despojó de sus ropas. Tuvo la prevención de sacar del bolsillo la llave de su piso antes de colgar el traje en una percha del ropero del doctor Babb; se quitó zapatos y calcetines, arrojó su ropa interior en un rincón del ropero y luego salió del cuarto a buscar el libro que quería: una libreta con la que contaba sacar una fortuna a base de chantaje.

Della Street tendió la mano a Ronnie.

—¿Qué te parecería si te enseñase las oficinas, Ronnie, mientras tus papás hablan de negocios con míster Mason? ¿Quieres venir conmigo?

—Sí —contestó Ronnie, sonriendo—. Me es usted simpática. Me encantará acompañarla.

—¡Anda, conquistador! —dijo Della Street al cogerle de la mano para llevarle a la biblioteca.

—Gracias al excelente trabajo de Paul Drake al entrevistarse con Steve Logan podemos sacar en consecuencia todo lo que ocurrió —dijo Mason—. Steve Logan fue a ver al doctor Babb cuando éste

comenzó a comprar coches usados. Por un lado Steve seguía su sistema rutinario de comprobar la solvencia de un cliente, pero por encima de todo ello Steve Logan sabía que cuando la segunda mujer de su hermano estaba esperando un hijo, había consultado con el doctor Babb. Steve sabía que el doctor tenía organizado determinado servicio y quería averiguar algo más sobre él. Por este motivo se entendió con el criado, llegó a hablar con el doctor y al fin decidió hablar claro.

Los esposos Kerby guardaban escrupuloso silencio mientras Mason les explicaba todas sus deducciones.

—El motivo por el que el doctor Babb no quiso ver a Mrs. Kerby hasta una hora avanzada de la noche del lunes, era que ya tenía un compromiso con Steve Logan a las once. Deseaba averiguar cuánto sabía Logan. Además, el doctor Babb tenía la intención de probar a ejercer influencia sobre Steve Logan por medio de la sobrina, Norma, si se hacía necesario. Así fue cómo Steve Logan acudió a la cita el lunes por la noche. El doctor Babb se hallaba hablando con él, y cuando llegó Mrs. Kerby, unos minutos antes de su propia cita, el doctor Babb sintió gran preocupación. No quería que Steve Logan y Mrs. Kerby se encontraran. Norma había logrado seguir la pista de Ronnie hasta llegar a Kerby. Su tío sólo había logrado llegar hasta el doctor.

Perry Mason se detuvo un momento para tomar aliento y, al cabo, prosiguió:

—Poco antes de las once el doctor Babb dijo a Derby que ya no le eran necesarios sus servicios aquella noche, y le dijo que se fuera a su piso. Derby simuló obedecer, pero, por el contrario, se escondió en un armario empotrado del consultorio. O se olía algo y tenía la idea de sacar partido de lo que fuera, o Steve Logan había sobornado a Derby para averiguar dónde guardaba el doctor Babb los documentos referentes a los niños adoptados.

Los señores Kerby continuaban guardando silencio, y seguían, con gran atención, la larga y enmarañada explicación del abogado, que continuó diciendo:

—Steve no confesó esto a Paul Drake, pero a mí me parece que ésa fue la razón principal del interés de Derby en el asunto. Después de haber salido Steve Logan por la puerta trasera para que Mrs. Kerby no le viera, el doctor Babb abrió inesperadamente la puerta

del armario y descubrió a Derby. Entonces se dio cuenta de lo que se tramaba. Derby, sabiendo lo que se le venía encima, trató de apoderarse del libro que deseaba por el simple procedimiento de someter al doctor por la fuerza y hacerse con lo que buscaba. Derby sabía que una vez que el doctor averiguara su doblez perdería irremisiblemente el empleo. Derby, pues, dio un golpe al doctor, pero este golpe fue demasiado fuerte. Ya había vuelto a registrar la caja cuando oyó los gritos de Mrs. Kerby. Alarmado, y deseoso de establecer una coartada, así como de tener una oportunidad más de encontrar el libro que deseaba, corrió hacia la puerta trasera; pero en vez de salir por ella se metió en el dormitorio del doctor Babb, se quitó la ropa, sacó de su bolsillo la llave de su piso, cogió una toalla, se la enrolló a la cintura y volvió apresuradamente a buscar el libro, libro que ya Norma Logan se había llevado mientras Derby ejecutaba cuanto queda dicho.

El abogado volvió a detenerse un momento, y reanudó su explicación:

—Sólo disponía de unos segundos. Convencido de que ya no encontraría el libro, corrió hacia la puerta trasera y se tiró al estanque para que los guardias le encontraran chorreando. Y no le sobró tiempo. Los guardias, cayeron en la trampa, le mandaron a su piso a vestirse, y una vez allí dejó correr la ducha, hizo las huellas mojadas en el linóleo, que luego fueron comprobadas, se secó y se vistió seguidamente.

—Pero ¿cómo se imaginó usted todo eso? —preguntó John Kerby.

Mason le contestó:

—La clave principal resultó ser el hecho de que el gato de un vecino se hallara jugando con un pez muerto. Hasta aquel día el gato no había podido hacerse con un pez. Yo me preguntaba cómo era posible el éxito del gato, precisamente en aquella ocasión, y más tarde me di repentinamente cuenta de que el gato no había cazado al pez de ningún modo. Alguien se había arrojado al estanque, lo que había hecho que el agua saliera derramada, y con ella el pez. Luego el pez había ido saltando por tierra hasta que murió, y el gato lo encontró al día siguiente.

En el rostro de Kerby se pintó la preocupación.

—Siendo conocida por varias personas toda esta información,

¿puede usted aún proteger nuestro secreto?

—Yo creo que sí —respondió Mason—, si dejan ustedes de mentirme. Hasta ahora hemos salido bien. Todavía me reservo algunos recursos, a los que puedo echar mano si se hace necesario. Steve Logan hizo una declaración a Paul Drake, pero ahora ha consultado con un abogado y, por el momento, no dice nada.

—¿En qué forma podemos pedirle perdón por no haber confiado en usted desde el primer momento? —preguntó Kerby, pesaroso.

—Eso sólo puede borrarse mediante talón bancario. Y no crea —agregó el abogado, con el ceño fruncido— que no ha de ser cargado en la minuta.

Notas

[1] Fellow of the American College of Physicians. < <